

Plan sobre el planeta

Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares

Félix Guattari

traficantes de sueños
mapas



Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una donación
(si estás fuera de España a través de PayPal),
suscribirte a la editorial
o escribirnos un mail

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas 10

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.

Plan sobre el planeta

Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares

Félix Guattari

1ª edición: 1000 ejemplares
Octubre de 2004
Título:
Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares
Edición y notas:
Raúl Sánchez Cedillo
Traducción:
Marisa Pérez Colina (prólogo y cap. 4)
Raúl Sánchez Cedillo (glosario)
Josep Sarret (cap. 1)
Miguel Denis Norambuena (cap. 2 y 3)
Lluís Mara Todó (cap. 5)

Maquetación y diseño de cubierta:
Traficantes de Sueños.
Edición:
Traficantes de Sueños
C\Hortaleza 19, 1º drcha.
28004 Madrid. Tlf: 915320928
e-mail:editorial@traficantes.net
http://traficantes.net
Impresión:
Queimada Gráficas.
C\. Salitre, 15 28012, Madrid
tlf: 915305211
ISBN: 84-933555-2-6
Depósito legal: M-42739-2004

Plan sobre el planeta

Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares

Félix Guattari

Prólogo:
Anne Querrien

Edición y notas:
Raúl Sánchez Cedillo

traficantes de sueños
mapas

Índice

Acerca de la presente edición **15**

Prólogo: Esquizoanálisis, capitalismo y libertad. La larga marcha de los desafiliados. *Anne Querrien* **19**

Capital, poder y sometimiento semiótico 26
Desterritorialización maquínica y reterritorializaciones sociales 30
Hacia una era post-massmediática mediante la práctica de la ecosofía 35
La actualidad del pensamiento de Félix 39

1. Plan sobre el planeta. La proliferación de los márgenes 43

1. Una reordenación de los antagonismos de clase en los paises desarrollados 45
2. Una reordenación de la división internacional del trabajo 47
3. Un nuevo reparto de los grandes subconjuntos internacionales 49
4. El desarrollo a escala planetaria de un nuevo tipo de fascismo. 50
5. La proliferación de los márgenes 52

2. El capitalismo mundial integrado y la revolución molecular **57**
Los sistemas de producción, de expresión económica y de axiomatización del CMI 58
Las nuevas segmentariedades del CMI 64
Nuevas máquinas de guerra revolucionarias, agenciamientos de deseo y lucha de clases 68

3. El capital como «integral» de las formaciones de poder **75**
Trabajo maquínico y trabajo humano 76
La composición orgánica del Capital mundial integrado 85
El capital y las funciones subjetivas de alienación 90
El capital y las funciones de servidumbre maquínica 95

4. Sistemas, estructuras y procesos capitalísticos
con Éric Alliez **99**

5. Una refundación de las prácticas sociales **119**
¿Quién gestiona el caos capitalista? 123
Un microfascismo prolifera en nuestras sociedades 124
Mutaciones maquínicas del trabajo y nuevos sistemas de valorización 128
Tiempo libre y producción de subjetividad 129

Glosario de esquizoanálisis. **133**

Acerca de la presente edición

Los textos de Félix Guattari reunidos en *Plan sobre el planeta* abarcan un periodo de 15 años de investigación e intervención militante. No cabe buscar en ellos la coherencia de un tratado, toda vez que se trata de intervenciones escandidas con arreglo a las situaciones y las coyunturas. No obstante, pueden advertirse en los textos resonancias, isomorfismos y problemáticas en continua reformulación, lo que no extrañará a quienes ya hayan frecuentado otros trabajos del autor.

Hemos de agradecer a Anne Querrien[1] por su generosidad al haber aceptado emprender la redacción del prefacio a esta edición. Son pocas las personas que pueden escribir acerca de Félix Guattari desde una zona de indistinción entre la colaboración intelectual y la militancia común, el relato bien informado y la reconstrucción de los pasajes existenciales de una gran empresa subversiva –que no ha terminado. Con su contribución queda conjurada la eventual impresión de desarticulación que pudiera dar esta edición.

Como podrá comprobarse, se trata de textos de *intervención*, estrechamente ligados al trabajo que junto a otros Guattari desarrollara en el CINEL (Centre d'initiatives pour des nouveaux espaces de liberté) en torno a los problemas y

---

1 Escritora de temas de sociología y filosofía, Anne Querrien ha formado parte, junto a Félix Guattari, del CERFI y de la revista *Recherches*. En la actualidad dirige la revista *Les Annales de la Recherche Urbaine* y forma parte de la redacción de las revistas *Chimères* (http://www.revue-chimeres.org) y *Multitudes* (http://multitudes.samizdat.net).

desafíos de los movimientos antisistémicos y de las minorías subversivas en el periodo de la reestructuración capitalista global. En ellos puede comprobarse la utilidad extraordinaria que presentan en la situación que vivimos desde el final de la «globalización dulce» de la década de 1990. Guattari aparece en ellos como precursor y nada vulgar analista de lo que una década más tarde se convertiría en la cantinela de la «globalización», a pesar de que la mayor parte de los textos están escritos en el periodo en que estaban vigentes tanto el orden de Yalta como la importancia geopolítica y simbólica del «Tercer Mundo», a pesar de que Internet sólo era un desconocido proyecto ligado a redes de investigación universitaria y de *think-tanks* ligados al ejército estadounidense como la Rand Corporation. Una lúcida y específica prefiguración de lo que otros han concebido recientemente como forma *imperial* del poder de mando capitalista. Sin embargo, estos textos no son programáticos, sino, como insistía Guattari, *diagramáticos*. Son cartografías, planos y planes, para el uso y tergiversación de cualesquiera singularidades: «cajas de herramientas». Éste es el principal motivo de su publicación.

Algunos de estos textos ya han aparecido en distintas revistas en lengua castellana, ya desaparecidas, lo que hace imposible su localización. Otros son completamente inéditos. Hemos aprovechado, revisado y mejorado las traducciones ya existentes, traduciendo del original francés los trabajos restantes. Se echa a faltar en esta serie discontinua uno de sus elementos, el ensayo *Las tres ecologías*, publicado y con derechos comerciales en manos de otra editorial,[2] y que presenta una íntima continuidad con el último de los ensayos de este volumen, redactado pocas semanas antes de la muerte de Félix Guattari en agosto de 1992.

Hemos de expresar nuestro agradecimiento a José Ruiz-Funes, miembro del IMEC (Institut de la mémoire de l'édition contemporaine, depositaria de la obra póstuma e inédita de Félix Guattari), por las facilidades y el consejo para la realización de esta edición.

---

2 Cf. Félix Guattari, *Las tres ecologías*, Valencia, Pre-textos, 1990.

Origen de los textos:

«Plan sur la planète. La prolifération des marges», publicado en *Minorités dans la pensée*, Jean-Pierre Faye (éd.), París, Payot, 1979 (publicado en castellano en la primera época de la revista *El Viejo Topo*, 1976-1982).

«Le Capitalisme Mondial Intégré et la révolution moléculaire» fue presentado como contribución en unas jornadas del CINEL celebradas en 1981 (publicado en castellano en el núm. 1 de la revista *Archipiélago*).

«Le capital comme intégrale des formations de pouvoir» fue publicado por la revista *Recherches* en 1980 (publicado en una recopilación de textos de Guattari, *Cartografías del deseo*, Buenos Aires, 1998).

«Systèmes, structures et processus capitalistiques», escrito junto a Éric Alliez en 1983, fue publicado en la revista *Change International*, núm. 2, 1984, y recogido en Félix Guattari, *Les années d'hiver, 1980-1985,* París, 1985.

«Por una refundación de las prácticas sociales» fue publicado póstumamente por la revista *Le Monde Diplomatique*, octubre de 1992 (una traducción castellana apareció en la revista *Ajoblanco*, diciembre de 1992).

El «Glossaire de schizo-analyse» fue redactado por Félix Guattari en 1984 a petición de los editores ingleses del libro *La révolution moléculaire* y recogido en *Les Années d'hiver*, cit.

Esquizoanálisis,

capitalismo y libertad. La larga marcha de los desafiliados

Anne Querrien

Los textos de Félix que componen esta recopilación se escribieron en la década de 1980. Levantan acta de lo que fue nuestra investigación desde el final de la guerra de Argelia y nuestra convicción después de 1968: un nuevo movimiento social estaba naciendo y sus derrotas, en las urnas y en la calle, no le impedirían proseguir de forma subterránea porque arraigaba en las formas más modernas del capitalismo. En 1968 participamos en uno de sus afloramientos, alegre, libertario, múltiple, inventivo, y tuvimos que buscar los demás mediante una micropolítica sistemática de tejido social, de alianzas, de «rizomatización». Félix se desvió de forma deliberada de los discursos marxistizantes con pretensiones militares. Ni hablar de proclamar la «guerra civil» para complacer a algunos centenares de militantes desamparados y, sobre todo, de obedecer a la vieja norma radical-socialista: «soy su jefe, luego les sigo». Al mismo tiempo, ni hablar de abandonar a los amigos empantanados en la repetición de los modelos nacidos en las guerras de independencia nacional o en la resistencia a la ocupación nazi: la solidaridad con quienes habían sido encarcelados en Francia, en Alemania o en Italia fue total, y la construcción de otras líneas de fuga se emprendió con eficacia. Esta eficacia pasaba por un intenso trabajo de semiotización, de reformulación: se trataba de no dejar que el sistema dominante afirmase que todo aquello que obstaculizara su marcha triunfal sería reducido al estado de lo infrahumano y, sobre todo, de no dejar que las pulsiones de los militantes cayeran en la trampa de esta mortífera reducción a la nulidad. De construir sin parar, con tenacidad,

nuevos espacios de libertad que siguieran las pistas de la solidaridad, de la afirmación de los derechos humanos, de la autonomía y de la polivocidad del deseo. Esta construcción pasaba también por un constante trabajo esquizoanalítico con algunos de los que se topaban profesionalmente con el movimiento, con el mandato institucional de reprimirlo, pero que tenían el deseo personal, por muy tenue que éste fuera, de dejarlo pasar e, incluso, de reforzarlo. De esta suerte, la elección de las palabras era esencial para hacer de la acción cotidiana una opción facultativa, una ocasión de microrresistencia, una herramienta de ampliación del espacio de las libertades. La años ochenta fueron para Félix «años de invierno», de movimiento reprimido, de oscurecimiento del pensamiento, toda vez que las múltiples experiencias a las que había tenido acceso gracias a su rizoma —búsquedas de otros modos de vida, tentativas de nuevas instituciones—, se los había pulido, en su conjunto, la perversa alianza entre un discurso socialdemócrata y unas medidas económicas que, abriendo el paso al capitalismo neoliberal, dejaban escasos recursos para esos espacios de libertad por cuya creación trabajaba Félix.

Imaginarse que los estudiantes eran la nueva vanguardia de un proletariado forjado en la gran industria permitió vivir un inolvidable mes de huelgas y manifestaciones en 1968, pero dejaba completamente *in albis* a la hora de concebir los devenires del movimiento. La palabra autogestión no parecía concordar demasiado con el rechazo del trabajo que se perfilaba. La violencia con la que un importante número de estudiantes se lanzó a la trifulca ponía de manifiesto un envite subyacente. El papel de los intelectuales estaba cambiando: fueron convocados a participar en el formateado de la economía, ya no podrían escudarse bajo los pliegues de la representación de la subjetividad histórica. Del capitalismo ya conocíamos la explotación de los obreros, la domesticación de los empleados, la destrucción del Tercer Mundo; nuestra moral pequeño burguesa nos impedía sumarnos directamente a tales empresas. Pero un nuevo poder sutil nos proponía hacer de los intelectuales los agentes de su gran empresa de semiotización generalizada, de los marginales su relevo, de los críticos las juntas del edificio social agrietado, y de los antiguos militantes, los pensadores de su política de seguros a todo riesgo.

Ahora bien, quien dice junta, dice también, grieta, micropoder de observación, de seguimiento, de ampliación de esas fallas en las que el destino nos había colocado. En primer lugar, se trató de un posicionamiento político profesional antijerárquico, de simpatías comunistas, surgido inmediatamente después de la guerra de Argelia. La construcción de la nueva independencia obedecía a unas coordenadas propias, sin la esperada movilización de las minorías políticas que, desde dentro del antiguo país colonizador, habían aportado un sólido apoyo. La paz tenía un gusto amargo, con tintes nacionales, religiosos, e incluso regresivos con respecto a las mujeres: el modelo ya conocido de la democracia popular. Por supuesto, el movimiento revolucionario internacional era el mismo en todos los países, pero en cada uno tenía sus colores específicos, incluso unas declinaciones mucho más locales o particulares, entre las cuales resultaba apropiado encontrar unas formas de coordinación. Explorar la diversidad de los caminos seguidos en la práctica por los militantes, por los creadores, por todas las personas que iban buscando algo, crear mediante «grupúsculos» microplanes de consistencia, de análisis, de acción, y hacer «rizoma», anudando relaciones, alianzas, en direcciones múltiples: esto era lo que Félix proponía constantemente a los numerosos militantes con los que se cruzaba. La palabra, el estar juntos electivo, la pequeña ruptura en forma de escapadas, derivas, exploraciones.

En 1965 fundó la Federación de grupos de estudio e investigaciones institucionales (FGERI), un conjunto de grupos de trabajo que hacían que la psicoterapia institucional desbordara hacia otros objetos; se hablaba de la disciplina y de la profesión que cada uno había escogido, de música y películas, de contracepción y también de aborto. En este contexto, los objetos de discusión eran objetos que se resistían: daban ganas de actuar o de pensar pero, a la vez, nadie hacía casi nada con respecto a ellos: el grupo obliga. Unos grupos que no estaban en manos de especialistas, sino que eran abiertos, en los que cualquiera podía quitar la palabra a otro e incitarle tanto a la escritura como a la acción. De esta suerte, había arquitectos, psiquiatras, profesores, estudiantes, mujeres, etnólogos… obreros en ruptura con el partido comunista. Esos grupos que discutían, que se preguntaban por dónde pasaba el deseo en aquello a lo que se acercaban, no tenían una pinta demasiado revolucionaria. Apoyaron públicamente a los

situacionistas de Estrasburgo. La FGERI tenía una revista, *Recherches*, cuya maquetación imitaba a la *New Left Review* inglesa o a los *Quaderni Rossi* italianos, pero que había abandonado ya el marxismo a toda prueba y para cualquier problema. *Recherches* bien merecía su plural; las investigaciones eran muchas.

Todos estos grupos se precipitaron en Mayo de 1968, dispersándose a menudo con arreglo a otras afinidades; muchas personas se reencontraron en el Movimiento 22 de marzo que tuvo su origen en Nanterre. Poco antes, Félix había creado junto a algunos otros el CERFI (Centro de Estudios, Investigación y Formación Institucionales), una oficina de proyectos que canalizaría el dinero que cabía ganar con un potencial así. El azar hizo que el dinero llegase: después de Mayo de 1968 el gobierno trataba de comprender las críticas que se le habían hecho en el ámbito del urbanismo, del cuidado de los niños, del conjunto de los equipamientos colectivos. Como diría Félix, el gobierno quería «resemiotizar» el paisaje social que Mayo de 1968 había trastocado y buscaba entre las diferentes corrientes surgidas antes o en el movimiento las aportaciones que le permitieran pensar su nueva situación, al objeto de trabar un proceso de descentralización, de diseminación y de reforzamiento de las posiciones de poder. El CERFI se vio entonces en primera línea. Su análisis de los equipamientos del poder devolvía al gobierno su propia imagen. Fue entonces cuando Félix introdujo la noción de sometimiento semiótico, para demostrar la forma en que los equipamientos colectivos intervienen en los espíritus, en los imaginarios, y no sólo en los cuerpos, como en la visión disciplinaria de Michel Foucault.

El CERFI continúa con la revista *Recherches*, atiende a las ofertas de investigaciones de los ministerios, trabaja, desarrolla tanto sus análisis del poder y de los agenciamientos colectivos como sus investigaciones en los campos ya explorados por la FGERI. Y, sobre todo, con el mínimo de dinero que le permite tener un espacio, acoge en su asamblea general semanal a personas en busca de ramificaciones sociales, a militantes, convirtiéndose en un laboratorio de lo que podría ser el esquizoanálisis: una escucha pública de los deseos de unos y otros y un agenciamiento en tiempo real de esos deseos, entre sí; una suerte de micromaquinación social cuyos límites son las insuficiencias teóricas y prácticas, pero también los imaginarios

de sus animadores. Este límite es el de la dificultad de una reterritorialización móvil, fluyente, en un «cuerpo sin órganos» en el cual podrían llegar a conectarse las máquinas deseantes, podrían llegar a describirse indefinidamente los nuevos acontecimientos en una superficie circunscrita. Estábamos lejos entonces, y aún lo estamos, de conquistar una paz semejante, una «caosmosis». El CERFI publica en *Recherches* «Tres mil millones de perversos, gran enciclopedia de las homosexualidades»,[1] manifiesto exuberante de ese nuevo tejido de los deseos que éste propone. Estamos en 1973.

En los límites de la clínica psiquiátrica de La Borde, cuyo seguimiento analítico aseguraba Jean Oury, esa dinamización de la comunidad mediante la palabra tuvo unos efectos terapéuticos y de mejora del bienestar de los que todo el mundo puede dar fe. En el marco del CERFI, el agotamiento del maná financiero que permitiera esa construcción de líneas de fuga condujo rápidamente a un resurgimiento de los corporativismos de los «auténticos investigadores» y de las relaciones de fuerza, que pusieron punto final a la institución: los que eran capaces de llevar a cabo verdaderos estudios para verdaderos ministerios en verdaderas oficinas de proyectos se fueron a hacerlos. La puesta en común de recursos para otro tipo de exploración desapareció alrededor de 1976. Félix buscó experiencias alternativas en el extranjero, en las comunidades californianas, en las *gangs* neoyorkinas. Era el momento de una resistencia que partiera de grupos de vida cotidiana y de creación artística, y no de un cambio institucional encasillado por la voluntad de reforma.

¿Por qué querer a toda costa esa otra exploración que no dejaba de chocar en cada ocasión contra el muro de la identificación imaginaria con el modelo dominante? Tres experiencias vitales de Félix se conjugan para decirle que no debe tirar la toalla.

- La vivencia de las luchas militantes llevadas a cabo desde la Liberación, de aventuras como la de los Auberges de Jeunesses [Albergues de Juventudes], la del círculo de letras de la Unión de estudiantes comunistas, la de La

1 Disponible en http//www.criticalsecret.com

Voix Communiste [La Voz Comunista] durante la guerra de Argelia o la de Mayo de 1968: el encuentro, siempre, con hombres y mujeres militantes que tienen un espesor social, un extrañamiento, un deseo, que no coinciden con la estrechez y la sumisión que se les pide. Todas estas personas, conocidas en el transcurso de la acción militante, desarrollan una pasión de conocimiento que resulta aplastada por las acciones sucintas y repetitivas de las organizaciones «revolucionarias».

- El trabajo de investigación sobre el inconsciente, tanto en la práctica analítica dentro del marco institucional en La Borde, como en un ambiente que frecuenta el seminario de Lacan. Se trata del descubrimiento de la multiplicidad de las trayectorias sociales seguidas por los «locos» que llegan a las instituciones; se trata de la constatación de la extrañeza de aquello que produce un efecto de corte en esas trayectorias, del carácter fortuito de lo que puede modificar el inconsciente a escala molecular; se trata de la experimentación de la creación constante de un medio institucional que no carece de constricciones, pero en el que el análisis puede tener una fuerza propositiva si se mantiene siempre alerta, siguiendo los acontecimientos; se trata de la certeza de que la cronificación de la psicosis no es irremediable; se trata de la vivencia de una locura socializada y siempre presente. Este estiramiento del tiempo y del espacio, este modelado cuasi artístico de lo cotidiano vividos en La Borde, ¿son trasladables a una experiencia social más amplia? Ésta es la pregunta que se plantea el CERFI, o la revista *Chimères*, fundada en 1979, o el CINEL (Centro de Iniciativas para Nuevos Espacios de Libertad), fundado en 1979. El CINEL se diferencia del CERFI porque su objeto es más político: la solidaridad con los militantes perseguidos por la policía en Alemania, en Italia, en España, o la lucha contra la guerra del Golfo o por una paz justa y duradera en Oriente Próximo. Sin embargo, al estilo del CERFI, y tal y como Félix lo instituye allí por donde pasa, se trata de una especie de mesa franca a la que cada uno acude libremente a hablar de aquello que le resulta problemático. La libertad comienza a construirse ahí, en el microespacio en el que es convocada a emerger. El CINEL experimenta con las radios libres e interviene en la constitución del derecho comunitario europeo. La libertad se convierte en el asunto de cada uno.

- La práctica de la escritura con Gilles Deleuze, gracias a la cual Félix teje con la trama teórica de la investigación filosófica las consideraciones de la práctica política y de la práctica terapéutica, insertando, como otras tantas ramificaciones e inscripciones sobre el cuerpo común, las numerosas investigaciones llevadas a cabo sobre puntos particulares por otros tantos amigos. Con Gilles se fabrica un cuerpo sin órganos al que se conectan numerosas máquinas de sus investigaciones separadas. Un cuerpo sin órganos en el que ya ha llegado a conectarse con fuerza la máquina militante homosexual y que espera otros devenires.

Durante el transcurso de estos años Félix continuó la investigación teórica de un marco de análisis más directamente político a disposición de los propios militantes, un marco que les permitiera inscribir sus intuiciones particulares, sus fragmentos de lucha, en una perspectiva general. ¿Cómo orientarse en el pensamiento, en la acción, cuando la perspectiva de la recuperación está tan cerca, cuando el conjunto de los contenidos se torna agenciable en el seno de los dispositivos de poder, cuando la diferencia ya no se termina sino en las relaciones? Tres grandes aportaciones conceptuales atraviesan el conjunto de los textos reunidos en esta edición.

- El capital como integral de las formaciones de poder, como poder planetario de sometimiento semiótico integrado, como operación de equivalencia de cualquier cosa con cualquier cosa, de aplastamiento de la potencia productiva de la diferencia, convertido en mero diferencial de valor.
- La diferencia entre la potencia desterritorializante del maquinismo y el carácter social de las reterritorializaciones, con los riesgos de sedentarización y de corporativismo, que ello implica.
- La urgencia de construir una era post-mediática, de desarrollar una ecología de la mente, una ecosofía.

I. Capital, poder y sometimiento semiótico

A través de las guerras sucesivas, el capitalismo reduce poco a poco cada territorio del planeta a una extensión comparable a las demás, intercambiable entre las grandes potencias en los tratados de paz y en las conferencias internacionales, despojada de cualquier característica que no esté directamente integrada en la producción económica y el mercado. Los conflictos en curso en la actualidad verifican de nuevo esta proposición cuando llegan a reducir a los habitantes a la condición de refugiados. La guerra económica priva poco a poco a cada país de los recursos crediticios que les hubieran permitido actuar en pos de su desarrollo y los condenan uno tras otro a ubicarse en un lugar fijo en la jerarquía de los territorios sometidos al capitalismo mundial integrado. De esta suerte, las multinacionales tienen la posibilidad de disponer de una cartera de territorios movilizables con descripciones precisas de las cualidades y de los costes que encontrarán en ellos. Las fronteras nacionales todavía desempeñan un importante papel en esas carteras, ya que los regímenes de seguridad social que diferencian considerablemente las condiciones de empleo de los distintos asalariados se han definido con arreglo a sus trazados. Sin embargo, a los gobiernos nacionales sólo les queda un poder de mediación entre el Imperio económico mundial y las poblaciones, la gestión del ajuste estructural entre valores subjetivos y valores mundializados del territorio local. Cuanto más fragmentado esté ese poder de mediación y cuanto más ceñido a las especificidades de las poblaciones, mejor le irá al capital mundial; de ahí el interés del capitalismo por las lenguas y las religiones minoritarias, sus sucesivos vuelos en auxilio de determinados grupos dominados, reincorporados después en una gestión nacional de fachada.

El conjunto de los procedimientos de control social contribuye a este sometimiento semiótico que culmina en las técnicas contables, bancarias, jurídicas y evaluativas, cuyo desarrollo se nos presenta como una garantía de moralidad (que ha de ponerse en tela de juicio: véase, por ejemplo, el caso Enron). Todas las formas de conocimiento que contribuyen a la aceptación de un saber común, al rechazo de las pulsiones, de los sueños, de los intentos de singularización, son movilizados a su vez, así como el conjunto de los rituales

de la vida cotidiana tales como la ropa, las maneras de comportarse y todo aquello que contribuye a la significación de un papel social para que el interlocutor compruebe que está bien pagado de sí mismo. La teoría del *habitus* de Pierre Bourdieu es otra forma de describir ese sometimiento semiótico. En el capitalismo mundial integrado, la semiotización ya no se limita a los instrumentos financieros y a la fabricación de un mercado, sino que se lleva a cabo en el conjunto de las interacciones simbólicas mediante las cuales las personas copresentes hacen sociedad. Como han demostrado los sociólogos Erwing Goffman, en los Estados Unidos, e Isaac Joseph, en Francia, el tratamiento de los fallos de la comunicación es el momento más fino de este sometimiento, aquél en el que sus diferentes rituales son capaces de reparar los primeros errores de la entrada en relación, de completar la homogeneización, con arreglo al reconocimiento de la diferencia, del espacio social de las empresas o del capitalismo mundial.

En este capitalismo semiótico, la dimensión de poder, la capacidad de concentrar la visión en el espectáculo elegido, es más importante que la dimensión del beneficio, que sólo interviene como beneficio secundario del sistema. Ahora bien, esta capacidad de poder se ve severamente impugnada por la multidireccionalidad de la desterritorialización maquínica; de esta suerte el capitalismo necesita cada vez más agentes para atribuir a sus vectores las fuerzas de invención, para extraer de las mismas su propio reforzamiento. De hecho, no duda en inhibir esa creatividad social para canalizarla sólo en las direcciones por él seleccionadas. Para situarse lo más cerca posible de estos procedimientos de selección y control, se apoya de forma sistemática en los Estados-nación, en cuyo marco comenzara a tomar forma un siglo antes la alianza entre el poder y el trabajo científico y técnico: el capitalismo mundial utiliza los canales que funcionan antes de inventar otros nuevos, y sólo inventa otros bajo la presión de las desterritorializaciones en marcha, es decir, a menudo con cierto retraso. Arrancar un plusvalor económico exige tener el poder de hacer creer que el precio del trabajo explotado es un precio justo; esta creencia nunca se explica por una resignación impuesta por el paro y la represión, sino que también se apoya en todas las formas de autoevaluación multiplicadas por los medios de comunicación de masas modernos, ya que es, sobre todo, represión de muchas otras potencialidades que carecen de valor oficial.

Cada individuo enuncia por sí mismo, de forma aparentemente libre, el conjunto de frases que sellan su lugar en el capitalismo mundial integrado, y hace lo necesario para quedarse en éste. Cruza distintas pertenencias que anclan su presente a su pasado y a los pasados de los diferentes grupos a los que se refiere; lo nuevo se presenta así con los rasgos de la repetición del pasado y se busca activamente la garantía sistemática del no-acontecimiento, ya sea de forma material, mediante los equipamientos de seguridad, o bien de forma imaginaria, mediante una prevención, una representación lo más completa posible de todos los accidentes que pueden ocurrir. Queda asegurado un trabajo permanente de modelado de la realidad para darle el aspecto de un *déjà vu* [ya visto] o incluso de un *déjà prévu* [ya previsto]. El individuo representa los papeles que los medios de comunicación de masas le han soplado. De esta suerte, la subjetividad está modelada por la nacionalidad y, dentro de ésta, por las grandes orientaciones de los medios de comunicación de masas de referencia.

Félix establece ya la distinción entre capital social y capital económico: el primero asume la función de modelización social y produce la subjetividad nacional, mientras que el capital económico se adapta a una diversidad de comportamientos. El capital social es accesible a todos, se analiza en términos de capacidad de acción y se acumula en términos de poder sobre los demás. Desempeña un papel fundamental en las acciones de desarrollo; ofrece su relevo local al poder de Estado y permite, de una forma relativamente económica, el sometimiento de nuevas regiones mediante la interiorización de las reglas de funcionamiento social dominantes.

Esta concepción del capital ofrece una visión del mismo menos bipolarizada que la visión marxista clásica; da cuenta de la diversidad de las luchas y, sobre todo, propone la profundización de sus rasgos de singularidad en vez de tratar de adaptarlos a los modelos legítimos. Frente a la actividad unificadora y homogeneizante del capital, mantiene una apertura, explica la diversidad confirmada de las expresiones de lucha. Cada segmento es invitado a profundizar, extender, complejizar su propia problemática, estirar su universo en todas direcciones y a salirse del lugar asignado; a luchar, sobre todo, contra la contaminación de su universo simbólico por los modelos de la clase dominante. El esquema de

Alain Touraine, a cuyo juicio la construcción de la imagen del dominado se hace como reflejo especular de la del dominante, al objeto de superar dialécticamente la oposición y volverse capaz de gobernar el todo, queda en un estado verdaderamente lastimoso a la luz de esta problemática que defiende, por el contrario, las alianzas por separado entre grupos de dominados, la trayectoria de las líneas de fuga y el desprecio por el simbolismo unificado del centro.

Desde el comienzo de la década de 1980, Félix observa que la clase obrera cualificada se ha dejado ganar por los modelos del consumo burgués y ha sido remplazada, en el seno de los movimientos militantes, por nuevos ámbitos sociales «no garantizados»: inmigrantes, mujeres sobreexplotadas, trabajadores precarios, parados, estudiantes sin salidas, asistidos de todo tipo y, en la actualidad, excluidos de la vivienda o de las prestaciones sociales. Estos grupos no están unificados. Los valores y las cualificaciones que los atraviesan son múltiples, pero inoperantes en el sistema de producción. Piden, antes que el derecho a trabajar, el derecho a vivir, a inventar nuevas formas de vida, a diseñar nuevos espacios. Su existencia impacta directamente contra las formas de semiotización propias del sistema dominante. De entrada, aparecen como marginales. Su llegada a las grandes metrópolis del capitalismo mundial revela los territorios de los que proceden tal y como son: bolsas de pobreza en el seno del espacio insolente del desarrollo económico. Exigen una redistribución, mientras que todas las formas de redistribución existentes se defienden contra este nuevo reparto. Todos los países industrializados son víctimas de una reforma del Estado de Bienestar, de una restricción del mismo en beneficio exclusivo de los trabajadores garantizados, basada en la preocupación exclusiva por la reproducción del centro del sistema, en el momento en el que las transformaciones de la economía habrían de conducirles a asegurar una renta a todo el mundo.

Este cierre del poder en torno a sus fundamentos, a sus axiomas básicos, se difunde desde la economía a todos los sectores de la sociedad, a todas las relaciones de dominación secundaria, que se tornan en otros tantos puntos de cristalización del poder contra los cuales vienen a estallar en otros tantos pedazos los movimientos de desterritorialización.

II. Desterritorialización maquínica y reterritorializaciones sociales

El descubrimiento de nuevas maneras de hacer en todos los ámbitos de la vida produce constantemente nuevas capacidades. Estas maneras de hacer no tienen por qué exigir equipos muy complicados: muchas novelas muestran las múltiples construcciones inventivas que cabe llevar a cabo con elementos muy simples. Sin embargo, la innovación tecnológica abre cada día posibilidades inéditas y suscita las vocaciones de poner en marcha las máquinas, de completarlas, de llevarlas a producir prestaciones inéditas. Toda máquina produce un desplazamiento del objeto que se le somete pero también del sujeto que la hace funcionar y que realiza a través de ella nuevas capacidades. La máquina no deja a nadie indiferente. Modifica, aunque sea de forma infinitesimal, el lugar de quien la acciona y de quien mira cómo es accionada en el sistema de lugares asignados por el capitalismo semiótico. La máquina es un factor de perturbación, de desterritorialización, de acceso de lo humano al exterior de su tierra, no ya de origen, sino de la tierra provisional. La máquina inscribe a cada uno en el corazón de una red que le solicita de forma técnica y al mismo tiempo social. La semiotización capitalista codifica esta modificación tan rápido como puede, y propone un sentido de la misma que pretende ser exclusivo. Sin embargo, la proliferación maquínica desborda por todas partes las capacidades de recentralización y de axiomatización del sistema. Produce en sus márgenes, pero también en su corazón, zonas de autonomía temporales, provisionalmente desorientadas, abiertas a otros trabajos de interpretación.

Mientras que cabría evaluar en un 20 por ciento como máximo al sector de la población que vota a la extrema izquierda o a los partidos verdes, esto es, la minoría más o menos refractaria al trabajo de semiotización del capitalismo, corresponde al conjunto de los trabajadores, de los consumidores, de los vivos, el desarrollo de prácticas de forma adyacente a los flujos maquínicos desterritorializados y de enfrentarse a la posibilidad de elegir entre seguir éste o aquél filón o, por el contrario, de integrarse al grupo central que rebaja el conjunto de esas potencialidades sometiéndolas a la definición de identidades jerarquizadas. Estas minorías se

dispersan siguiendo las trayectorias de los flujos y manifiestan una diversidad de deseos divergentes. Al mismo tiempo, se desarrollan a medida que los flujos maquínicos las refuerzan y las solicitan, y ponen en red, de hecho, sus puntos de resistencia. Esta resistencia, en la medida en que no se torne en transversalidad, gracias a un agenciamiento de enunciación colectiva, se inmiscuye sin más en el sistema del capitalismo mundial integrado, respondiendo a sus necesidades de un espacio de captura cada vez más amplio para llevar a cabo su empresa de recuperación. Por un lado, esta empresa de revolución molecular está relativamente a sus anchas, puede operar en paz e incluso es solicitada por el poder y, por otro, se consume rápidamente, fagocitada por la normalización, por la semiotización, que la inscriben de forma indolora en el listado general de las últimas innovaciones.

¿Cómo contraponerse a ese alisamiento general del espacio? ¿Qué fuerzas se resisten al sometimiento? Es más, ¿por qué resistir? La respuesta a esta última pregunta es sencilla: la producción del phylum maquínico no está condenada a perderse en la semiotización que funcionaliza todas las iniciativas, que las inscribe en un código, que les asigna un principio y un fin, que engulle cada acción en la repetición de un modelo preformado o postformado. El principio de placer que acompaña a los descubrimientos a lo largo de la línea maquínica puede seguir proliferando en vez de transformarse en rictus de autosatisfación, en rictus del vacío del trabajo bien hecho. La creatividad acompaña a la puesta en marcha de los procesos maquínicos y puede dar a luz nuevos programas de acción. El goce del deseo maquínico se hace fuerza productiva. Hay en la acción social, como en la materia, un principio de bifurcación que ve cómo el cambio se produce al final de la repetición.

Estas bifurcaciones del deseo maquínico producen plataformas intermedias, microespacios de valorización en el margen de las líneas de deseo previamente liberadas. Se constata una proliferación de espacios sociales dedicados a una multitud de objetos completamente diferentes. Surgen nuevas tierras en las que se encuentran aquellos que han seguido líneas de desterritorialización cercanas. No se trata de un espacio de sentido unificado como el del capital, que produce al mismo tiempo a partir de las mismas condiciones económicas y sociales. El espacio del deseo se desborda por doquier,

se presenta la posibilidad de elegir entre volver a la normalidad prestándose a la producción de plusvalor de código o explorar los espacios recién creados para vivir otra cosa.

El espacio de conjunto está agujereado, tiene zonas de invisibilidad, puntos ciegos. La búsqueda de una unificación demasiado grande no contribuiría, por parte de las fuerzas de resistencia, sino a facilitar el trabajo de semiotización del capital. Así, pues, la lentitud, la inercia, el goce estético, el viaje, son posturas que han de desarrollarse sin preocuparse de integrar, de dominar, de homogeneizar. Se trata de partir al descubrimiento de las diferencias que siempre se logran producir pese al capitalismo mundial integrado y gracias a él, gracias a su preocupación por ofrecer cada vez más herramientas de desterritorializción y de semiotización. Los segmentos sociales de la diferencia se enroscan alrededor de las líneas de fuerza como las plantas saprófitas en las celosías que se colocan para facilitar el crecimiento de las plantas por nacer.

De esta suerte, surgen nuevas especies en las intersecciones de las que permanecen y, como los cyborgs, alían aportaciones tecnológicas y pasiones humanas.

En estos linajes tecnológicos, las instituciones sociales ya no tienen el lugar preferente que ocuparon en los comienzos de las iniciativas de Félix. A diferencia de cuanto habíamos imaginado, las instituciones no se vuelven terapéuticas o educativas globalmente, sino que ello ha de achacarse a la transferencia temporal que se aporta a las mismas, a la tensión entre un individuo o un grupo que innova y el público al que se dirige, a la fuerza que él inscribe en una forma real local, a la que aporta su capacidad de reforma. Aunque la acción consista en instituir unas formas de gestión colectiva, estas formas no bastan para llevar la innovación más allá de la intervención del individuo involucrado en el movimiento de transformación, si éste no está a su vez inscrito en otra red transversal a la institución en la que actúa. En el seno de una misma institución, varios individuos pueden estar enganchados a phylums de transformación, pero éstos serán siempre distintos; la convergencia que en determinado momento era posible, el espacio común realizado, puede verse en tela de juicio por obra de las circunstancias, por el hecho de que cada cual prosiga sencillamente su propia trayectoria, o bien por su reacción diferente frente a un acontecimiento exterior.

Operar como individuo en el sistema consiste en buscar deliberadamente tales enganches, en distanciarse de la propia historia y en acoger a bordo a los demás, en aferrar con ellos el espacio y el tiempo de una transformación. La ocupación de tierras, de edificios abandonados, el cultivo de huertas en los solares urbanos o la resistencia frente a las operaciones inmobiliarias se han convertido en formas privilegiadas de intervención de este movimiento. Pero tales acciones sólo se entienden como marcas del mismo si se vinculan, mediante la participación, a los grandes momentos de lucha y de reflexión que anticipan un mundo distinto.

Estas ocupaciones sólo son funcionales en apariencia. Proporcionan espacios temporales de trabajo a artistas, viviendas provisionales a familias o personas solteras, terrenos en los que edificar sus casas, espacios en los que pintar y ensayar. Sin embargo, estas pequeñas victorias concretas sobre el terreno suponen la creación de otros tantos lugares de discusión, de espacios colectivos desde los que considerar el mundo de forma diferente, desde donde empezar a pensar que es posible conquistar un lugar en el mismo. Los centros sociales ocupados en Italia, al igual que los grandes eriales culturales de las viejas ciudades europeas, son lugares en los que una juventud que rechaza su prematura incorporación al trabajo asalariado se dedica a la exploración y a mantenerse alerta. Aquí se indagan músicas, danzas, escenarios, películas o nuevas producciones, a menudo confusas, pero no asimilables por los grandes sistemas interpretativos existentes. Los nuevos lenguajes necesitan lugares donde crearse y el espacio estriado, privatizado y cada vez más caro no es propicio para esta creación. La introducción de la perspectiva política opera a través de las cuestiones del estatuto jurídico. Cuando Félix escribía hace ya casi 20 años, se insistía menos en estas cuestiones que en la actualidad; sin embargo, ya habían sido objeto de experimentaciones en el CERFI. ¿Cuáles son las condiciones de remuneración, de vida colectiva, propicias a una creación, a una conexión continua al phylum maquínico y a todas las investigaciones que lo exploran?

En todos estos grupos, el espacio, un espacio temporalmente en desherencia, para cuya reapropiación trabaja el capitalismo inmobiliario, ocupa un lugar central. Así, pues, la construcción de la reterritorialización que se perfila requiere de mucho tacto: ¿se trata sólo de un pequeño grupo que goza

de forma momentánea de una oportunidad inmobiliaria para hacer carrera en su hacienda o de la apertura de un espacio de libertad, de expresión de deseos, de enlaces, y todo ello mediante el posicionamiento sucesivo de objetos, de programas, que organizan una entrada en relación de unos con otros, una apertura a todos? A un espacio de reterritorialización le resulta muy difícil no volverse funcional con respecto al deseo que lo ha constituido y no organizar la conexión de ese deseo al gran eje semiotizador del capitalismo. Ello implica dejar siempre el espacio abierto a lo discordante, a lo diferente, sin que ello suponga admitir que esa diferencia se lleve el gato al agua y se atribuya la reterritorialización. Ello implica producir en ese espacio ocasiones diferenciadas de una toma de palabra, que no consista únicamente en la toma de decisiones centrales, que no consista únicamente en una forma de participación, sino en una exploración que indague las vías para hacer que el espacio cobre vida también por sus bordes; mientras que la reterritorialización social consiste a menudo en inventar un microsignificante de reunión alternativa para quedarse apalancado al mismo, completamente sordo con respecto a lo que sucede alrededor.

Dar vida a una experiencia microsocial, un espacio donde se crucen y encuentren deseos, resulta muy difícil, a causa de nuestra gran capacidad de anticipación de la reaxiomatización de todas nuestras acciones y, por lo tanto, de convertirnos en sus primeros vectores. De ahí que se haga indispensable una decidida política de alianzas, de posicionamiento de nuevos objetos en los bordes que impliquen a otros grupos y que, por lo tanto, también sean sostenidos por estos. La subjetividad del grupo está labrada por esa tensión entre su centro de gravedad, su vacío interior, y sus bordes activos en la sensibilidad a la alteridad, al phylum maquínico quizás, pero también al caos social de las trayectorias de deseo que se multiplican hasta el infinito. Félix parece creer aún en un sentido de la historia definido por la invención tecnológica, que arrastraría consigo al deseo humano y le daría la fuerza para arrostrar todas las axiomatizaciones, reterritorializaciones y demás pulsiones mortíferas. Ahora bien, este sentido, ¿no lo da también la axiomatización capitalista que financia la investigación y, sobre todo, su materialización técnica? El día a día del análisis, al igual que el de la militancia, muestran que el sentido se busca más bien en las

relaciones, en lo social fragmentado en microespacios de reterritorialización que Félix proponía cuidar con todo esmero, como jardineros, conforme a lo que denominó ecosofía.

III. Hacia una era post-massmediática mediante la práctica de la ecosofía

En todos los textos aquí presentados, Félix insiste en el papel capital de los medios de comunicación de masas en el trabajo de axiomatización general en el que consiste el capitalismo mundial integrado, y menciona en varias ocasiones a las radios libres como uno de los caminos que puede emprender una política de resistencia. Poder enunciar algo distinto de lo que hay que decir, poder configurar otras sensibilidades, poder escuchar, también, enunciados diferentes, ser invitados a fantasear a partir de otras propuestas: las radios libres abundaban en Francia a finales de la década de 1970 y a principios de la de 1980; fueron uno de los problemas técnico-políticos que tuvo que resolver el primer gobierno socialista: ¿cómo repartir la banda FM entre esa multiplicidad de medios de expresión? Y el medio de la axiomatización llegó con arreglo a la potencia del emisor y, por lo tanto, del dinero manejado por la radio. La radio fue una experiencia apasionante, la posibilidad de constituir nuevos agenciamientos de enunciación, la producción de nuevos modos de vida centrados en torno a la nueva herramienta técnica. Pero fue una experiencia efímera, marcada por las condiciones de utilización técnica y financiera de ese medio. No se trata de una experiencia post-mediática, sino de una experiencia de lucha, de expresión, de conquista del presente gracias a un medio de comunicación. Un medio que sigue muy vivo en un gran número de países, sobre todo en África. En Europa ha sido sustituido por Internet, más eficiente a la hora de construir colectivamente mensajes y de transmitirlos a un público determinado.

Cuando Félix murió, en 1992, Internet era todavía una herramienta en manos de los universitarios y los militares estadounidenses; hacía unos pocos años que el ordenador portátil había revolucionado las experiencias de escritura colectiva de jóvenes y artistas; los fanzines se multiplicaban

en los barrios de la periferia. La escritura, al igual que la música, se estaban convirtiendo en nuevas prácticas de investigación y descripción de identidades complejas, de publicitación directa de sus interrogantes hacia públicos amigos o directamente hacia la calle. Los ensayos de vídeoanálisis que Félix hizo unos años antes junto a la fotógrafa Martine Barrat con las *gangs* de adolescentes neoyorkinos se tornaron en precursores de los interrogantes europeos. Frente a las múltiples manifestaciones de identidades diferentes, contradictorias, no se trataba de mantenerse al margen para contar los golpes so pretexto de la naturaleza necesariamente agresiva de la diferencia, sino de proponer objetos tecnológicos de autoobservación de los elementos constituyentes de cada grupo y de los dispositivos sociales de negociación que permitieran a unos y a otros desarrollarse mediante la inteligencia: inteligencia de sus propios elementos constituyentes, inteligencia de su relación con los otros, esto es, lo más contrapuesto a una línea de represión, de prohibición y de vuelta a la normalidad; una ecología social de las diferencias, un aprendizaje de la resolución de los miedos, una desactivación de la agresividad. La pertinencia de estos planteamientos resultó particularmente manifiesta después de la revuelta urbana de los *Crips* y de los *Bloods* en 1992 en Los Ángeles. Después de unos devastadores combates desatados por un lamentable pretexto étnico, los jóvenes presentaron conjuntamente un programa de mejoras urbanas para sus barrios.

Ya se trate de la radio, de la fotografía, del vídeo como de Internet, el conjunto de las herramientas técnicas en las que se asientan los principales medios de comunicación de masas se ha miniaturizado, de tal suerte que grupos de aficionados, antropólogos, poetas, personas normales al fin y al cabo, pueden hacerse con ellos y trabajar directamente en el medio sin el filtro de una representación de tipo profesional o político. Al mismo tiempo, el medio, a causa de sus exigencias de encuadre, de desglose del tiempo, a causa de la configuración técnica de su uso, crea de todas formas una alteridad que se compone con el mensaje que se pretende vehicular.

Lo cotidiano se torna susceptible de una reproducción que ya no es imitación, sino cuestionamiento, bifurcación. La selección en lo real a la que obliga cualquiera de estos soportes

actúa como un instrumento de análisis, y no como un mero reflejo, como una invitación a pensar.

La era post-media, habida cuenta de la diversidad de los mensajes que habrá de transmitir acerca de los mismos hechos, se abrirá a la multiplicidad de las interpretaciones, saldrá del repliegue sobre el pasado y los orígenes, rechazará la afirmación maníaca de una verdad única, buscará la pluralidad de los relatos y de las puestas en escena. Esta apertura será posible gracias a una auténtica heterogénesis de las situaciones colectivas, en la que el aprendizaje ya no se hará por imitación, sino por exploración de lo diferente, constitución progresiva de lo uno en la novedad de lo otro, por la retirada progresiva de las marcas en una nueva síntesis. Se afirmarán nuevas relaciones entre los seres, menos caracterizadas por sus sexos, sus etnias o su tramo generacional que por sus maquinismos predilectos, sus medios preferidos. Se afirmarán nuevos saberes en paralelo a la ciencia producida en los laboratorios y las universidades, que proporcionarán a esta última nuevas hipótesis para prolongar sus investigaciones.

No obstante, los textos de Félix que aquí se presentan están atravesados por la angustia de que esto no suceda así y de que la revolución molecular, que acompaña al despliegue de los nuevos maquinismos tecnológicos, sea brutalmente interrumpida por una catástrofe política dictatorial. En efecto, ésta entra en consideración de resultas de la disposición en serie de todas las microcatástrofes que se producen a lo largo de lo ejes de semiotización, debido a la exclusión de los territorios de deseo expulsados por su empresa de unificación y a las degradaciones de los territorios naturales o sociales. El desarrollo del capitalismo se acompaña de un cortejo de acontecimientos nefastos, que éste trata como otras tantas escorias y justificaciones de la sumisión. En este campo labrado por la militancia ecologista y el proyecto político de los verdes, resulta especialmente importante desarrollar con la mayor premura cartografías esquizoanalíticas que den un valor motriz a la incertidumbre contemporánea. Ésta, lejos de llevar a la aceptación de las consignas dominantes, debe abrirse a la pluralidad de las hipótesis, despertar al gusto por el riesgo y por la creación colectiva.

Generalizando al conjunto de la sociedad la capacidad de producir mensajes mediatizados, el desarrollo maquínico actual ha creado una situación inédita de desjerarquización,

de igualdad potencial. Se ha vuelto transversalización del conjunto de los procesos sociales posibles, con los riesgos de hundimiento de la reproducción centralizada que ello implica. A ello se debe la exacerbación forzosa de la violencia de las reacciones del capitalismo y de los movimientos que, en respuesta, recorren el conjunto de los cuerpos sociales. La búsqueda de soluciones se desarrolla al mismo tiempo a escala mundial, lo que intensifica aún más los últimos coletazos de las territorialidades antiguas y limitadas que están perdiendo su funcionalidad. De ahí la importancia de crear, por pequeños grupos o de manera más transversal, nuevos lugares de cartografía de la subjetividad a partir de los cuales podrían afirmarse nuevos valores; de ahí la importancia de interponerse ante todas las tentativas de puesta en equivalencia generalizada, de concentración de la verdad y del valor.

Se trata de crear una nueva lógica de las intensidades, una «ecológica», que, en dimensiones siempre nuevas, localice la lógica del movimiento maquínico y las territorialidades sociales tangenciales a éste, en torno a las cuales se enrosca y a las que arrastra en su movimiento, sin llegar por ello a destruirlas, sino, por el contrario, abriéndolas a las otras territorialidades que las bordean, organizando una desterritorialización silenciosa. La literatura, la ciencia, la filosofía o el arte han sido hasta el momento unas prácticas de desterritorialización suaves porque estaban inscritas en el margen de la parte dominante del socius,[2] en espacios reservados a la intelectualidad, en espacios superiores. El desarrollo de los medios de comunicación de masas, como antes hicieran ciertas prácticas religiosas o educativas, ha dado a todos un acceso imaginario a esa esfera intelectual. El desarrollo de las herramientas tecnológicas mediáticas ofrece a cada cual la posibilidad de aprovecharlas a fondo y de hacer derivar nuevas formas de producción hasta hoy desconocidas. La revolución molecular está más que nunca al orden del día; su advenimiento dependerá de nuestra capacidad de vencer la ambivalencia del deseo en las prácticas esquizoanalíticas colectivas aún por inventar.

---

2 Socius, la sociedad inscrita en su espacio material, transformable con arreglo a vectores sociales por parte de acciones microscópicas que se propagan en su seno. [*N. del E.*]

La actualidad del pensamiento de Félix

Los textos que componen esta recopilación conservan plena actualidad, incluyendo su tono algo profético y su llamamiento a la organización política. En veinte años, la integración del planeta ha avanzado y las tecnologías financieras del capitalismo han mejorado, aunque también se han encontrado con graves contrariedades. Se ha confirmado la presión hacia el empobrecimiento y la desolación de masas de población cada vez mayores, mientras que ha aumentado el sometimiento de los técnicos y de otros profesionales a unos maquinismos cada vez más sofisticados. La revolución molecular se ha quedado renqueante: hormigueo de pequeños grupos, dificultades para tender puentes entre sus lindes, débil elaboración teórica o política, dispersión en causas lejanas, uso de los medios tecnológicos de comunicación para construir a trompicones pedazos de planos de inmanencia, espacios donde los acontecimientos pueden difundirse y las solidaridades organizarse.

Los psicoanalistas serios pretenden que el esquizoanálisis es una teoría que se ofrece a los *loosers* para reconfortarlos en su ser, al igual que el cine pudo ser una puesta en escena de unos *loosers* para acompañar la meditación de sus semejantes en los meandros de sus propias vidas. Es preciso responder a esta gente seria: sí, categóricamente. Pero prefiero decir «desafiliados», tanto para rendir homenaje a los hermosos análisis de Robert Castel acerca de la descomposición del Estado de Bienestar conquistado por las luchas de la clase obrera, como para designar de una manera más precisa la condición originaria de cada cual en este movimiento cuyo primer manifiesto se llamó el *AntiEdipo*. Los desafiliados no necesitan comprender los porqués de su derrota y de no haber sabido responder a las expectativas de sus padres, sino qué es lo que pueden hacer con esta pérdida, con la posición sin referencias que es la suya. Porque si los desafiliados han perdido el poder sobre sus vidas, todavía poseen, como dice la estadounidense Starhawk,[3] el poder desde dentro, el poder de todo ser vivo. Los desafiliados disponen hoy de nuevos instrumentos para componer el mundo, formar comunidades, construir identidades, tejer

3 Véase http://starhawk.org

alianzas, forjar nuevas referencias y liberar a la mente de su aspiración a la normalidad.

Este libro ha sido escrito para los seis mil millones de *loosers* que habitan la tierra.

Sobre el autor

Félix Guattari (1930-1992) animó la clínica psiquiátrica de La Borde, fundada por el doctor Jean Oury, el periódico La Voz Comunista (1956-1962), la FGERI (Federación de Grupos de Estudio e Investigaciones Institucionales, 1965-1967), el CERFI (Centro de Estudios, Investigaciones y Formaciones Institucionales, 1967-1980), el CINEL (Centro de Iniciativas para Nuevos Espacios de Libertad, 1979-1992). Dirigió la publicación de las revistas *Recherches* (1965-1980) y *Chimères* (1979-1992).

Es el autor de:

—*Psychanalyse et transversalité*, Maspéro, París, 1972 [ed. cast.: *Psicoanálisis y transversalidad*, 1974, Siglo XXI].
—*La révolution moléculaire*, Éditions Recherches, París, 1977.
—*L'inconscient machinique*, Éditions Recherches, París, 1979.
—*Les années d'hiver*, Bernard Barrault, París, 1985.
—*Cartographies schizoanalytiques*, Galilée, París, 1989. [ed. cast.: *Cartografías Esquizoanalíticas*, Manantial, Buenos Aires, 2001].
—*Les trois écologies*, Galilée, París, 1989 [ed. cast.: *Las tres ecologías*, Editorial Pre-textos, Valencia, 2000].
—*Chaosmose*, Galilée, París, 1992 [ed. cast.: *Caosmosis*, Manantial, Buenos Aires, 2001].

En colaboración con Gilles Deleuze:

—*L'anti-Œdipe*, Minuit, París, 1972 [ed. cast.: *El Anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1998].

—*Kafka, pour une littérature mineure*, Minuit, París, 1975 [ed. cast.: *Kafka. Para una literatura menor*, Era, México, 1980].
—*Mille Plateaux*, Minuit, París, 1980 [ed. cast.: *Mil Mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, Editorial Pre-Textos, Valencia, 2002].
—*Qu'est-ce que la philosophie?,* Minuit, París, 1991, [ed. cast.: *¿Qué es la filosofía?*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2001].
—*Rizoma*: *(introducción),* Editorial Pre-Textos, Valencia, 2003.

En colaboración con Toni Negri:

—*Les nouveaux espaces de liberté*, Éditions Dominique Bedou, Paris, 1985, [ed. cast.: *Las verdades nómadas*, Akal-Cuestiones de Antagonismo, Madrid, 1999].

En colaboración con Suely Rolnik:

—*Micropolítica. Cartografias do desejo.* Vozes, 1986. [De próxima aparición en esta misma colección.]

Otras colaboraciones e intervenciones:

Sitio web de la revista *Chimères*: http://www.revue-chimeres.org (contiene artículos, conferencias, entrevistas y transcripciones del seminario de Félix).

1. *Plan sobre el planeta. La proliferación de los márgenes*

No hay nada menos marginal que esta cuestión de los márgenes, que atraviesa toda época y todo espacio. Sin un tránsito en el margen no cabe plantear una transformación social, una innovación, mutaciones revolucionarias... Sin embargo, ¿por qué el Orden, la Ley, la «buena forma» parecen conseguir tomar siempre la delantera? ¿Habrá que postular entonces la existencia de una especie de entropía semiótica favorable a las significaciones dominantes y cuyo aumento sería inevitable, conforme los flujos retornan sobre objetos definidos, territorios cerrados, agujeros negros, asegurando esta completitud, este cierre, anudando la jerarquización de las formaciones sociales?

Sin embargo, hay que desconfiar de las metáforas termodinámicas... No nos sirve de nada el principio de una circularidad acción-reacción-retorno al estado inicial... Tanto las leyes de una supuesta ciencia de la historia, como las exhortaciones morales ahistóricas descuidan las articulaciones micropolíticas que constituyen su verdadera trama. Hay que rechazar por igual los dos términos de la alternativa: «libre albedrío/destino» (¡Sea cual fuere la forma dialéctica en que se presente este último!). Hay que desprenderse de los valores y de las normas a priori como evaluación, transevaluación; y es preciso hacer otro tanto con la noción de líneas evolutivas o involutivas del socius. No hay ningún camino real para el cambio, sino una multiplicidad de vías posibles a partir de:

- la inflexión colectiva de las «opciones preferenciales» producidas por los diversos componentes de un rizoma económico, ecológico, técnico y científico;
- los múltiples *destinos* posibles semiotizados por las articulaciones sociales de cualquier clase o condición, incluidos los márgenes.

¿Quiere esto decir que una verdadera revolución es hoy imposible? No, pero sí que una revolución molar, visible, a gran escala, es ya inseparable —a menos de que sea fascista /estaliniana— de la expresión, de la dilatación de las revoluciones moleculares que ponen en marcha la economía del deseo.

Dicho de otra manera, rechazo de la causalidad lineal, rechazo del sentido único de la historia. La prueba de lo real y de la verdad en este campo, responde a una especie de dialéctica al revés que agota las contradicciones sin llegar a resolverlas, que extrae, a partir de los viejos seudoproblemas y de situaciones sin salida, residuos asignificantes, maquinismos desterritorializados en los que reaparece todo lo que parecía definitivamente perdido.

Se desprende de aquí una tendencia: los antiguos sistemas totalitarios-totalizados, estratificados, bloqueados por un referente transcendente, pierden su consistencia. Sólo consiguen mantener su dominio sobre los grandes conjuntos sociales a condición de:

- concentrar su poder,
- miniaturizar sus instrumentos coercitivos.

Entre los *n* posibles escenarios, encontramos dos extremos:

- La consolidación y estabilización del *capitalismo mundial integrado*. Este nuevo tipo de capitalismo es el resultado de transformaciones y adaptaciones recíprocas entre el capitalismo monopolista y las diferentes formas de capitalismo de Estado. Integra, en el seno del sistema mundial, los diferentes componentes de las sociedades de clase y de castas basadas en la explotación y en la segregación social. Ramificados por todo el planeta, sus centros de decisión tienden a adquirir una relativa autonomía

respecto a los intereses nacionales de las grandes potencias y a construir una compleja red que no puede ser completamente localizada en un espacio político delimitado —red de complejos energéticos, militar-industriales, etc... Su modo de intervención implica un reforzamiento constante del control reticular de los medios de comunicación de masas.

- Una proliferación de los márgenes, de las minorías, de las autonomías (antiguas y nuevas) que conduzca a una explosión de singularidades de deseo (individuales y/o colectivas) y a la aparición de un nuevo tipo de segmentariedad social que sustituya a las formaciones de poder propias del Estado-nación.

Así, pues, dada la triple conjunción:

- inflación de los flujos demográficos;
- agotamiento progresivo de los flujos energéticos y de las materias primas;
- aceleración de la concentración maquínica e informática.

En el marco de esta primera hipótesis, puede producirse:

1. Una reordenación de los antagonismos de clase en los países desarrollados

- La disminución relativa del número de puestos de trabajo en los sectores industriales en los que se asientan la economía del beneficio y el capitalismo de Estado. Con independencia de los imprevisibles rumbos de la demanda, el crecimiento de los puestos de trabajo en los sectores productivos tiende, en efecto, a verse limitado por el «gasto» mundial de energía y materias primas.
- La integración, cada vez más acentuada, de las fracciones «privilegiadas» de la clase obrera a la ideología, al estilo de vida y a los intereses de la pequeña burguesía; y el desarrollo de nuevas capas sociales de «sin garantías»: inmigrantes, mujeres superexplotadas, trabajadores precarios, parados, estudiantes sin salidas, asistidos de todo tipo...

- La aparición de zonas de subdesarrollo en el interior de las grandes potencias. La quiebra de la economía tradicional y el fracaso de la descentralización industrial conducen a reivindicaciones regionalistas y a movimientos «nacionalistas» cada vez más radicalizados.

Lo determinante en la reestructuración de los espacios industriales, dentro del despliegue de un «capitalismo periférico», no serán tanto las opciones técnicas como los problemas sociopolíticos (cálculo de los riesgos sociales).

Durante décadas, las clases obreras y pequeñoburguesas de las metrópolis imperialistas se han «beneficiado» de:

- la existencia de medios de producción menos integrados, menos maquínicos que los actuales;
- la sobreexplotación de las colonias.

Dejando a un lado a las categorías de trabajadores más cualificados, estas clases deberán «readaptarse», renunciar a un cierto ideal de *standing*, a determinados «privilegios adquiridos». Lo que está en juego no es tanto una carrera entre las grandes potencias para la obtención de los «primeros puestos», sino más bien la instauración de una nueva segregación social, homogeneizada a escala planetaria. Mientras en los países más pobres se implantarán élites obreras y técnico-científicas en las escalas más altas, inversamente, en los países más ricos, subsistirán inmensas zonas de miseria.

Así, pues, la reestructuración del capitalismo, en las antiguas potencias industriales, pasa por una impugnación de las «conquistas» sociales más antiguas y más queridas por la clase obrera: salarios sociales diferenciados (pensiones, seguros de desempleo, etc...), la negociación colectiva, arbitrada por el poder del Estado; la protección ejercida por el poder estatal sobre las grandes ramas económicas (empresas estatales, nacionalizadas, subvencionadas, sociedades mixtas); etc... Desde el punto de vista del capitalismo mundial integrado, dicha protección sólo se justifica en la medida en que concierne a los sectores cuya tasa de beneficio es más baja o nula (infraestructuras, servicios públicos , etc.). Ahora bien, en los sectores punta, los directivos de las multinacionales consideran que deben disponer de una gran libertad

de acción para tomar decisiones relativas, por ejemplo, a traslados de instalaciones (en los ámbitos regional, nacional, continental), a cuestiones de ámbito tecnológico, energético, etc.

Para las burocracias de los países del Este, el problema se plantea en otros términos, pero los objetivos de una explotación máxima se encuentran en los debates sobre la participación en los beneficios, la reforma de la planificación, etc.

2. Una reordenación de la división internacional del trabajo.

El capitalismo del siglo XIX sólo conquistó su plena libertad de acción en la medida en que logró derribar las barreras espaciales y las relaciones sociales del antiguo régimen (todavía impregnadas de feudalismo).

Hoy, parece que las barreras nacionales, las «franquicias», los equilibrios de clase estabilizados y estratificados en la vieja Europa, y sobre todo en la Europa mediterránea, constituyen un estorbo objetivo para el surgimiento de una clase dominante mundial (forjada a partir de la aristocracia burguesa del Oeste y de la burocracia del Este).

La actual crisis mundial tiene por objetivo, en última instancia, la puesta a punto de un nuevo procedimiento de sometimiento económico-político de la fuerza colectiva de trabajo a escala planetaria. La progresiva disolución de las viejas formas de capitalismo de Estado en beneficio de las tecnoestructuras y de los poderes multinacionales —la desterritorialización de los centros de decisión respecto a las entidades nacionales— va acompañada de:

- la promoción relativa de un cierto número de países del Tercer Mundo, correlativa de una tensión constante en el mercado de materias primas; de una pauperización absoluta de cientos de millones de individuos que habitan aquellos países que no participan de este despegue económico; y de una sobreexplotación de las regiones y países intermedios entre los super ricos y los super pobres;
- la relación cada vez más estrecha entre el Este y el Oeste, y no sólo en el ámbito económico, sino también en lo que atañe a la vigilancia del planeta; cooperación cada vez más estrecha entre tecnócratas, burócratas, policías, etc., de los países del Este y del Oeste;

- una modificación de la carrera armamentística. Ya no se trata tanto de preparar la tercera guerra mundial, como de a) mantener un equilibrio militar —y por ende político y económico— entre las superpotencias; b) conservar un margen suficiente entre estas últimas y las potencias secundarias; c) imponer, en el plano interno, un determinado tipo de modelo centralista en el ámbito militar, policial, estratégico, tecnológico, etc.

Observación: Quizá sea esta última preocupación la que condiciona las dos primeras. En efecto, toda vez que los viejos modelos de centralismo político están demasiado marcados, para el capitalismo mundial integrado se torna necesario superar la contradicción aparente entre:

- La disolución relativa de los poderes nacionales en sectores como el energético, el de las materias primas, el de las instalaciones industriales, el de las opciones tecnológicas, monetarias, etc.
- La necesidad de reinstituir, de territorializar la fuerza colectiva de trabajo sobre un nuevo tipo de formación de poder.

La nueva aristocracia mundial burocrático-burguesa continuará basándose en la jerarquía de las potencias internacionales, pero tiende cada vez más a no identificarse con ninguna de ellas en particular. (Al igual que antaño fue necesario acabar con el mito de las «200 familias», hoy debemos tomar distancias respecto al mito de la primacía absoluta del capitalismo germano-estadounidense. El verdadero blanco dista de presentarse tan concentrado. Los focos más virulentos del capitalismo se encuentran tanto en el Este como en el Oeste o en los países del Tercer Mundo.)

3. Un nuevo reparto de los grandes subconjuntos internacionales.

La fórmula en curso de experimentación que constituye el «modelo alemán» —paralela a la tentativa de instauración de un «espacio europeo»— trata de conciliar:

- La integración de una aristocracia obrera cada vez más alejada del proletariado de las potencias de segunda fila.
- Una intensificación de la capacidad represiva de los poderes de Estado, en particular en los ámbitos de la sociedad civil.
- Una absoluta disponibilidad respecto a los centros de decisión del capitalismo mundial integrado (un tejido multicentrado, transnacional, desterritorializado).

Se trata en definitiva, de conservar la unión entre:

- En el plano local: una reterritorialización idiosincrática de la fuerza de trabajo. (Función primordial del control mediante los medios de comunicación de masas en la modelación de los individuos y en el establecimiento de un consenso mayoritario en favor del orden establecido.)
- En el plano europeo: una gestión «comunitaria» del control social y de la represión.
- En el plano mundial: una adaptación sin fisuras al nuevo funcionamiento del capitalismo.

Asimismo, podríamos tomar en consideración otras tentativas de reestructuración de los espacios económicos y sociales por parte del capitalismo mundial integrado, como es el caso de:

- El proyecto de una fuerza interafricana apoyada por Francia y EE.UU. para contrarrestar la intervención cubano-soviética. El único resultado tangible de estas intromisiones sería la intensificación del dominio del capitalismo mundial sobre África.
- La función cada vez más importante que parece destinado a desempeñar Brasil en América Latina.

Todos estos ejemplos muestran que el papel de «policía internacional» atribuido hasta ahora a EE.UU. y a la URSS —recuérdese el caso de Suez— han pasado a manos de instancias internacionales, que no por ser más difíciles de localizar, resultan menos implacables.

4. El desarrollo a escala planetaria de un nuevo tipo de fascismo

En cierto sentido, al capitalismo mundial integrado le interesará evitar al máximo las soluciones autoritarias clásicas que implican el apoyo y el mantenimiento de burocracias políticas, de castas militares, y la adopción de fórmulas de compromiso con las estructuras nacionales tradicionales susceptibles de ir en contra de su propia lógica transnacional y desterritorializante. Preferiría apoyarse en unos sistemas de control más flexibles que pusiesen en marcha mecanismos miniaturizados: en vez de la represión policial directa, la vigilancia mutua de las instituciones, de los trabajadores sociales, de los psiquiatras, una tele «seductora» en vez de una pesada burocracia que aplaste toda iniciativa en las instituciones...

Sin embargo, la crisis general a largo plazo que paraliza desde hace años el conjunto de los mecanismos económicos está provocando el hundimiento de la ideología del capitalismo modernista que ha caracterizado el tercer cuarto del siglo XX.

Los antiguos equilibrios de clase, las viejas formas de arbitraje del Estado entre los diferentes subconjuntos de la burguesía, las garantías políticas y jurídicas propias de la democracia burguesa: todo debe ser puesto en tela de juicio, como han expresado claramente los *super-managers* de la Comisión Trilateral. El capitalismo mundial integrado solo puede albergar esperanzas de sobrevivir si controla el funcionamiento de:

- las relaciones internacionales y los grandes movimientos sociales (ejemplo: la manipulación de la «Revolución de los claveles» en Portugal o las intervenciones actuales en Italia);
- los engranajes estatales (incluidos los engranajes judiciales, de ahí la importancia de la resistencia actual en el ámbito de la magistratura y de la abogacía);

- los engranajes sindicales, comités de empresa, etc... Las negociaciones contractuales con los asalariados deberían considerarse a partir de este momento como parte integrante del funcionamiento normal de las empresas, mientras que los sindicatos deberían funcionar de la misma forma que un equipo de estudios encargado de las relaciones con el personal;
- las instituciones, las escuelas, las universidades y todo aquello que contribuye a modelar la fuerza de trabajo colectiva;
- los engranajes de la prensa, del cine, de la televisión, etc., y de todo lo que contribuye a modelar la subjetividad familiar e individual. Toda disidencia en la cabeza de un solo individuo, resulta peligrosa en la medida que puede ser contagiosa. Así, pues, es preciso no perder de vista a los disidentes y a los marginales de todo tipo, ni siquiera en el ámbito de sus reacciones inconscientes.

La partida, sin embargo, todavía no ha terminado. Hasta este momento, el capitalismo mundial ha demostrado ser absolutamente incapaz de proponer una solución a los problemas fundamentales del planeta (crecimiento demográfico, devastación ecológica, definición de las nuevas finalidades de la producción, etc.). Sus respuestas ante los problemas energéticos y la escasez de materias primas no auguran nada bueno a inmensas masas de población. Los actuales organismos internacionales son incapaces de arbitrar los conflictos entre potencias; antes bien, parecen haber adoptado el principio de habilitar ciertas «válvulas de seguridad» como los conflictos militares endémicos (guerras de Oriente Medio, conflictos africanos, etc...). No creemos hacer alarde de una excesiva demagogia si afirmamos que la desilusión y la cólera contra esta «gestión» de los intereses de la humanidad crecen constantemente: el capitalismo lo sabe y se esfuerza en hacer frente a la contestación y a la revuelta.

El nuevo orden totalitario en el que trabajan «los expertos» de la Comisión Trilateral y los *managers* del capitalismo mundial integrado no puede, sin embargo, asimilarse lisa y llanamente a los fascismos nacionales de tipo hitleriano o mussoliniano. Este nuevo orden estará en todas partes y en ninguna. Contaminará zonas enteras del planeta, pero al

lado de zonas de hiperrepresión habrá zonas de relativa libertad. Y a su vez, el trazado de estas zonas fluctuará. Sus medios de acción no serán exclusivamente los instrumentos de poder del Estado, sino también los vectores que contribuyen a la formación de la fuerza de trabajo, al modelado de cada individuo, a la imposición de determinado estilo de vida, esto es, los sistemas de servidumbre semiótica que introducen la escuela, el deporte comercial, los medios de comunicación de masas, la publicidad o las técnicas «asistenciales» de todo tipo (asistencia social, psicoanálisis a gran escala, animación cultural...).

5. La proliferación de los márgenes

El capitalismo mundial integrado no pretende aplastar de un modo sistemático y generalizado a las masas obreras, a las mujeres, a los jóvenes, a las minorías... Los medios de producción en los que se asienta exigen una cierta maleabilidad de las relaciones sociales y de las relaciones de producción, y un mínimo de capacidad de adaptación a las nuevas formas de sensibilidad y a los nuevos tipos de relaciones humanas en las que se van produciendo diferentes «mutaciones». (Recuperación publicitaria de los «inventos» marginales; tolerancia relativa respecto a zonas de *laisser faire*...) En estas condiciones, una contestación semitolerada, semiestimulada y recuperada podría formar intrínsecamente parte del sistema.

Otras formas de contestación, en cambio, resultan mucho más peligrosas en la medida en que afectan las relaciones básicas de este sistema (respeto del trabajo, de la jerarquía, del poder de Estado, de la religión consumista...). Resulta imposible trazar, de un modo neto y bien definido, una línea de demarcación entre la marginalidad recuperable y los otros tipos de marginalidad, aquellos que prefiguran el camino de verdaderas *revoluciones moleculares*. Las fronteras entre ambos tipos de marginalidad son fluctuantes en el espacio y en el tiempo. Todo consiste en saber si se trata , en última instancia, de un fenómeno que se mantendrá «al borde» del socius —con independencia de su amplitud— o que lo pondrá radicalmente en tela de juicio. Lo característico de lo «molecular» es el hecho de que *las líneas de fuga con-*

vergen con las líneas objetivas de desterritorialización del sistema, creando una aspiración irreversible a nuevos espacios de libertad. (Ejemplo de dichas líneas de fuga: las radios libres. La evolución tecnológica, en particular la miniaturización de los emisores y el hecho de que puedan ser «montadas» por aficionados, «coincide» con una aspiración colectiva a encontrar nuevos medios de expresión.)

Para valorar las posibilidades de transformación revolucionaria en el periodo que se está abriendo hay que tomar en consideración diversos factores, tanto en el plano «objetivo» como en el plano de las nuevas prácticas sociales.

¿Logrará el capitalismo mundial integrado fundar un orden social que sea aceptado por la mayoría y que implique una acentuación de la segregación social? El capital —tanto en el Este como en el Oeste— no es sino *capital de poder*, es decir, un modo de semiotización, de homogeneización y de transmisión de las diferentes formas de poder (poder sobre los bienes, sobre el trabajo, sobre los subalternos, sobre los «inferiores», poder sobre los allegados, sobre la familia, etc.). Sólo la aparición de nuevos modos de relación en el mundo y en el socius permitirá transformar esta «fijación libidinal» de los individuos al sistema del Capital y a sus distintas formas de cristalización del poder. En efecto, si éste se mantiene se debe a que la inmensa mayoría de los individuos no solo participa en él, sino que se adhiere inconscientemente al mismo. El derrocamiento del capitalismo moderno no es, por lo tanto, una simple lucha contra el sometimiento material y contra las formas visibles de la represión; atañe también y sobre todo a la creación de una multiplicidad de funcionamientos alternativos.

Desde 1968, no dejan de aparecer «frentes de lucha» de un tipo completamente distinto de aquellos que caracterizaron al movimiento obrero tradicional (los trabajadores inmigrantes que rechazan el trabajo que se les quiere imponer, los parados, las mujeres sobreexplotadas, los ecologistas, los «nacionalistas», los psiquiatrizados, los homosexuales, los viejos, los jóvenes , etc...). ¿Acabarán integrándose sus objetivos en el marco de las «reivindicaciones» que el sistema puede tolerar? ¿O comenzarán a proliferar, a partir de estos movimientos, vectores de revolución molecular (ilocalizables con las coordenadas dominantes, autoproductores de sus propios ejes de referencia, relacionados entre sí por

correspondencias subterráneas, transversales y, precisamente por ello, en condiciones de desarrollar una labor de desgaste de las antiguas relaciones productivas, sociales, familiares, corporales, sexuales, cósmicas...) ?

¿Quedarán estas microrrevoluciones, estas profundas impugnaciones de las relaciones de socialidad, arrinconadas en esferas restringidas del campo social? ¿O bien serán articuladas entre sí por una nueva «segmentariedad social», que no por ello significará un restablecimiento de la jerarquía y de la segregación? En pocas palabras, ¿lograrán todas estas microrrevoluciones configurar una nueva revolución? ¿Serán capaces de «asumir» no sólo los problemas locales, sino la gestión de los grandes conjuntos económicos?

O, lo que viene a ser lo mismo: ¿lograremos zafarnos de las diferentes utopías del «retorno»? Retorno a las fuentes, a la naturaleza, a la trascendencia... Las líneas de desterritorialización «objetivas» son irreversibles. Habrá que tener en cuenta el «progreso» científico y técnico, o de lo contrario nada será posible y el poder capitalista mundial llevará siempre las de ganar.

Ejemplo: las luchas por la autodeterminación en Córcega y en Bretaña... Es evidente que, en el futuro, no harán más que intensificarse. ¿Se trata acaso de un «retorno»? Lo que está en juego es, en realidad, la promoción de una nueva Córcega, de una nueva Bretaña, y también de una nueva Sarcelles, de una nueva Yvelines... Se trata de reescribir de nuevo el pasado, sin vergüenzas, sobre la trama de un futuro abierto. Por otra parte, las reivindicaciones minoritarias, las reivindicaciones «nacionalitarias», podrían llevar en su seno determinado tipo de poder de Estado, de poder de sometimiento, es decir, determinados virus capitalistas.

¿Cómo serán las formas de resistencia de los sectores más tradicionales zarandeados por la evolución actual del capitalismo mundial integrado? Los sindicatos, los partidos de la izquierda clásica, ¿se dejarán manipular indefinidamente por el capitalismo modernista o sufrirán transformaciones profundas?

Es imposible predecir las *formas de lucha y de organización* que cobrará en el futuro esa revolución que se anuncia. Las espadas están en alto, pero hay una serie de puntos que ya se pueden considerar definitivos. Y no acerca de cómo serán las cosas, sino acerca de cómo no serán.

- No se centrarán únicamente en objetivos cuantitativos, sino que pondrán en tela de juicio las finalidades del trabajo, y por consiguiente, las del ocio y la cultura; el medio ambiente, la vida cotidiana, la vida doméstica, la relación hombre/mujer, adulto/niño, la percepción del tiempo, el sentido de la vida...
- No se centrarán únicamente en las clases obreras-industriales-cualificadas-blancas-masculinas-adultas (fin del mito de los revolucionarios de las fábricas Putilov de 1917). Hoy, la producción ya no puede identificarse con la industria pesada. En lo esencial, en la producción actual intervienen tanto las máquinas como los ordenadores, los dispositivos sociales como los mecanismos de intervención técnico-científicos; es inseparable de la fuerza de trabajo, empezando por el «trabajo» de los niños desde su más tierna infancia, involucra además a esa célula de «mantenimiento», de reproducción y de formación que es la familia y cuya gestión, en las actuales condiciones de opresión, recae en lo esencial sobre las mujeres.
- No se centrarán únicamente en un partido de vanguardia concebido como sujeto pensante de las luchas y con arreglo al cual será determinado el conjunto de los «movimientos de masas». Serán policéntricas, de tal suerte que sus diferentes componentes no estarán necesariamente coordinados, no tendrán por qué hablar el mismo idioma estereotipado. Entre ellas podrán surgir contradicciones, incluso antagonismos irreductibles (ejemplo: el punto de vista específico de las mujeres respecto a los movimientos predominantemente masculinos). La contradicción, en este caso, no paraliza la acción; constituye la prueba de que se ha puesto en tela de juicio una postura singular, un «deseo especifico».
- No se centrarán en un ámbito nacional. Imbricadas en la realidad más cotidiana, afectarán también a conjuntos sociales que desbordarán por todas partes el ámbito nacional. En la actualidad, cualquier perspectiva de lucha que se formule únicamente en un ámbito nacional ve anulada por anticipado su eficacia. Los partidos y los grupúsculos, tanto los reformistas como los revolucionarios, que se limitan al objetivo exclusivo de la «conquista del poder político del Estado», se condenan a sí mismos a la impotencia. (Ejemplo: la solución del «problema italiano» no la

tienen ni los comunistas, ni los socialistas, ¡pero tampoco los *autónomos*! Esa solución presupone un movimiento de luchas que ha de desarrollarse como mínimo en cuatro o cinco países europeos.)

- No se centrarán en un corpus teórico único. Sus diferentes componentes elaborarán, cada uno en su ámbito y con arreglo a su propio ritmo, los modos de semiotización que les permitan definir y orientar su acción. Reaparece aquí el problema de la desaparición de la división entre el trabajo productivo y el trabajo científico-cultural, entre el trabajo manual y el trabajo intelectual.
- Rechazarán la compartimentación entre valores de cambio, valores de uso y valores de deseo, ya que esta compartimentación constituye uno de los pilares principales de las formaciones de poder encerradas en sí mismas y jerarquizadas, en las que se asientan el capitalismo y la segregación social.

La producción social está controlada por las «élites» capitalistas y tecnocráticas y cada vez más separada de los intereses y de los deseos de los individuos. Esta producción conduce a:

- una sistemática sobrevaloración de industrias que comprometen el futuro mismo de la especie humana (carrera armamentística, centrales nucleares...);
- una subestimación de valores de uso esenciales (el hambre en el mundo, la protección del medio ambiente...);
- el laminado y la represión de los deseos en su singularidad, es decir, a la pérdida de sentido de la vida.

En estas condiciones, la perspectiva de transformaciones revolucionarias, y la capacidad colectiva de hacerse cargo de la vida cotidiana y de los deseos, en todos los ámbitos del campo social, se han tornado en instancias absolutamente inseparables.

2. *El capitalismo mundial integrado y la revolución molecular*

El capitalismo contemporáneo puede ser definido como capitalismo mundial integrado:

1. Porque sus interacciones son constantes con países que, históricamente, parecían habérsele escapado —los países del bloque soviético, China, los países del Tercer Mundo.
2. Porque tiende a que ninguna actividad humana, en todo el planeta, escape a su control.

Podemos considerar que el capitalismo ya ha colonizado todas las superficies del planeta y que lo esencial de su expresión reside actualmente en las nuevas actividades que pretende sobrecodificar y controlar.

Este doble movimiento, el de una extensión geográfica que se encierra sobre sí misma y el de una expansión molecular proliferante, es correlativo de un proceso general de desterritorialización. El Capitalismo mundial integrado (CMI) no respeta las territorialidades existentes; tampoco respeta los modos de vida tradicionales, como los de la organización social de aquellos conjuntos nacionales que parecen hoy en día firmemente establecidos. Recompone tanto los sistemas de producción como los sistemas sociales en sus propias bases, sobre lo que podríamos llamar su axiomática propia («axiomática» en contraposición, en este caso, a «programática»). En otras palabras, no hay un programa definido de una vez por todas: siempre es posible, en el contexto de una

crisis o de una dificultad imprevista, agregar axiomas funcionales suplementarios o sustraer otros. Ciertas formas capitalistas parecen derrumbarse frente a una guerra mundial o una crisis como la de 1929, pero luego renacen bajo otras formas, encontrando otros fundamentos. Esta desterritorialización y esta recomposición permanente atañen tanto a las formaciones de poder como a los modos de producción (prefiero hablar de formaciones de poder en lugar de relaciones de producción, noción demasiado restrictiva en relación con el tema aquí considerado). Abordaré el problema del Capitalismo mundial integrado desde tres puntos de vista:

1. El de sus sistemas de producción, de expresión económica y de axiomatización del «socius».
2. El de las nuevas segmentariedades que éste desarrolla: a) en el ámbito transnacional, b) en el marco europeo y c) en el plano molecular.
3. Por último, el de lo que denomino las máquinas de guerra revolucionarias, los agenciamientos de deseo y las luchas de clases, desde el punto de vista de sus objetivos, de sus referencias y de sus modos de acción.

Los sistemas de producción, de expresión económica y de axiomatización del CMI.

1. Sobre la evolución de los sistemas de producción del CMI seré breve e incluso esquemático, dado que este tema ya ha sido ampliamente desarrollado en otros lugares. Señalemos para empezar que hoy en día ya no sólo existe una división internacional del trabajo, sino una mundialización de la división del trabajo, una captura generalizada de todos los modos de actividad, incluidos aquellos que escapan formalmente a la definición económica de trabajo. Los sectores de actividad más «atrasados» y los modos de producción marginales, las actividades domésticas, el deporte, la cultura, etc., que hasta ahora no incumbían al mercado mundial, están cayendo, uno tras otro, bajo su dependencia.

De este modo, el CMI integra el conjunto de sus sistemas maquínicos al trabajo humano, de tal suerte que se hace cada vez más difícil pretender dar cuenta de los valores económicos

únicamente a través de una noción cuantitativa de «trabajo socialmente necesario»; en la medida en que lo que resulta pertinente en la asignación de un trabajador a un puesto productivo no es sólo su capacidad de proporcionar un cierto tiempo de trabajo, sino el tipo de secuencia maquínica que va a introducir en el proceso de producción, (en la que interviene por supuesto, un trabajo físico, pero cada vez más relativo). De esta suerte, las reivindicaciones sindicales que apuntan a la disminución del tiempo de trabajo pueden volverse perfectamente compatibles con el proyecto de integración del capitalismo; y no sólo compatibles; sino que incluso pueden ser auspiciadas, para que el trabajador pueda dedicarse a actividades financieramente improductivas, pero económicamente recuperables. El ámbito de la integración maquínica ya no se limita únicamente a los lugares de producción, sino que se extiende también a todos los demás tipos de espacios sociales e institucionales —agenciamientos técnico-científicos, equipamientos colectivos, medios de comunicación de masas, etc. La revolución informática acelera considerablemente este proceso de integración, que contamina también la subjetividad inconsciente tanto individual como social.

Esta integración maquínico-semiótica del trabajo humano implica, en consecuencia, que se tome en cuenta en el seno del proceso productivo la formación de cada trabajador no sólo en el ámbito de sus saberes —lo que algunos economistas llaman el «capital de saber»—, sino también en el conjunto de sus sistemas de interacción con la sociedad y con el entorno maquínico; imbricando en este entorno tanto a las máquinas propiamente dichas, esto es, las máquinas técnicas, como a las máquinas semióticas y a las máquinas deseantes, que funcionan como software de los comportamientos sociales, de los tejidos urbanísticos, de todos los niveles de sensibilidad, de interiorización de los sistemas jerárquicos, etc.

2. La expresión económica del CMI, su modo de sometimiento semiótico de las personas y de las colectividades, no sólo atañe a una serie de sistemas de signos (como el sistema monetario, el bursátil, los aparatos jurídicos relativos al salario, a la propiedad, al orden público, etc.). Se apoya igualmente en sistemas de servidumbre, pero en el sentido cibernético del término. Los componentes semióticos del capital funcionan siempre en un doble registro: el de la representación —donde los

sistemas de signos son independientes y se encuentran distanciados de los referentes económicos— y el del diagramatismo —donde los sistemas de signos se concatenan[1] directamente con los referentes, como instrumentos de modulación, de programación, de planificación de los segmentos sociales y de los agenciamientos productivos. De este modo, el capital es mucho más que una simple categoría económica relativa a la circulación de bienes y a la acumulación. Es una categoría semiótica que concierne al conjunto de los ámbitos de la producción y al conjunto de los niveles de la estratificación de los poderes. El CMI se inscribe, en primer lugar, en el marco de las sociedades divididas en clases sociales, en clases raciales, burocráticas, sexuales, grupos de edad, etc., y en segundo lugar, en el seno del tejido maquínico proliferante. Su ambigüedad con respecto a las mutaciones maquínicas materiales y semióticas características de la situación actual reside en el hecho de que utilizan toda su potencia maquínica, toda la proliferación semiótica de las sociedades industriales desarrolladas, al mismo tiempo que la neutralizan a través de sus medios de expresión económicos específicos.

El CMI favorece las innovaciones y la expansión maquínica sólo en la medida en que puede recuperarlas y consolidar los axiomas sociales fundamentales sobre los cuales no puede transigir: un cierto tipo de concepción del «socius», del deseo, del trabajo, del tiempo libre, de la cultura, etc.

3. Abordemos el tercer punto, que se refiere a la axiomatización del «socius» por el CMI. Ésta se caracteriza en el contexto actual por tres tipos de transformaciones: de cercamiento, de desterritorialización y de segmentaridad.

El cercamiento. A partir del momento en que el capitalismo ha invadido el conjunto de las superficies económicamente explotables, deja de ser capaz de mantener el impulso expansionista que lo caracterizaba durante sus fases coloniales e imperialistas. De este modo, su campo de acción queda cercado y esto le obliga a recomponerse constantemente

---

1 Una concatenación es, por regla general, un encadenamiento de causas y efectos, para Félix Guattari, sin embargo, este encadenamiento se desarrolla en un espacio de múltiples dimensiones, lo que le da la forma de una aprehensión de los flujos de deseo. [*N. del E.*]

sobre sí mismo, sobre los mismos espacios, profundizando sus modos de control y de sometimiento de las sociedades humanas. Su mundialización, lejos de constituir un factor de crecimiento, corresponde de hecho a una reformulación radical de sus bases anteriores, que puede desembocar, tanto en una involución completa del sistema, como en un cambio de registro. El CMI tendrá que encontrar sus medios de expansión y de crecimiento, trabajando las mismas formaciones de poder, volviendo a transformar las relaciones sociales y desarrollando mercados cada vez más artificiales, no sólo en el ámbito de los bienes, sino también en el de los afectos. Propongo la siguiente hipótesis: la característica de la crisis actual —que en el fondo no es tal, sino más bien una gigantesca reconversión— es precisamente esta oscilación entre la involución de un cierto tipo de capitalismo que tropieza con su propio cercamiento y un intento de reestructuración sobre bases diferentes, que conduce al CMI a aceptar, tal cual, su finitud —en particular la de sus mercados— y la necesidad de redefinir permanentemente sus campos de aplicación —incluidos los espacios «socialistas», URSS, China, etc. En otros términos, le es necesario operar una reconversión decisiva, aunque esto implique liquidar completamente sistemas anteriores, ya sea en el ámbito de la producción o en el ámbito de los compromisos nacionales, de la democracia burguesa, de la socialdemocracia, etc. Fin, pues, de los capitalismos territorializados, de los imperialismos expansivos, y tránsito a imperialismos desterritorializados e intensivos. Abandono de toda una serie de categorías sociales, de sectores de actividad, de zonas básicas de implantación y, por otra parte, remodelación, domesticación de las fuerzas productivas tendente a adaptarlas al nuevo modo de producción. Integración desterritorializada, que no es necesariamente incompatible con la existencia de regímenes diversificados y que puede incluso estimular esta diversificación, a condición de que se establezca con arreglo a su axiomática segregativa.

La *desterritorializacián del capitalismo* sobre sí mismo es lo que Marx había denominado «la expropiación de la burguesía por la burguesía», pero esta vez a una escala muy diferente. El CMI no es universalista. No pretende generalizar la democracia burguesa sobre el conjunto del planeta, ni tampoco, por otra parte, un sistema dictatorial. Pero requiere,

sin embargo, una homogeneización de los modos de producción, de los modos de circulación y de los modos de control social. Ésta es la única preocupación que le conduce a apoyarse en regímenes relativamente democráticos en algunos lugares e imponer regímenes dictatoriales en otros. De manera general, esta orientación tiene por efecto relegar las viejas territorialidades sociales y políticas o, por lo menos, despojarlas de sus antiguas fuerzas económicas. Pero esto sólo es posible si funciona a partir de una multicentralización de sus propios núcleos de decisión.

Hoy en día, el CMI no posee un centro único de poder. Incluso su rama norteamericana es policéntrica. Los centros reales de decisión están repartidos por todo el planeta. Y no se trata solamente de estados mayores económicos de «élite», sino también de engranajes de poder que se escalonan en todos los niveles de la pirámide social, desde el *manager* al padre de familia. En cierto modo, el CMI instaura su propia democracia interna. No impone necesariamente decisiones que vayan en el sentido de sus intereses inmediatos. Mediante mecanismos extremadamente complejos mantiene una «consulta» con los otros centros de interés, con los demás segmentos con los que debe componerse. Esta «negociación» ya no es política en la acepción antigua. Introduce sistemas de información y de manipulación psicológica a gran escala, utilizando los medios de comunicación de masas. Hoy día asistimos, por ejemplo, a una especie de negociación inconsciente del CMI a propósito de las opciones energéticas: petróleo, energía nuclear, nueva energía, etc.

La degeneración de las localizaciones concéntricas, de los modos de poder y de las jerarquías que se escalonan desde las aristocracias a los proletariados, pasando por las pequeñas burguesías, etc., no es incompatible con su mantenimiento parcial. Sin embargo, ya no corresponden a los campos reales de decisión. El *poder del CMI* está siempre en otra parte, dentro de mecanismos desterritorializados. Esto hace que aparezcan hoy en día como algo imposible de aprehender, de localizar y de atacar. Esta desterritorialización engendra también fenómenos paradójicos como el hecho, por ejemplo, de que se desarrollen zonas de Tercer Mundo dentro de los países más desarrollados y que, inversamente, aparezcan centros hipercapitalistas desarrollados en zonas de subdesarrollo.

El sistema general de segmentaridad. Hemos visto que el capitalismo, al no estar ya en una fase expansiva en el ámbito geopolítico, debe reinventarse sobre los mismos espacios, conforme a una especie de técnica de palimpsesto. Tampoco puede desarrollarse con arreglo a un sistema de centro y periferia, que transforma sincrónicamente. Actualmente, su problema consiste en descubrir nuevos métodos de consolidación de sus sistemas de jerarquía social. Se trata de un axioma fundamental: para mantener la consistencia de la fuerza colectiva de trabajo a escala planetaria, el CMI tiene que hacer coexistir zonas de superdesarrollo, de superenriquecimiento en beneficio de las aristocracias capitalistas —localizadas no sólo en los bastiones capitalistas tradicionales— y zonas de subdesarrollo relativo, e incluso verdaderas zonas de pauperización absoluta, de tal suerte que la pirámide social se vaya socavando por otro lado. Estos son los extremos entre los cuales puede establecerse una disciplinarización general de la fuerza colectiva de trabajo, así como una compartimentación, una segmentación de los espacios mundiales. La libre circulación de bienes y de personas está reservada a las nuevas aristocracias del capitalismo. Todas las demás categorías de la población están condenadas a residir en algún rincón de un planeta que se ha convertido en una verdadera fábrica mundial, a la que son agregados campos de trabajo forzado o campos de exterminio a escala de países enteros (Camboya). De esta suerte, el CMI puede hacer coexistir una perspectiva de «progreso social» en las zonas ricas —mejoramiento de las condiciones de trabajo desde el punto de vista de la duración de la jornada y de la cantidad de relaciones humanas, etc. — y una verdadera política de exterminio de la fuerza colectiva de trabajo en otras regiones.

Esta segmentación social, esta segregación acondicionada a escala planetaria, es la consecuencia del fenómeno de cercamiento del CMI. Si el CMI logra cohesionar todos estos segmentos, atravesar las disparidades instituidas por él y ser rey y señor de los más variados sistemas, ello ha de atribuirse a su desterritorialización y a su multicentralización. Esta redefinición no sólo afecta a las cuestiones económicas. El conjunto de la vida social es remodelado. En el este de Francia, donde de padres a hijos se vivía de la industria del acero, el CMI decide liquidar el paisaje industrial. De tal modo otro espacio será transformado en zona turística o en zona residencial

para las élites; se alteran los niveles de vida a escala de regiones enteras. Hemos podido comprobar hasta qué punto la instauración del Mercado Común Europeo ha reactivado los sentimientos nacionalistas corsos, vascos, bretones, etc. Nuevas interacciones, nuevos antagonismos surgen entre los segmentos del CMI y los agenciamientos humanos que tratan de resistir a su axiomatización y de reconstituirse sobre bases diferentes.

No enumero aquí todos los demás axiomas de segmentariedad que tienden a regir el conjunto de los agenciamientos moleculares —relaciones familiares, relaciones conyugales y domésticas, funciones de educación, de justicia, de asistencia, etc. Todos ellos se ensamblan para modificar y adaptar el modo de valorización de la vida social y económica. ¿Bajo que condiciones merece la pena seguir viviendo en tal sistema? ¿Qué ataduras inconscientes hacen que sigamos adhiriéndonos a éste, a pesar de nosotros mismos?

Todos estos axiomas de segmentaridad están conectados entre sí. El CMI no sólo interviene a escala mundial, sino también en los ámbitos más personales. Inversamente, las determinaciones moleculares inconscientes no cesan de interactuar sobre componentes fundamentales del CMI.

Las nuevas segmentariedades del CMI

a) La segmentariedad transnacional

El antagonismo Este/Oeste tiende a perder consistencia. Incluso en las fases de tensión, dicho antagonismo adopta un giro artificial, de juego teatral. Esto responde a que lo esencial de las contradicciones ya no se sitúa en el eje Este/Oeste, sino más bien en el eje Norte/Sur; dando por hecho que, para el CMI, se trata siempre, a fin de cuentas, de asegurarse el control de todas las zonas que tienden a escapársele, y que existen Norte y Sur dentro de cada país. ¿Bastaría con decir, entonces, que la nueva segmentariedad descansa en el «cruce» entre un fenómeno esencial, que sería una guerra permanente y larvada entre Norte y Sur, y un fenómeno secundario, el de las rivalidades Este/Oeste? A mi modo de ver ese enfoque sería insuficiente. La separación entre Tercer

Mundo en vías de desarrollo (o incluso hiperdesarrollado: países productores de petróleo) y Tercer Mundo en vías de pauperización absoluta, en vías de exterminio, se ha vuelto un elemento permanente de la situación actual. Pero también intervienen otros factores. La oposición entre el capitalismo transnacional multinacional y los grupos de presión internacionales, por un lado, y el capitalismo nacional, por el otro (una oposición que sigue el principio clasificador exclusivo de la mayor parte de los Partidos Comunistas locales), ha dejado de ser pertinente desde un punto de vista global, por más que puedan subsistir localmente. De hecho, todas estas contradicciones internacionales se organizan entre sí, se cruzan, desarrollando combinaciones complejas que no se resumen en sistemas de ejes Este/Oeste, Norte/Sur, nacional-/multinacional, etc. Proliferan como una especie de rizoma multidimensional, incluyendo innumerables singularidades geopolíticas, históricas, religiosas, etc. Nunca estará de más insistir en el hecho de que la axiomatización, la producción de nuevos axiomas en respuesta a esas situaciones específicas, no responde a un programa general, no depende de un centro conductor que dictaría esos axiomas. La axiomática del CMI no está fundada en análisis ideológicos, sino que forma parte integrante de su proceso de producción. En semejante contexto, cualquier perspectiva de lucha revolucionaria circunscrita a espacios nacionales, cualquier perspectiva de toma del poder político por medio de la dictadura del proletariado, parece cada vez más ilusoria. Los proyectos de transformación social están condenados a la impotencia si no se inscriben en una estrategia subversiva a escala mundial.

b) La segmentariedad europea

La oposición entre Este y Oeste dentro de Europa también habrá de evolucionar considerablemente en los próximos años. Lo que nos parecía un antagonismo fundamental se revelará quizás progresivamente «fagocitable», negociable a todos los niveles. Por consiguiente, nada de modelo germano-estadounidense, nada de retorno al fascismo de la preguerra, etc., sino más bien evolución por aproximaciones sucesivas hacia un sistema de democracia autoritaria de nuevo tipo. Los métodos de represión y control social de los

regímenes del Este y del Oeste tienden a aproximarse mutuamente; un espacio represivo europeo de los Urales al Atlántico amenaza con reemplazar el actual espacio jurídico europeo. Y los partidos comunistas europeos no son los últimos en actuar en este sentido. Durante un tiempo ha podido pensarse que la desaparición relativa de la oposición Este-Oeste en Europa se vería acompañada por una intensificación de la oposición entre la Europa del norte y la Europa del sur. Pero en esta dirección tampoco es probable que lleguemos a una nueva guerra de Secesión. Aquí el CMI adapta una vez más su segmentariedad económica y social en referencia a una estrategia esencialmente mundial. Por otra parte, las amenazas secesionistas dentro de los países de Europa del este, considerablemente reforzadas por el problema polaco, estimularán a los dirigentes occidentales y soviéticos a negociar un nuevo *status quo*, un nuevo Yalta.

c) La segmentariedad molecular

En los espacios capitalísticos[2] encontramos constantemente dos tipos de problemas fundamentales:

- las luchas de interés, económicas, sociales, sindicales en el sentido clásico;
- las luchas relativas a las libertades, que podríamos agrupar junto con las de deseo, los cuestionamientos de la vida cotidiana, del medio ambiente, etc., en el registro de la revolución molecular.

---

2 Guattari prefiere el sufijo «ístico» en lugar de «ista», ya que considera necesario crear un término que pueda designar no sólo a las sociedades calificadas como capitalistas, sino también a sectores del llamado «Tercer Mundo» o del capitalismo «periférico», así como a las denominadas economías socialistas de los países del Este, que viven en una especie de dependencia y contradependencia del capitalismo. A juicio de Guattari, tales sociedades funcionarían con arreglo a una misma política del deseo en el campo social, esto es, con un mismo modo de producción de subjetividad y de relación con el otro (Observación de Suely Rolnik, recogida en [Félix Guattari, Suely Rolnik, *Cartografías*], de próxima publicación en esta colección).

Las luchas de interés, las cuestiones del nivel de vida, continúan siendo portadoras de contradicciones esenciales. No se trata, en ningún caso, de subestimarlas; sin embargo, podemos plantear la hipótesis de que, a falta de una estrategia global, estas reivindicaciones darán pie cada vez más a su propia recuperación, a su integración por parte de la axiomática del CMI. No conducirán jamás por sí mismas a una verdadera transformación social. No volveremos a asistir a enfrentamientos del tipo europeo de 1848, de la Comuna de París o del 1917 en Rusia; nunca más asistiremos a una ruptura neta, de clase contra clase, que inicie la redefinición de un nuevo tipo de sociedad. En caso de conflicto grave, el CMI está en condiciones de poner en marcha una especie de plan Orsec[3] internacional y un plan Marshall permanente. Los países europeos, Japón y EE.UU. pueden subvencionar a fondo perdido, y durante un buen período, la economía de un bastión capitalista en peligro. Se trata de la supervivencia del CMI, que funciona, en este caso, como una especie de compañía internacional de seguros, capaz, tanto en el plano económico como en el plano represivo, de hacer frente a las vicisitudes más difíciles.

Entonces ¿qué va a ocurrir? ¿Desembocará la crisis actual en un nuevo *status quo* social, en una normalización «a la alemana», en una guetización de los marginales, en un Estado del Bienestar generalizado, acompañado del acondicionamiento parcial de algunos nichos de libertad? Es una posibilidad, aunque no la única. En cuanto abandonamos los esquemas simplificadores, nos damos cuenta de que países como Alemania o Japón no están exentos de grandes trastornos sociales. Sea como fuere, parece que, por lo menos en Francia, la situación evoluciona hacia una liquidación del equilibrio social que, desde hacía varias décadas, se manifestaba en términos de una relativa paridad entre las fuerzas de izquierda y las fuerzas de derecha. Nos orientamos hacia una ruptura del tipo: un 90 por cien de una masa conservadora amedrentada, embrutecida por los medios de

---

[3] Plan ORSEC (organización de auxilio), plan de la administración francesa de actuación en caso de catástrofes naturales, medioambientales o nucleares, iniciado como rúbrica genérica en 1952, posteriormente ha sido la base de múltiples planes de auxilio especializados. [*N. del E.*]

comunicación de masas y un 10 por cien de minoritarios más o menos refractarios. Pero si abordamos este problema desde un punto de vista distinto, no sólo en lo que atañe a las luchas de interés, sino también en el plano de las luchas moleculares, entonces el panorama cambia. Lo que aparece en esos mismos espacios sociales, aparentemente encasillados y aseptizados, es una especie de guerra social bacteriológica, algo que ya no se afirma con arreglo a frentes de lucha claramente delimitados —frentes de clase, luchas reivindicativas—, sino en forma de trastornos moleculares difíciles de aprehender. Distintos tipos de virus de esta índole están trabajando en el cuerpo social en relación con el consumo, con el trabajo, con el tiempo libre, con la cultura, etc.: autorreducciones, cuestionamiento del trabajo, del sistema de representación política, radios libres, etc. En la subjetividad consciente e inconsciente de los individuos y de los grupos sociales, no dejarán de aparecer mutaciones de consecuencias imprevisibles.

Nuevas máquinas de guerra revolucionaria, agenciamientos de deseo y lucha de clases

¿Hasta dónde podrá llegar esta revolución molecular? ¿No está condenada, en el mejor de los casos, a vegetar en guetos «al estilo alemán»? ¿El sabotaje molecular de la subjetividad social dominante se basta a sí mismo? ¿Debe la revolución molecular establecer alianzas con fuerzas sociales del ámbito molar (global)? La tesis principal que aquí se sostiene es que los axiomas del CMI —cercamiento, desterritorialización de los antiguos espacios nacionales, regionales, profesionales, etc., multicentralización, nuevas segmentaridades— jamás lograrán terminar con ella. Los recursos del CMI tal vez sean infinitos en el orden de la producción y de la manipulación de las instituciones y de las leyes. Sin embargo, se enfrentaron y se enfrentarán de un modo cada vez más violento con un verdadero muro o más bien con una maraña de hostigamientos infranqueables en el terreno de la economía libidinal de los grupos sociales. Esto se desprende del hecho de que la *revolución molecular* no sólo tiene que ver con las relaciones cotidianas entre hombres y mujeres,

homosexuales y heterosexuales, niños, adultos, etc. Interviene también y ante todo en *las mutaciones productivas en cuanto tales*. La revolución molecular es portadora de *coeficientes de libertad* inasimilables e irrecuperables por el sistema dominante. Esto no significa que dicha revolución molecular sea automáticamente portadora de una revolución social capaz de dar a luz una sociedad, una economía y una cultura liberadas del CMI. ¿No fue acaso una revolución molecular la que sirvió de fermento al nacional-socialismo? De aquí puede desprenderse lo mejor y lo peor. La conclusión de este tipo de transformaciones dependerá esencialmente de la capacidad que tengan los agenciamientos explícitamente revolucionarios para articularlas con las luchas de interés, políticas y sociales. Ésta es la cuestión esencial. De no producirse esa articulación: ninguna mutación de deseo, ninguna revolución molecular, ninguna lucha por espacios de libertad logrará impulsar transformaciones sociales y económicas a gran escala.

¿Cómo imaginar, entonces, máquinas de guerra revolucionaria de nuevo tipo que logren injertarse, al mismo tiempo, en las contradicciones sociales manifiestas y en esta revolución molecular?

La actitud de la mayoría de los militantes profesionales con respecto a estos problemas consiste a menudo en reconocer la importancia de esos nuevos terrenos de contestación, pero enseguida añaden que nada positivo se puede esperar de ellos por el momento: «Es necesario que hayamos alcanzado primero nuestros objetivos políticos, antes de poder intervenir en cuestiones como la vida cotidiana, la escuela, la relación entre grupos, la convivencia, la ecología, etc.»

Casi todas las corrientes de izquierda, de extrema izquierda, de la *autonomía*, etc., —esto era manifiesto en Italia en el período de 1977—, convergen en esta posición. A su manera, cada uno está dispuesto a explotar los «nuevos movimientos sociales» que se han desarrollado desde la década de 1960, pero nadie plantea el problema de forjar instrumentos de lucha realmente adaptados a estos movimientos. En cuanto se trata de entrar en este universo vago de los deseos, de la vida cotidiana, de las libertades concretas, una extraña sordera y una miopía selectiva aparecen en los portavoces «oficiales». Les produce pánico la idea de que un desorden pernicioso pueda contaminar las filas de sus organizaciones. Los maricas, los locos, las radios libres, las

feministas, los ecologistas... en el fondo les resulta un poco sospechoso. En realidad, esta perturbación proviene del hecho de que lo que con ello se ve amenazado es su persona de militante, su funcionamiento personal; no sólo sus concepciones en materia de organización, sino también sus «intereses» afectivos en un determinado tipo de organización.

Todo el problema reside en que estas organizaciones son asimilables, en mayor o menor grado, a los equipamientos del poder. Con independencia del hecho de que aquellos que las animan se declaren de derecha o izquierda, funcionan con el mismo sentido del conformismo. Trabajan al objeto de que los procesos moleculares entren en conformidad con las estratificaciones globales (molares). La verdad es que el sistema del CMI se alimenta precisamente de este tipo de equipamiento de poder. Las economías occidentales no podrían funcionar hoy en día sin los sindicatos, los comités de empresa, las mutualidades, los partidos de izquierda y, quizás también..., los grupúsculos de extrema izquierda. No se puede, pues, esperar gran cosa por ese lado. Al menos en Europa, porque en países como los de América Latina, por ejemplo, puede que este tipo de formación tenga todavía que cumplir una función importante. Aunque también allí los problemas relativos a la revolución molecular se plantearán, sin duda, con una agudeza cada vez mayor (problemas raciales, problemas de la mujer, problemas de las poblaciones marginales, etc.). Toda clase de compromisos, de combinaciones reformistas seguirán gestándose. Toda clase de manifestaciones simbólicas o violentas seguirán animando la actualidad, pero nada de ello nos acercará a un verdadero proceso de transformación revolucionaria.

Llegados a este punto, nos enfrentamos a la lancinante pregunta: ¿cómo «inventar» nuevos tipos de organización capaces de actuar en el sentido de esta confluencia, de este cúmulo de efectos de las revoluciones moleculares, de las luchas de clases en Europa y de las luchas de emancipación en el Tercer Mundo, organizaciones capaces de responder caso por caso, cuando no golpe por golpe, a las transformaciones segmentarias del CMI (una de cuyas consecuencias es, precisamente, que ya no se pueda seguir hablando de masas indiferenciadas)? ¿Cómo conseguirán estos agenciamientos de lucha —a diferencia de los tradicionales— dotarse de los medios de análisis que les permitan no verse sorprendidos ni

por las innovaciones institucionales tecnológicas del capitalismo, ni por los brotes de respuesta revolucionaria que los trabajadores y las poblaciones sometidas al CMI experimentan en cada etapa? Nadie puede definir hoy en día lo que serán las formas futuras de coordinación y organización de la revolución molecular, pero lo que parece evidente es que implicarán —como premisa absoluta— el respeto de la autonomía y de la singularidad de cada uno de sus segmentos. Desde ahora queda claro que la sensibilidad de estos segmentos, su grado de conciencia, sus ritmos de acción, sus justificaciones teóricas no coinciden. Parece deseable e incluso esencial que no coincidan jamás. Sus contradicciones, sus antagonismos, no deberán ser «resueltos» ni por una dialéctica imperativa, ni por aparatos de dirección que los dominen y opriman.

Entonces, ¿qué formas de organización? ¿Algo vago, poco definido? ¿Un retorno a las concepciones anárquicas de la *belle époque*? No necesariamente, e incluso diría que seguramente no. Desde el momento en que este imperativo de respeto de los *rasgos de singularidad y heterogeneidad* de los diversos segmentos de luchas se pusieran en marcha, sería posible desarrollar, sobre objetivos delimitados, un nuevo modo de estructuración —ni vago ni demasiado fluido. Al igual que la revolución social, las realidades a las que se enfrenta la revolución molecular son difíciles; requieren la constitución de aparatos de lucha, de máquinas de guerra revolucionaria eficaces. Sin embargo, para que tales organismos de decisión lleguen a ser «tolerables» y no sean rechazados como injertos nocivos, es indispensable que no comporten ninguna «sistemocracia», tanto en el plano inconsciente como en el plano ideológico manifiesto. Muchos de aquellos que han experimentado el carácter pernicioso de las formas tradicionales de la militancia, se contentan hoy con reaccionar de manera sistemática a cualquier forma de organización e incluso frente a cualquier persona que pretenda asumir la presidencia de una reunión, la redacción de un texto, etc. Desde el momento en que la preocupación principal y permanente ha pasado a ser la de una auténtica confluencia entre las luchas globales (molares) y moleculares, el problema de la construcción de organismos no sólo de información, sino también de decisión, se plantea bajo una nueva luz —a escala global, a escala de la ciudad, de la región, de un

sector de actividad, a escala europea e incluso más allá. Con todo lo que ello puede acarrear en cuanto a rigor y disciplina de acción, aunque respondiendo a métodos radicalmente distintos de los utilizados por los socialdemócratas y por los bolcheviques, esto es, no programáticos, sino *diagramáticos*.

Qué más decir acerca de esta complementaridad —y no sólo coexistencia pacifica— entre:

- Un trabajo analítico-político relativo al inconsciente social.
- Nuevas formas de luchas por las libertades.
- Las luchas de las múltiples categorías «no garantizadas», marginalizadas por la nueva segmentaridad del CMI.
- Las luchas sociales más tradicionales.

Los pocos esbozos que han surgido en este sentido, a partir de la década de 1960 en Estados Unidos, en Italia, en Francia, etc., difícilmente podrían servir de modelo. Sin embargo, no avanzaremos en la reconstrucción de un verdadero movimiento revolucionario sino a través de múltiples y sucesivas aproximaciones de este tipo, parciales y llenas de altibajos. Desde esta perspectiva, debemos prepararnos para los encuentros más imprevistos, a la entrada en escena de personajes totalmente sorprendentes como el juez Bidalou o el humorista Coluche, al desarrollo de técnicas subversivas todavía inimaginables, en particular en el dominio de los *media* y de la informática.

Los movimientos obreros y los movimientos revolucionarios, en todos los planos, están lejos aún de haber comprendido la importancia del debate sobre todas estas cuestiones de organización. Les vendría bien ponerse al día siguiendo la escuela del CMI, que por su cuenta se ha dotado de los medios para forjar nuevas armas, para afrontar los trastornos que engendran sus reconversiones y su nueva segmentariedad. El CMI no recurre a expertos sobre estos asuntos. No los necesita. Le basta con una práctica sistemática. Sabe lo que es la multicentralización de las decisiones. No le supone el menor problema el hecho de no disponer de un estado mayor central, ni de una supercomisión política para orientarse en situaciones complejas. (Aunque haga creer en la existencia de estados mayores; de ahí el mito orquestado en

torno a la famosa «Comisión Trilateral». Deja creer que «por ahí va la cosa», que ahí es donde hay que apuntar, mientras los verdaderos «actores», los verdaderos centros de decisión, están en otra parte).

Mientras nosotros mismos sigamos dominados por una concepción de los antagonismos sociales que ya no tiene mayor relación con la situación presente, seguiremos caminando en círculo en nuestros guetos, nos mantendremos indefinidamente a la defensiva, incapaces de apreciar el alcance de las nuevas formas de resistencia en los campos más diversos. Antes que nada, se trata de darse cuenta de hasta que punto estamos contaminados por los engaños y trampas del CMI. La primera de estas trampas es el sentimiento de impotencia que conduce a una especie de «abandono» a las fatalidades del CMI. Por un lado, el Gulag; por el otro, las migajas de libertad del capitalismo y, aparte de eso, aproximaciones confusas hacia un vago socialismo del que no se ven ni el inicio de sus primeros pasos, ni sus verdaderas finalidades. Ya seamos de izquierda o de extrema izquierda, ya seamos políticos o apolíticos, tenemos la impresión de estar encerrados en el interior de una fortaleza o, más bien, de una red de alambre de espino que se despliega no sólo sobre toda la superficie del planeta, sino también en todos los rincones del imaginario. Y, sin embargo, el CMI es mucho más frágil de lo que parece y, por la naturaleza misma de su desarrollo, está destinado a fragilizarse cada vez más. Sin duda, en el futuro, el CMI logrará resolver todavía innumerables problemas técnicos, económicos y de control social. Pero la revolución molecular se le escapará progresivamente. Otra sociedad está gestándose desde hoy mismo en los modos de sensibilidad, en los modos relacionales, en los vínculos con el trabajo, con la ciudad, con el medio ambiente, con la cultura, en una palabra, en el *inconsciente social*. En la medida en que se vea sobrepasado por esas olas de transformaciones moleculares, cuya naturaleza y contorno se le escapan, el CMI se endurecerá. Éste es el sentido del temible recrudecimiento reaccionario en París, Roma, Londres, Nueva York, Tokio, Moscú, etc. Sin embargo, los cientos de millones de jóvenes que hacen frente a lo absurdo de este sistema en América Latina, en Asia, en África, constituyen a su vez una ola portadora de otro futuro. Los neoliberales de todo pelo se hacen dulces ilusiones si piensan realmente que las cosas se

arreglarán por sí solas en el «mundo feliz» capitalista. Cabe conjeturar razonablemente que las pruebas de fuerza revolucionaria irán desarrollándose en las próximas décadas.

Nos corresponde a todos apreciar en qué medida —por pequeña que sea— cada uno de nosotros puede trabajar para la puesta al día de *máquinas revolucionarias políticas, teóricas, libidinales y estéticas* que puedan acelerar la cristalización de un modo de organización social menos absurdo que el que sufrimos hoy en día.

3. *El capital como «integral» de las formaciones de poder*

El capital no es una categoría abstracta, sino un operador semiótico al servicio de formaciones sociales determinadas. Su función consiste en asumir el registro, el equilibrio, la regulación y la sobrecodificación de:

- las formaciones de poder propias de las sociedades industriales desarrolladas;
- los flujos y las relaciones de fuerza relativos al conjunto de las potencias económicas del planeta.

Bajo múltiples formas, encontramos sistemas de capitalización de poderes en las sociedades más arcaicas —capital de prestigio, capital de poder mágico encarnado en un individuo, en un linaje, en una etnia— pero, aparentemente, sólo en el modo de producción capitalista se ha automatizado un procedimiento general de semiotización de este proceso de capitalización. Este procedimiento se ha desarrollado en torno a los dos ejes siguientes:

- una desterritorialización de los modos locales de semiotización de los poderes; modos locales, que caen de esta suerte bajo el control de un sistema general de inscripción y de cuantificación del poder;
- una reterritorialización de este último sistema en una formación de poder hegemónica: la burguesía de los Estados-nación.

El capital económico expresado en lenguaje monetario, contable, bursátil, etc., descansa siempre, en última instancia, en mecanismos de evaluación diferencial y dinámica de los poderes enfrentados en un terreno concreto. Un análisis exhaustivo de un capital, con independencia de su naturaleza, implicaría por ende la consideración de componentes extremadamente diversificadas, relativas tanto a prestaciones poco o nada monetarizadas, por ejemplo de orden sexual o doméstico —los regalos, las ventajas adquiridas, los «beneficios secundarios», el dinero de bolsillo, los peculios, etc.— como a gigantescas transacciones internacionales que —bajo la cobertura de operaciones de crédito, de inversión, de implantación industrial, de cooperación— no son otra cosa que enfrentamientos económico-estratégicos. Desde este punto de vista, toda referencia demasiado insistente al capital en relación a un equivalente general o en relación a sistemas de paridad fijos, no puede sino esconder la verdadera naturaleza de los procesos de sometimiento y de servidumbre capitalistas, esto es, la puesta en juego de relaciones de fuerza —sociales y microsociales—, de deslizamientos de poder, de avances y retrocesos de una formación social con respecto a otra, de comportamientos colectivos de fuga hacia delante de tipo inflacionista, encaminados a producir una pérdida de terreno o incluso tomas de poder imperceptibles que sólo saldrán a la luz en un momento determinado.

Los patrones de referencia no tienen otro papel que el de cómputo, de operador relativo y de regulación transitoria. Una verdadera cuantificación de los poderes sólo puede descansar en modos de semiotización conectados directamente con formaciones de poder y con agenciamientos productivos —tanto materiales como semióticos— debidamente localizados en las coordenadas sociales.

Trabajo maquínico y trabajo humano

El valor del trabajo puesto en venta en el mercado capitalista depende de un factor cuantitativo (el tiempo de trabajo) y de un factor cualitativo (la cualificación media del trabajo). Bajo este segundo aspecto de servidumbre

maquínica,[1] el valor no puede estar circunscrito al ámbito individual. Ante todo, porque la cualificación de una prestación humana es inseparable de un entorno maquínico particular. Después, porque su competencia depende siempre de una instancia colectiva de formación y de socialización. Marx habla frecuentemente del trabajo como la resultante de un «trabajador colectivo»; sin embargo, esta categoría continúa siendo para él una entidad de orden estadístico: «el trabajador colectivo» es un personaje abstracto deducido de un cálculo que se apoya en el «trabajo social medio». Esta operación le permite superar las diferencias individuales para definir el valor del trabajo, que de este modo se encuentra anclado a factores cuantitativos unívocos, como el tiempo de trabajo necesario para una producción y el número de trabajadores implicados. A partir de ahí, este valor puede descomponerse en dos partes:

- una cantidad que corresponde al trabajo necesario para la reproducción del trabajo;
- una cantidad que constituye el plusvalor, y que es identificada con la extorsión de un sobretrabajo por parte del capitalista.[2]

---

1 «Asservissement» (en el texto original), tiene un doble sentido.

a) Servidumbre: la condición de siervo o de esclavo, el acto de subyugar (esclavitud, sujeción, sumisión) como sistema de dependencia que liga el siervo al feudo. El siervo es un individuo que no tiene derechos, que no dispone de su persona, ni de bienes, cuyos servicios están adscritos a la gleba, y como ésta, son transferibles.
b) El sentido cibernético de mecanismo de servidumbre: sistemas de control automático, con retroalimentación (*feed-back*) aplicados profusamente a la industria mecánica, como multiplicadores de energía y cuya especialidad es el control de los procesos.

El termino define aquí una servidumbre mecánica. Los mecanismos de servidumbre son normalmente diagramas de bloques que revelan la dependencia funcional entre los elementos y de un sistema de control.

En este contexto, los hombres son considerados como dispositivos que procesan (transforman) información para una acción conforme a las necesidades de un sistema dado. Desde este punto de vista, las acciones humanas se limitan a ser pensadas como adecuadas o no, en cuanto funciones de un sistema global. [*N. del E.*]

2 Marx definió así el plusvalor: «llamo plusvalor absoluto, al plusvalor producido por la simple prolongación de la jornada de trabajo, y plusvalor relativo al plusvalor que proviene, por el contrario, de la disminución

Semejante concepción del plusvalor quizás encuentre su correspondencia en una práctica contable del capitalismo pero, a decir verdad, no en su funcionamiento real, particularmente en la industria moderna. Esta noción de «trabajador colectivo» no debería ser reducida a una abstracción. La fuerza de trabajo se representa siempre a través de agenciamientos concretos, mezclando íntimamente las relaciones sociales con los medios de producción, el trabajo humano con el trabajo de la máquina. A su vez, el carácter esquemático de la composición orgánica del capital —que Marx divide en capital relativo a los medios de producción (capital constante) y capital relativo a los medios de trabajo (capital variable)— debería ser puesta en tela de juicio.

Recordemos que Marx distingue entre la composición del valor del capital —capital constante, capital variable— relativo a la masa real de medios de producción comprometidos en la valorización de un capital, y la cantidad objetiva de trabajo socialmente necesario para su puesta en marcha. De esta suerte, se pasa de un juego del valor del signo a un juego de relación de fuerzas material y social. El modo de producción capitalista —con los progresos del maquinismo— desembocaría inevitablemente según Marx en una disminución relativa del capital variable con respecto al capital constante, de la cual deduce una ley de baja tendencial de la tasa de beneficio, que sería una especie de destino histórico del capitalismo. Sin embargo, en el marco real de los agenciamientos de producción, la modalidad marxista de cálculo del plusvalor absoluto basado en la cantidad de trabajo social medio —del cual una parte sería, en cierto modo, hurtada por los capitalistas—, dista mucho de resultar evidente. De hecho, el factor tiempo no constituye más que un parámetro, entre otros, de la explotación. Hoy en día, sabemos que la gestión

del tiempo de trabajo necesario y del cambio correspondiente en la magnitud relativa de las dos partes de las que se compone la jornada de trabajo». La tasa de plusvalor es representada por las siguientes fórmulas:

$$\text{Tpv} = \frac{\text{plusvalía}}{\text{capital variable}} = \frac{\text{plusvalía}}{\text{valor de la fuerza de trabajo}} = \frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}}$$

Marx precisaba que «las dos primeras fórmulas expresan como relación de valor, lo que la tercera expresa como una relación de los espacios de tiempo en los cuales esos valores son producidos». Karl Marx, *El capital*, libro I, sección cuarta, cap. X, Madrid, Siglo XXI, p. 379 y ss.

del capital de conocimiento, el grado de participación en la organización del trabajo, el «espíritu de empresa», la disciplina colectiva, etc., pueden adquirir igualmente una importancia determinante en la productividad del capital. Desde este punto de vista, podemos admitir incluso que la idea de un promedio social de rendimiento horario para un sector dado casi no tiene sentido por sí mismo. Son los equipos, los talleres, las fábricas, en las que se verifica una disminución local de la «entropía productiva», los que hacen que suba la media de la productividad social en un sector industrial o en un país, mientras que la resistencia obrera colectiva, el burocratismo de la organización, etc., lo frenan. Dicho de otra manera, son agenciamientos complejos —relativos a la formación, a la innovación, a las estructuras internas, a las relaciones sindicales, etc.— los que delimitan la amplitud de las zonas de beneficio capitalista, y no, por lo tanto, una retención de tiempo de trabajo. Por otro lado, Marx detectó por su cuenta perfectamente el desfase creciente que se determinaba entre las componentes maquínicos, las componentes intelectuales y las componentes manuales del trabajo. En los *Grundrisse*, Marx subraya que el conjunto de los conocimientos tiende a transformarse en una «potencia productiva inmediata».

«En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto de trabajo empleados, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez —su *powerful effective-ness*— no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología o de la aplicación de esta ciencia a la producción».[3]

Insistía, entonces, en el carácter absurdo y transitorio de una medida del valor a partir del tiempo de trabajo.

«Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo, deja y tiene que dejar de ser su medida y, por lo tanto, el valor de cambio deja de ser la medida del valor de uso».[4]

---

3 K. Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)* 1857-1858, Madrid, Siglo XXI, 1997, pp. 227-228.

4 *Ibidem*, p. 228.

Señalemos de paso la fragilidad de este último paralelismo: en efecto, si en nuestros días pareciera que el reinado absoluto de la medida de trabajo está quizás a punto de esfumarse, no ocurre lo mismo, en absoluto, con el valor de cambio. ¡Lo cierto es que si el capitalismo parece capaz de liberarse del primero, no es imaginable que sobreviva a una desaparición del segundo, que sólo podría ser el resultado de transformaciones sociales revolucionarias! Marx considera que la supresión de la oposición tiempo libre/trabajo coincidiría con el control del plustrabajo por las masas obreras.[5] Por desgracia, resulta perfectamente concebible que sea el propio capitalismo el que se vea inducido a flexibilizar cada vez más la medida del tiempo de trabajo y a llevar adelante una política de ocio y de formación, tanto más abierta cuanto fácilmente colonizable —¡cuántos obreros, empleados, funcionarios, pasan sus veladas y sus fines de semana preparando sus carreras profesionales! ¡Así, pues, no será una sociedad sin clases, como pensaba Marx, la que redefina la cuantificación del valor con arreglo al tiempo de trabajo! Hasta el punto de que, a través de los medios de transporte, de los modos de vida urbana, doméstica, conyugal, a través de los medios de comunicación de masas, la industria del ocio e incluso de los sueños... bien pareciera que ya ningún instante escapa del dominio del capital.

No se paga al asalariado un momento, un instante, un lapso, un intervalo de funcionamiento de «trabajo social medio», sino una plena disposición, una compensación por un «poder» que excede a aquél que se ejerce durante el tiempo de presencia en la empresa. Lo que cuenta aquí es la ocupación de una función, un juego de poder entre los trabajadores y los grupos sociales que controlan los agenciamientos de producción y las formaciones sociales. El capitalista no compra una prolongación de tiempo, sino un proceso cualitativo

---

5 «Ya que la riqueza real es la fuerza productiva desarrollada de todos los individuos, ya no es entonces, en modo alguno, el tiempo de trabajo, la medida de la riqueza, sino el *disposable time*. *El tiempo de trabajo como medida de la riqueza* pone la riqueza misma como fundada sobre la pobreza y al *disposable time* como existente *en y en virtud de la antítesis con el tiempo de plustrabajo*, o bien pone todo el tiempo de un individuo como tiempo de trabajo y consiguientemente lo degrada a mero trabajador, lo subsume en el trabajo». *Ibidem*, p. 232.

complejo. No compra fuerza de trabajo, sino el poder sobre agenciamientos productivos.

Incluso el trabajo aparentemente más serializado —por ejemplo, mover una palanca, vigilar un intermitente de seguridad— supone siempre la formación previa de un capital semiótico de múltiples componentes: conocimiento de la lengua, de los usos y costumbres, de las reglamentaciones, de las jerarquías, el dominio de procesos de abstracción progresivos, de itinerarios, de interacciones propias de los agenciamientos productivos, etc.

El trabajo no es ya —si alguna vez lo ha sido— un simple ingrediente, una simple materia prima de la producción. Dicho de otra manera, la parte de servidumbre maquínica que se incluye en el trabajo humano nunca es cuantificable en cuanto tal. Por el contrario, el sometimiento subjetivo, la alienación social inherente a un puesto de trabajo o a cualquier otra función social, son perfectamente mensurables. Es ésta, por lo demás, la función que se le atribuye al capital.

Los dos problemas relativos al valor trabajo, por una parte, a su papel en la formación del plusvalor y, por otra parte, a la incidencia del aumento de la productividad generado por el maquinismo sobre la tasa de beneficio, están indisolublemente ligados. El tiempo humano es sustituido cada vez más por un «tiempo maquínico». Como dice de nuevo Marx, ya no es el trabajo humano el que se inserta en el maquinismo, «es el hombre el que frente a ese proceso se comporta como vigilante y como regulador». Parece que la supervivencia del trabajo en serie y las diferentes formas de taylorismo en los sectores más modernos de la economía están pasando, justamente, a depender más de métodos generales de sometimiento, que de métodos específicos de servidumbre de la fuerza productiva.[6]

Esta alienación taylorista del tiempo de trabajo, estas formas neo-arcaicas de sometimiento al puesto de trabajo, continúan siendo, en principio, mensurables a partir de un equivalente general. El control del trabajo social medio siempre puede (en teoría) encarnarse en un valor de cambio

---

6 En otro orden de ideas, no se nos escapa que el actual triunfo del conductismo en EE.UU. no es en modo alguno el resultado de un «progreso de la ciencia», sino de una sistematización de los métodos más rigurosos de control social.

de poderes —¡podríamos, de este modo, comparar el tiempo formal de alienación de un campesino senegalés con el de un funcionario del ministerio de hacienda o un técnico de IBM! Sin embargo, el control real de los tiempos maquínicos, de la servidumbre de los órganos humanos a los agenciamientos productivos, no podría medirse de forma válida a partir de ese equivalente general. Se puede medir un tiempo de presencia, un tiempo de alienación, la duración del encarcelamiento en una fábrica o en una prisión; no se pueden medir sus consecuencias sobre un individuo. Se puede cuantificar el trabajo aparente de un físico en un laboratorio, pero no el valor productivo de las fórmulas que elabora. El valor marxista abstracto sobrecodificaba el conjunto del trabajo humano destinado concretamente a la producción de valores de cambio. Sin embargo, el movimiento actual del capitalismo tiende a que todos los valores de uso se transformen en valores de cambio y a que todo trabajo productivo dependa del maquinismo. Los polos mismos de intercambio se han pasado al lado del maquinismo, los ordenadores dialogan de un continente a otro y dictan a los *managers* la cláusulas de intercambio. La producción automatizada e informatizada ya no recibe su consistencia de un factor humano de base, sino de un phylum que atraviesa, rodea, dispersa, miniaturiza y recupera todas las funciones, todas la actividades humanas.

Estas transformaciones no implican que el nuevo capitalismo sustituya completamente al antiguo. Hay más bien coexistencia, estratificación y jerarquización de capitalismos de diferentes niveles, que ponen en juego:

1. los *capitalismos segmentarios tradicionales*, territorializados sobre los Estados-nación y que secretan su unificación a partir de un modo de semiotización monetario y financiero;[7]
2. un *capitalismo mundial integrado*, que ya no se apoya únicamente en el modo de semiotización del capital financiero

---

[7] La «revolución mercantilista» podría ser la referencia a este respecto, pienso en particular en el gran libro de Thomas Mun, *A discourse of trade from England into the East Indies* (1609), Londres, 1621, que representa para Marx «la escisión consciente operada por el mercantilismo del sistema del que este mismo surgió». [K. Marx, cit.]. Quedará el «evangelio mercantilista».

> y monetario, sino fundamentalmente en todo un conjunto de procedimientos de servidumbre tecnocientíficos, macro y microsociales, relativos a los medios de comunicación de masas, etc.

La fórmula del plusvalor marxista está ligada esencialmente a los capitalismos segmentarios. No permite dar cuenta del doble movimiento de mundialización y miniaturización que caracteriza la situación actual. ¡Por ejemplo, en el caso límite en que una rama industrial fuera completamente automatizada, ya no se sabría qué ocurre con este plusvalor! Ateniéndose rigurosamente a las ecuaciones marxistas, ésta debería desaparecer por entero, ¡pero esto es absurdo! Por consiguiente, ¿deberíamos cargarlo únicamente a la cuenta del trabajo maquínico? ¿Por qué no? Podríamos plantear una fórmula con arreglo a la cual un plusvalor maquínico correspondería a un sobretrabajo «exigido» a la máquina más allá de su coste de mantenimiento y de su renovación. Pero, a decir verdad, no llegaremos muy lejos tratando de readecuar de este modo la vertiente cuantitativista del problema. En realidad, en un caso como éste —pero también en todos los casos intermedios de fuerte disminución del capital variable en relación con el capital constante— la extracción de plusvalor escapa en buena parte a la empresa, a la relación inmediata patrón-asalariados y nos devuelve a la segunda fórmula del capitalismo mundial integrado.

La doble ecuación planteada por Marx, que establecía una equivalencia entre «el grado real de explotación del trabajo», la tasa de plusvalor y el tiempo de plustrabajo en referencia al capital variable, no puede aceptarse como tal. La explotación capitalista conduce a tratar a los hombres como máquinas, a pagarles como máquinas, conforme a una modalidad únicamente cuantitativa. Pero la explotación, como hemos visto, no se limita a eso. Los capitalistas extraen plusvalor y beneficio de muchas otras formas inscribibles también en el patrón del capital. El capitalismo se interesa por lo «social» tanto como los explotados. Pero mientras para el capitalismo lo maquínico precede a lo social y debe controlarlo, para los explotados, lo maquínico debería, por el contrario, estar subordinado a lo social. Lo que separa esencialmente al ser humano de la máquina es el hecho de que aquél no se deja explotar pasivamente como ésta. Podemos admitir que, en las

condiciones actuales, la explotación atañe en primer lugar a los agenciamientos maquínicos —el ser humano y sus facultades se han tornado en parte integrante de estos agenciamientos. A partir de esta explotación absoluta, en un segundo tiempo, las fuerzas sociales entran en la lucha por la redistribución del producto maquínico. Desde el momento en el que el criterio de supervivencia de los trabajadores se ha vuelto relativo, (en efecto, ¿cómo apreciar hoy un umbral absoluto del «mínimo vital», la parte del valor correspondiente al trabajo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo?) todos los problemas de redistribución de los bienes económicos y sociales se han transformado esencialmente en cuestiones políticas; a condición de extender el concepto de política, de integrar en el mismo el conjunto de dimensiones micropolíticas que involucran los distintos modos de vida, de sentir, de hablar, de proyectar el futuro, de memorizar la historia.

Después de haber constatado que el sometimiento del trabajador no introduce el factor cuantitativo del «trabajo social medio» sino de un modo accesorio, nos vemos llevados a «separar» la tasa de explotación de la tasa de plusvalor marxista. Haciéndolo, habremos separado implícitamente la explotación del beneficio —que, de acuerdo con Marx, es su pariente próximo.[8]

Una confirmación de esta distinción viene dada por un hecho que se ha convertido en algo frecuente en los sectores económicos sostenidos por el Estado, esto es, que empresas vendidas con pérdidas producen beneficios considerables —a pesar de un plusvalor teóricamente negativo, con arreglo a la fórmula marxista producen un beneficio positivo. El beneficio puede depender de factores externos no sólo a la empresa sino también a la nación; por ejemplo de una explotación «a distancia» del Tercer Mundo, a través del mercado internacional de materias primas.

---

8 Según Marx, la disminución relativa y progresiva del capital variable en relación al capital constante (a causa de los progresos del maquinismo y de la concentración de las empresas) desequilibraría la composición orgánica del capital total de una sociedad dada. «La consecuencia inmediata es que la tasa de plusvalor se expresa en una tasa de beneficio continuamente decreciente, y que el grado de explotación permanece invariable, o incluso aumenta»

Señalemos, por último, que la supuesta ley de la baja tendencial de la tasa de beneficio no podría regir en un campo político-económico en cuyo seno los mecanismos transnacionales han adquirido una importancia tal que ya no es concebible determinar una tasa local de plusvalor que pueda ser relacionada con una tasa de crecimiento local del maquinismo correspondiente al capital constante.[9]

¡Resulta imposible, en tales condiciones, distinguir un crecimiento del capital fijo! En otro campo, como el del acero, la actividad se convierte en una rama industrial ultramoderna o es localmente desmantelada en función de problemas de mercado o de una elección supuestamente tecnológica, que no son sino la expresión de opciones fundamentales que implican al conjunto del desarrollo económico y social.

La reactivación de zonas de beneficio —ejemplo: la pseudocrisis del petróleo, la creación de nuevas ramas industriales, la energía nuclear—, responde hoy en lo esencial a estrategias mundiales que implican la consideración de factores cuyo número y complejidad no podían ser imaginados por Marx.

La composición orgánica del capital mundial integrado

A diferencia de lo que pensaba Marx, el capital ha sido capaz de quitarse de encima una fórmula que lo había encerrado en un modo de cuantificación de los valores de cambio[10] (es decir, de toma de control del conjunto de los modos de circulación y de producción de los valores de uso).

La valorización capitalista todavía no se ha visto afectada por el cáncer maquínico que, de la baja tendencial de la tasa de beneficio a la crisis de superproducción, debería haberla

---

9 Por ejemplo, una multinacional, después de una negociación con un poder de Estado, implantará una fábrica ultramoderna en una región subdesarrollada. Después, al cabo de unos años, por motivos políticos o de «inestabilidad social», o bien en función de complejas negociaciones, decidirá cerrarla.

10 Como han mostrado numerosos antropólogos en el campo de las sociedades arcaicas, el intercambio aparente siempre depende de las relciones de fuerza reales. El intercambio siempre está trucado por el poder. Véase E. R. Leach, *Crítica de la antropología*, Madrid, Siglo XXI, 1993.

conducido a un callejón sin salida y al aislamiento total del capitalismo. La semiotización del capital se ha dotado, cada vez más, de medios para estar en condiciones de detectar, de cuantificar y de manipular las valorizaciones concretas de poder y, de tal suerte, no sólo sobrevivir, sino proliferar. Sean cuales fueren las apariencias que reviste, el capital no es racional. Es hegemonista. No armoniza las formaciones sociales sino que ajusta por la fuerza las disparidades socio-económicas. Antes que una operación de beneficio, es una operación de poder.

El capital no se deduce de una mecánica de base del beneficio. Se impone cenitalmente. Ayer, se imponía mediante lo que Marx llamaba «el capital social de todo un país», mientras que hoy lo hace a partir de un capital mundialmente integrado. Su dominio se ha constituido siempre a partir de movimientos de desterritorialización de todos los ámbitos de la economía, de las ciencias y de las técnicas, de las costumbres, etc. Su existencia semiótica se injerta sistemáticamente en el conjunto de las mutaciones técnicas y sociales que él mismo diagramatiza y reterritorializa en las formaciones de poder dominantes. Incluso en la época en que parecía centrarse únicamente en una extracción de beneficio monetario a partir de actividades comerciales, bancarias e industriales, el capital —como expresión de las clases capitalistas más dinámicas— ya desarrollaba una política de destrucción y de reestructuración de este tipo: desterritorialización del campesinado tradicional, constitución de una clase obrera urbana, expropiación de las antiguas burguesías comerciales y de los viejos arcaísmos regionales y nacionalitarios, expansionismo colonial, etc.[11]

11 Este movimiento general de desterritorialización permite, sin embargo, la subsistencia de estratos arcaicos más o menos territorializados, o con mayor frecuencia les otorga una segunda vida, transformando su función. A este respecto, el actual «ascenso» del oro constituye un ejemplo sorprendente. Éste parece funcionar en dos direcciones opuestas simultáneamente. Por un lado, como agujero negro semiótico, como freno de un flujo económico. Por otro lado, como operador diagramático de poder que comporta: (1) para los detentores, el hecho de «haber sido capaces» de insertar sus operaciones semióticas bursátiles en los «buenos lugares» y en los «buenos momentos»; (2) el hecho de estar en condiciones, aquí y ahora, de inyectar crédito abstracto de poder en los sectores clave, en el momento oportuno. Sobre la función diagramática de los agujeros negros semióticos, etc, véase F. Guattari, *L'inconscient machinique*, Paris, Éditions Recherches, 1981.

Por consiguiente, no basta con evocar aquí la política del capital. El capital, en tanto que tal, no es más que lo político, lo social y lo técnico-científico articulados entre sí. Esta dimensión diagramática general aparece cada vez más clara con el papel creciente del capitalismo estatal como elemento de contacto de la mundialización del capital.

Los Estados-nación manipulan un capital multidimensional: masas monetarias, índices económicos; una multitud de flujos de inhibición para mantener a la gente en su sitio. Asistimos a una especie de colectivización del capitalismo — esté o no circunscrita a un marco nacional. ¡Pero ello no significa en modo alguno que esté degenerando! A través del enriquecimiento continuo de sus componentes,[12] el control, más allá del trabajo asalariado y de los bienes monetarizados, de una multitud de «cuanta» de poder que antaño permanecían enquistados en la economía doméstica y libidinal. Hoy en día, cada operación particular de obtención de beneficio — en dinero o en poder social— involucra, cada vez más, al conjunto de las formaciones de poder. Las nociones de empresa capitalista y de puesto de trabajo asalariado se han vuelto inseparables del conjunto del tejido social que se encuentra a su vez directamente producido y reproducido bajo el control del capital. La noción misma de empresa capitalista debería ser ampliada a los equipamientos colectivos, mientras que la de puesto de trabajo debería hacerlo a la mayor parte de las actividades no asalariadas. En cierto modo, el ama de casa ocupa un puesto de trabajo, el niño ocupa un puesto de trabajo en la escuela, el consumidor en el supermercado, el telespectador delante de su pantalla... Sería completamente arbitrario considerar hoy día al asalariado de empresa independientemente de los múltiples sistemas de salarios diferidos, de asistencia y de costes sociales que afectan de forma más o menos directa a la reproducción de la fuerza colectiva de trabajo, aunque se sitúen fuera del círculo monetario de la empresa y sean gestionados por múltiples instituciones y equipamientos de poder. Añadamos a esto un

---

12 Más allá del oro, de la moneda fiduciaria, de la moneda de crédito, de las acciones, de los títulos de propiedad, etc., el capital se manifiesta hoy en día a través de operaciones semióticas y de manipulaciones de poder de todo tipo, que involucran también a la informática y a los medios de comunicación de masas.

punto en el que nunca podremos insistir lo suficiente: el capitalismo no sólo explota al asalariado más allá de su tiempo de trabajo, durante su tiempo de «ocio», sino que además se vale de él como relevo para explotar a aquellos que somete en su esfera de acción propia: sus subalternos, sus allegados no asalariados, las mujeres, los viejos, los niños, los asistidos de toda índole.

Volveremos siempre a esta idea central: a través del sistema del trabajo asalariado, el capitalismo apunta ante todo al control del «conjunto de la sociedad». Y de manera recurrente se pone de manifiesto que en toda circunstancia, el juego de los valores de cambio siempre ha dependido de la sociedad y no a la inversa. En este sentido, mecanismos como los de la inflación ilustran bien la intromisión constante de lo social en lo económico. Lo que es «normal» es la inflación y no el equilibrio de precios, toda vez que se trata de un medio de ajuste de las relaciones de poder en permanente evolución —poder de compra, poder de inversión, poderes de cambio internacionales de las diferentes formaciones sociales. El plusvalor económico, en la medida en que está ligado indisolublemente a las plusvalías de poder vinculadas al trabajo, a las máquinas, a los espacios sociales y a la redefinición del capital como modo general de capitalización de las semióticas del poder —antes que como cantidad abstracta, universal— implica por ende una reconsideración de su composición técnica. Esta última ya no descansa en dos elementos de base: el trabajo vivo y el trabajo cristalizado en el seno de los medios de producción, sino al menos en cuatro componentes, cuatro agenciamientos irreductibles entre sí.

1. *Las formaciones de poder capitalistas*, que producen un capital de mantenimiento del orden, garantizan la propiedad, las estratificaciones sociales, el reparto de los bienes materiales y sociales... (El valor de un bien, sea cual sea, es de hecho inseparable de la credibilidad de los aparatos represivos del derecho, de la policía... y también de la existencia de un cierto grado de consenso popular a favor del orden establecido.)
2. *Los agenciamientos maquínicos* relativos a las fuerzas productivas, constitutivos del capital fijo (máquinas, fábricas, transportes, reservas de materias primas, capital de conocimiento técnico-científico, técnicas de servidumbre maquínica, instrumentos de formación, laboratorios, etc.). Estamos aquí en el campo clásico de las fuerzas productivas.

3. *La fuerza colectiva de trabajo y el conjunto de las relaciones sociales sometidas por el poder capitalista*: la fuerza colectiva de trabajo ya no es considerada aquí bajo su aspecto de servidumbre maquínica, sino de alienación social. Está sometida a las burguesías y a las burocracias y es, al mismo tiempo, un factor de sometimiento de otras categorías sociales —las mujeres, los niños, los inmigrantes, las minorías sexuales, etc. Estamos aquí en el campo de las relaciones de producción y de las relaciones sociales.

4. *La red de equipamientos, de aparatos de poder estatal y paraestatal y los medios de comunicación de masas*. Esta red, ramificada tanto a escala microsocial como a escala planetaria, se ha convertido en una pieza esencial del capital. Ella la que permite extraer e integrar las capitalizaciones sectoriales de poder relativas a los tres componentes precedentes.

Así, pues, el capital, como operador semiótico de las formaciones de poder, despliega una superficie de inscripción desterritorializada sobre la que evolucionan estas cuatro componentes. Ahora bien, insistamos en el hecho de que no se trata de un escenario en el que se desarrollarán *una representación*, una especie de teatro parlamentario donde se confrontarían los distintos puntos de vista en liza. Se trata también de una actividad directamente productiva, en la medida en que el capital participa en la planificación de los agenciamientos maquínicos y sociales y en toda una serie de operaciones prospectivas que les conciernen. Las funciones diagramáticas específicas del capital —esto es, de inscripción y no exclusivamente representativa sino operativa— añaden algo esencial a lo que, de lo contrario, no sería más que un simple cúmulo de las diferentes componentes evocados anteriormente. La elevación del nivel de abstracción correspondiente a ese diagramatismo puede evocar lo que Bertrand Russell describía en su teoría de los tipos lógicos, es decir, que existe una discontinuidad fundamental entre una clase y sus miembros. Sin embargo, con el capital estamos en presencia de una discontinuidad que no es sólo de orden lógico sino también maquínico, en el sentido de que opera no sólo a partir de flujos de signos, sino igualmente a partir de flujos materiales y sociales. De hecho, la potencia multiplicadora del diagramatismo propio del capital es inse-

parable del «dinamismo» desterritorializante de los distintos agenciamientos concretos del capitalismo. Lo que tiene como consecuencia la devaluación sin paliativos de las perspectivas reformistas basadas en las contradicciones intra o intercapitalistas, o en su humanización bajo la presión de las masas: querer contraponer, por ejemplo, las multinacionales al capitalismo nacional, o la Europa germanoestadounidense a la Europa de las patrias, al liberalismo «occidental» al sociocapitalismo de la URSS, el Norte al Sur, etc. El capital se alimenta de sus contradicciones; éstas constituyen otras tantas «puestas a prueba», que funcionan como estímulo de desterritorialización. De existir una alternativa revolucionaria, no puede sostenerse en modo alguno sobre tales bases.

El capital y las funciones subjetivas de alienación

El ejercicio del poder mediante las semióticas del capital contiene la siguiente particularidad: procede simultáneamente a partir de un control desde el vértice de los segmentos sociales y mediante un sometimiento de todos los instantes de la vida de cada individuo. Aunque su enunciación sea individualizada, nada es menos individual que la subjetividad capitalista. La sobrecodificación de las actividades, de los pensamientos y de los sentimientos humanos por el capital acarrea la equivalencia y la resonancia de todos los modos particulares de subjetivación. La subjetividad se ve, por así decirlo, nacionalizada. El conjunto de los valores de deseo es reordenado en una economía basada en una dependencia sistemática de los valores de uso respecto a los valores de cambio, hasta el punto de despojar de todo sentido a esta oposición categorial. Pasear libremente por una calle o por el campo, respirar aire puro, cantar a viva voz, se han vuelto actividades cuantificables desde el punto de vista capitalista. Los espacios verdes, las reservas naturales, la libre circulación, tienen un coste social e industrial.

Por último, los sujetos del capitalismo —en el sentido en que se hablaba de sujetos o súbditos del rey— sólo asumen de su existencia la parte que puede ser inscrita en el equivalente general, esto es, el capital, según la defini-

ción que aquí proponemos. El orden capitalista pretende imponer a los individuos que no vivan sino para un sistema de intercambio, para una traducibilidad general de todos los valores, más allá de los cuales todo está predispuesto para que el menor de sus deseos sea percibido como asocial, peligroso, culpable.

Una operación de sometimiento de este tipo no podría contentarse con un control social externo para cubrir el conjunto del campo social, para eliminar con precisión la más pequeña de sus disparidades. De esta suerte, el mercado general de los valores desplegado por el capital se apoderará de las cosas, a un mismo tiempo desde dentro y desde fuera, e involucrará no sólo a los valores económicamente localizables, sino también a los valores mentales y afectivos. La tarea de configuración entre este dentro y este afuera corresponde a una red multicéntrica de aparatos colectivos, de aparatos estatales, comunicativos. La traducibilidad general de los modos locales de semiotización de poder no depende, por lo tanto, sólo de dispositivos centrales, sino de «condensadores semióticos» adyacentes al poder del Estado o que dependen directamente de éste o que tienen como función esencial la de hacer que cada individuo asuma los mecanismos de control, de represión y de modelización del orden dominante.[13]

En el contexto del capitalismo mundial integrado, podemos considerar que los poderes centrales de los Estados-nación son a la vez todo y nada. Nada o poca cosa en lo que atañe a una eficiencia económica real: todo o casi todo con respecto a la modernización y al control social. La paradoja reside en que, en una cierta medida, la red de aparatos, equipamientos y burocracias de Estado tiende por sí misma a sustraerse al poder del Estado. De hecho, es esa red la que con bastante frecuencia lo teledirige o lo manipula: en efecto, sus verdaderos interlocutores son los «actores sociales», los grupos de presión, los lobbies. De esta suerte, la realidad del Estado tiende a coincidir con las tecnoestructuras estatales o paraestatales que ocupan, por ende, una posición mucho más ambigua

---

13 Este es el papel de la escuela, de los servicios sociales, de los sindicatos, del deporte, de los medios de comunicación de masas, etc. y por añadidura de la administración, de la policía, de la justicia, del sistema fiscal, de la bolsa, de las fuerzas armadas, etc.

en las relaciones de clase, toda vez que, por un lado, controlan puestos reales de dirección y contribuyen de manera efectiva al mantenimiento del orden dominante y, por otro, son objeto de explotación capitalista al mismo título que los diferentes componentes de la clase obrera.

Marx consideraba que un maestro de escuela era un trabajador productivo en la medida en que preparaba a sus alumnos para que trabajaran para un patrón. Sin embargo, hoy en día, el maestro de escuela se ha multiplicado hasta el infinito bajo la forma de esta red capitalista, que genera formación y socialidad hasta llegar a un conglomerado de agenciamientos colectivos, para cuya consideración resultaría completamente arbitrario descomponerlo en esferas autónomas de producción material, de socius, de modos de semiotización y de subjetivación.

Encontramos la misma ambigüedad, la misma ambivalencia entre la producción y la represión características de las tecnocracias en las masas obreras: los trabajadores se «trabajan» a sí mismos en el momento mismo en que trabajan para la producción de bienes de consumo. En uno u otro sentido, todos participan en la producción de control y de represión. En efecto, como hemos visto, en una misma jornada un mismo individuo no deja de cambiar de rol: explotado en la fábrica o en la oficina, se torna a su vez explotador en la familia, en la pareja, etc. En todos los ámbitos del socius encontramos una mezcla inextricable de vectores de alienación. Por ejemplo, los obreros y los sindicatos de un sector industrial de vanguardia defenderán ardientemente el lugar de su industria en la economía nacional, y ello a pesar de sus repercusiones para el medio ambiente, a pesar de que esa misma industria participe en el equipamiento de aviones de caza que servirán para ametrallar a las poblaciones africanas... Las fronteras de clase, «los frentes de lucha» se han vuelto difusos. ¿Significa esto acaso que han desaparecido? No. Pero se han fragmentado hasta el infinito, hasta tal punto que cuando surgen enfrentamientos directos, estos adoptan con frecuencia un «carácter ejemplar», en la medida en que uno de sus principales objetivos consiste en conseguir un efecto sobre los medios de comunicación de masas, que a su vez los manipulan y recuperan.

En la base de los mecanismos que conforman la fuerza de trabajo, en cada uno de los planos en los que se interpenetran ideología y fenómenos emotivos, encontramos esta red

maquínica tentacular de los equipamientos capitalistas. Insisto en que no se trata en modo alguno de una red de aparatos ideológicos, sino que se trata de una megamáquina compuesta de una multiplicidad de elementos dispares que no sólo concierne a los trabajadores, sino que «mete en producción» permanentemente y en todo lugar a las mujeres, a los niños, a los ancianos, a los marginados, etc. En la actualidad, por ejemplo, a través de la familia, de la televisión, de la guardería infantil, de los servicios sociales, un niño es «puesto a trabajar» desde su nacimiento y es involucrado en un proceso complejo de formación a cuyo término sus distintos modos de semiotización deberán estar adaptados a las funciones productivas y sociales que le esperan.

Sabemos la importancia que ha cobrado hoy en día en la gestión de empresas la evaluación del mantenimiento industrial. ¿Podemos contentarnos con decir que el Estado asume una especie de «mantenimiento social» generalizado? A mi modo de ver, resultaría del todo insuficiente. Tanto en los regímenes del Este como en los del Oeste, el Estado está directamente conectado con componentes esenciales del capital. En rigor, podemos hablar en ambos casos del capitalismo de Estado a condición de modificar simultáneamente la definición de la composición orgánica del capital y la del Estado. Lo que denomino *red de equipamientos del capital* —en la que conviene incluir, hasta cierto punto, a los medios de comunicación de masas, a los sindicatos, a las asociaciones, etc.— tiene la función de *homogeneizar el capital* que funciona, en sentido estricto, a partir de los valores de cambio y el capital social de los valores de poder. Administra tanto las actitudes colectivas, los modelos de conducta, las referencias de todo tipo compatibles con la conservación del sistema, con los medios de intervención reglamentarios y financieros para repartir las masas de poder de compra e inversión entre los diferentes sectores sociales e industriales, o incluso para financiar grandes complejos militar-industriales que le sirven, en cierto modo, de columna vertebral a escala internacional.

Resulta esencial no encerrar cada uno de estos dominios en categorías herméticas. En cualquier caso, en última instancia se trata del mismo capital manipulado por las formaciones sociales dominantes: el capital de conocimiento, el capital de adaptación y sumisión de la fuerza de trabajo al entorno productivo, y más en general, del conjunto de las poblaciones al

entorno urbano y rural urbanizado, así como el capital de introyección inconsciente de los modelos del sistema, el capital de fuerza represiva, militar... Todos estos modos de semiotización del poder participan de pleno derecho en la composición orgánica del capital contemporáneo.

De esta suerte, el desarrollo de un mercado general de los valores capitalisticos, la proliferación de la red multicentrada de los equipamientos capitalistas y de los equipamientos estatales que constituyen su soporte, lejos de entrar en contradicción con la existencia de los poderes centrados sobre los Estados-nación —y que por lo demás tienden por regla general a reforzarse— le son, por el contrario, complementarios. En efecto, lo que queda capitalizado entonces es mucho más que un poder que detenta una imagen del poder, que una verdadera potencia en los campos de la producción y de la economía. Siguiendo los caminos más dispares, el Estado y sus innumerables ramificaciones tienden a recrear un mínimo de puntos de referencia y de territorializaciones de recambio, con el fin de permitir a las masas la recomposición más o menos artificial de su vida cotidiana y de sus relaciones sociales. Los verdaderos puntos de engranaje y transmisión se encuentran, por el contrario, en otro lado: atraviesan y circundan los viejos y los nuevos modos de territorialización y dependen cada vez más del sistema de redes capitalistas integradas a escala mundial.[14] Los espacios del capitalismo contemporáneo ya no se adhieren a los terruños, a las castas, a las tradiciones étnicas, religiosas, corporativas «precapitalistas» y cada vez menos a las metrópolis, a las ciudades industriales, a las relaciones de clase y a las burocracias del capitalismo segmentario de la era de los Estados-nación. Estos espacios están confeccionados tanto a escala planetaria como a escala microsocial y microfísica. El sentimiento mismo de «pertenecer a algo», a la par que el propio «marco vital» parece ser el resultado de una especie de producción en cadena. En estas condiciones, comprendemos mejor porqué el poder de

---

14 Incluso en ese ámbito encontramos una reterritorialización relativa: las multinacionales no pueden ser, en modo alguno, reducibles a subconjuntos económicos de Estados Unidos. Son objetivamente cosmopolitas, por más que cuenten con una mayoría de ciudadanos estadounidenses entre sus puestos directivos.

Estado ya no puede contentarse con tronar desde la cumbre de la pirámide social, con legislar a distancia del pueblo, sino que se ve obligado a intervenir permanentemente en la confección y recomposición del tejido social, a reanudar y orientar constantemente sus formulas de jerarquización, de segregación, de prescripción funcional y de cualificación específica.

El capitalismo mundial integrado ha emprendido una vertiginosa fuga hacia delante. Debe meterlo todo en el mismo saco y ya no puede permitirse bajo ningún concepto el lujo de respetar las tradiciones nacionales, los textos legislativos o la independencia, aunque fuera formal, de cuerpos constituidos, como la magistratura, que pudieran limitar de alguna forma su libertad de maniobra.

El capital y las funciones de servidumbre maquínica

A los sistemas tradicionales de coerción directa, el poder capitalista no cesa de agregar dispositivos de control que requieren, ya que no la complicidad de cada individuo, sí al menos su consentimiento pasivo. Ahora bien, esta extensión de sus medios de acción no es posible sino a condición de que éstos descansen sobre los resortes mismos de la vida y de la actividad humana. La miniaturización de los medios conduce a regiones mucho más íntimas que los mecanismos técnicos. La maquinaria capitalista se aferra al funcionamiento de base de los comportamientos perceptivos, sensitivos, afectivos, cognitivos, lingüísticos, etc., cuya parte desterritorializada «invisible» es, sin duda, la más temible y eficaz. No podemos aceptar las explicaciones teóricas del sometimiento de masas a partir de no se sabe qué triquiñuela ideológica o qué pasión colectiva masoquista. El capitalismo se apodera de los seres humanos desde su interior. Su alienación por medio de imágenes e ideas no es más que un aspecto de un sistema general de sometimiento de sus modos fundamentales de semiotización, tanto individuales como colectivos. Los individuos están «equipados» con modos de percepción o de normalización del deseo al mismo título que las fábricas, las escuelas, los territorios. La extensión de la división del trabajo a escala planetaria implica, por parte del capitalismo mundial, no sólo una tentativa de integración de todas las

categorías sociales a las fuerzas productivas, sino también una recomposición permanente, una continua invención de esa fuerza colectiva de trabajo. El ideal del capital ya no consiste en medirse con individuos ricos en pasiones, capaces de ambigüedad, de duda, de rechazo y también de entusiasmo, sino exclusivamente con robots humanos.

El capital no querría conocer más que dos categorías de explotados: aquellos que dependen del trabajo asalariado y aquellos que dependen de la asistencia. Su objetivo consiste en borrar, neutralizar y suprimir todas las categorizaciones fundadas en otra cosa que no sea su axiomática de poder y sus imperativos tecnológicos. Cuando, al final de la cadena, «encuentra» hombres, mujeres, niños, viejos, ricos, pobres, intelectuales, trabajadores manuales, etc., el capital trata de recrearlos por sí mismo, de redefinirlos con arreglo a sus propios criterios. Sin embargo, en la precisa medida en que interviene en el ámbito más funcional (sensitivo, afectivo, práxico) la servidumbre maquínica capitalista puede invertir sus efectos y conducir a la puesta al día de un nuevo tipo de plusvalor maquínico percibido perfectamente por Marx. (La multiplicación de lo posible de la raza humana, la renovación constante del horizonte de sus deseos y de su creatividad.)[15] El capitalismo pretende apoderarse de las cargas de deseo producidas por la especie humana. Se instala en el corazón de los individuos a través del cauce indirecto de la servidumbre maquínica.

No cabe duda, por ejemplo, de que la integración social y política de las élites obreras y de los ejecutivos medios no se basa únicamente en una participación material, sino también en su apego, a veces muy profundo, a sus profesiones, a sus tecnologías, a sus máquinas... De un modo más general, lo cierto es que el entorno maquínico secretado por el capitalis-

---

15 El mecanismo dialéctico de Marx conduce a veces a este autor a concebir una especie de generación casi espontánea e involuntaria de este tipo de transformación: «Al mismo tiempo que se desarrolla el sistema de la economía burguesa se desarrolla, poco a poco, su propia negación. Por el momento tenemos a la vista el proceso de producción inmediata. Si consideramos la sociedad burguesa en su conjunto, vemos el último resultado del proceso de producción social, esto es, el hombre mismo en sus relaciones sociales». K. Marx, *El capital*, cit.

mo no deja menos indiferentes a las grandes masas de población, y esto no sólo depende de las seducciones de la publicidad, de la interiorización de los objetos e ideales de la sociedad de consumo por los individuos. Algo de la máquina tiene que ver con la esencia del deseo humano. Ahora bien, el problema es saber de qué máquina se trata y qué se va a hacer con ella.

La servidumbre maquínica no coincide con el sometimiento social. Mientras que el sometimiento involucra a personas globales, a representaciones subjetivas fácilmente manipulables, la servidumbre maquínica organiza elementos infrapersonales e infrasociales en función de una economía molecular del deseo mucho más difícil de «mantener» en el seno de relaciones sociales estratificadas.[16] Una vez que consigue poner directamente a trabajar funciones perceptivas, afectos y comportamientos inconscientes, el capitalismo se apodera de una fuerza de trabajo y de deseo que sobrepasa considerablemente a las clases obreras en su acepción sociológica. En estas condiciones, las relaciones de clase tienden a evolucionar de modo distinto. Son menos bipolarizadas y tienden cada vez más a poner en juego estrategias complejas. El destino de la clase obrera francesa, por ejemplo, no sólo depende de sus patronos directos, sino también de los jefes de Estado de Europa, del Tercer Mundo, de las multinacionales y, por otra parte, de los trabajadores inmigrantes, del trabajo femenino, del trabajo precario, del trabajo temporal, de las luchas regionalistas, etc. A su vez, la propia burguesía ha cambiado de naturaleza. Ya no está tan fervientemente comprometida, al menos en lo que respecta a su parte más modernista, en la defensa de una posesión personal de los medios de producción —tanto a título individual, como a título colectivo. Hoy en día, su problema consiste en controlar colectiva y globalmente la red de base de las máquinas y de los equipamientos sociales. De esta red extrae todos sus poderes, no sólo monetarios, sino sociales, libidinales, culturales, etc.
Es en este terreno en el que pretende no dejarse expropiar. Y

---

16 Esta proposición no puede ser comprendida sino a condición de concebir el deseo, no como una energía pulsional indiferenciada, sino como el resultado mismo de un ensamblaje sumamente elaborado de maquinismos desterritorializados.

a este respecto hay que reconocer que ha mostrado una sorprendente capacidad de adaptación, de renovación y de regeneración, en particular en los regímenes socialistas-capitalistas del Este. Mientras pierde terreno en el plano del capitalismo privado, no deja de avanzar constantemente en el plano del capitalismo de Estado, de los equipamientos colectivos, de los medios de comunicación de masas, etc. No sólo incorpora a sus filas nuevos estamentos de burócratas de Estado y del aparato administrativo, de tecnócratas, etc., de profesores, sino que logra contaminar en distintos grados al resto de la población.

¿Qué límites encontrarán las clases capitalistas en su empresa de conversión generalizada de todas las actividades humanas en un equivalente negociable únicamente a partir de sus redes semióticas? ¿Hasta qué punto una lucha de clases revolucionaria es aún concebible en semejante sistema de contaminación generalizada? ¡Ni que decir tiene que estos límites no debemos buscarlos allí donde los arrinconan desde hace tanto tiempo los movimientos revolucionarios tradicionales!

La revolución no se juega únicamente en el ámbito del discurso político manifiesto, sino también en un plano mucho más molecular, que atañe a las mutaciones del deseo y a las mutaciones técnico-científicas, artísticas, etc. En su vertiginosa fuga hacia delante, el capitalismo ha emprendido un camino de control sistemático de todos los individuos del planeta. Por supuesto, con la integración de China, el capitalismo ha logrado llegar a la cima de su poder, pero está empezando a alcanzar, quizás al mismo tiempo, un punto de extrema fragilidad. Ha desarrollado hasta tal punto un sistema de dependencia generalizada, que el más pequeño obstáculo a su funcionamiento terminará tal vez generando efectos sobre los que perderá el control.

4. *Sistemas, estructuras y procesos capitalísticos*

con Éric Alliez

La cuestión del capitalismo puede considerarse desde múltiples puntos de vista, pero el económico y el social constituyen, de hecho, un terreno de partida obligado.

Desde un primer punto de vista, se puede definir el capitalismo como la función general de semiotización de un modo particular de producción, circulación y distribución. El capitalismo, el «método» del capital, será considerado como un procedimiento específico de valorización de las mercancías, los bienes, las actividades y los servicios, fundado en unos sistemas de indexación y de simbolización que dependen de una sintaxis particular y que permiten sobrecodificar y controlar su gestión. Cabe sostener esta definición «formalista» porque tal función de semiotización, aunque indisociable de la de los agenciamientos técnicos y socioeconómicos a los que remite, no deja de poseer una coherencia intrínseca. Desde este punto de vista, cabría comparar los modos de «escritura» capitalísticos con unos corpus matemáticos cuya consistencia axiomática no estuviera contaminada por las aplicaciones que de ellos pudieran hacerse en ámbitos extramatemáticos. Nos proponemos llamar a este primer ámbito *sistema semiótico* del capitalismo o *semiótica de valorización capitalística*.

Desde un segundo punto de vista, el capitalismo aparecerá más bien como generador de un tipo particular de relaciones sociales; las leyes, las costumbres y las prácticas segregativas pasan aquí al primer plano. Los procedimientos de escritura económica pueden variar; lo que prima es la conservación de un cierto tipo de orden social fundado en la

división de papeles entre quienes monopolizan los poderes y quienes los padecen, y esto tanto en los ámbitos del trabajo y de la vida económica como en los del modo de vida, del saber y de la cultura. Todas estas divisiones, que confirman las existentes con arreglo al sexo, la edad y la raza, acaban constituyendo, «al final», los segmentos concretos del socius. Este segundo ámbito se definirá como *estructura de segmentariedad* del capitalismo, o *segmentariedad capitalística*, que parece conservar a su vez un cierto grado de coherencia interna con independencia de sus transformaciones o sus desórdenes impuestos por la historia.

No obstante, está claro que la «codificación» del capitalismo no procede con arreglo a unas «tablas de la ley» que definan de una vez por todas las relaciones interhumanas. El orden que rige evoluciona tanto como sus propias sintaxis económicas. En éste, como en tantos otros ámbitos, las influencias no son unilaterales, no nos hallamos nunca en presencia de una causalidad de sentido único. Además, tampoco se trata de conformarse con una mera oposición entre ese sistema semiótico y esta estructura de segmentariedad. Ambos aspectos corren parejos y su distinción no será pertinente sino en la medida en que permita aclarar las interacciones que una y otra mantienen con un tercer ámbito igualmente fundamental: el de los *procesos de producción*. Precisemos, de entrada, que en la presente perspectiva este último ámbito no habrá de identificarse con lo que los marxistas llaman «relación de producción» o «relaciones económicas de infraestructura». Aunque no cabe duda de que nuestra categoría de producción queda incluida en la que maneja el marxismo, la desborda sobradamente en los ámbitos, infinitamente extensibles, de las máquinas concretas y abstractas. De esta suerte, estas componentes procesuales habrán de englobar tanto fuerzas materiales, trabajo humano y relaciones sociales como catexis de deseo. En caso de que el agenciamiento de estas componentes desemboque en un enriquecimiento de sus potencialidades —si el todo excede la suma de las partes—, estas interacciones procesuales se denominarán diagramáticas y se hablará, entonces, de plusvalor maquínico.

En tales condiciones, ¿sigue siendo legítimo continuar hablando del capitalismo como si de una entidad general se tratase? ¿Qué lugar ocupa la historia en el capitalismo? El único elemento de continuidad histórica que parece poder

caracterizar sus vicisitudes sería precisamente ese carácter procesual (en el sentido más amplio antes expuesto) de su esfera de producción. Podemos «encontrar» capitalismo en cualquier lugar y época, toda vez que lo consideremos tanto desde el punto de vista de la explotación de las clases proletarias como desde el del establecimiento de medios de semiotización económica que facilitan el desarrollo de grandes mercados (monedas escriturarias, monedas fiduciarias, monedas de crédito, etc.). No es menos cierto que los capitalismos de los tres últimos siglos sólo «despegaron» de verdad cuando las ciencias, las técnicas industriales y comerciales y el socius hubieron anudado de forma irreversible sus destinos, los unos a los otros, en el seno de un mismo proceso de transformación generalizada —proceso combinado de desterritorialización. Y todo lleva a pensar que, a falta de ese «nudo maquínico», de esa proliferación de la «mecanosfera», las sociedades en cuyo seno se han desarrollado las fórmulas capitalísticas habrían sido incapaces de superar los considerables traumas acarreados por las crisis y las guerras mundiales, y habrían terminado su carrera en la misma suerte de callejones sin salida que conocieron algunas grandes civilizaciones: una interminable agonía o una muerte súbita, «inexplicable».

Así, pues, el capitalismo representaría una forma paroxística de integración de distintos tipos de maquinismos: máquinas técnicas y máquinas de escritura económica, pero también máquinas conceptuales, máquinas religiosas, máquinas estéticas, máquinas perceptivas, máquinas deseantes… Su modo de semiotización —el método del capital— constituiría tanto una suerte de ordenador colectivo[1] del socius y de la producción como, al mismo tiempo, una «cabeza buscadora» de las innovaciones adaptadas a sus pulsiones internas. En estas condiciones, su materia prima, su sustento básico, no sería de forma directa el trabajo humano o el trabajo maquínico, sino el conjunto de los *medios de pilotaje semiótico* relativos a la orquestación, a la inserción en el socius, a la reproducción, a la circulación de las múltiples

---

[1] Oskar Lange compara el mercado capitalista con un «protoordenador». Citado por Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*, tomo II, p. 192, Ed. Armand Colin, Paris, 1979 [ed. cast.: *Civilización material, economía y capitalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1984].

componentes a las que atañe este proceso de integración maquínica. El capital capitaliza poder semiótico. Pero no cualquier poder —ya que, en ese caso, no habría lugar a distinguirlo de las anteriores formas de explotación—, sino un poder semiótico desterritorializado. El capitalismo confiere a determinados subconjuntos sociales una capacidad de control selectivo del socius y de la producción mediante un sistema de semiotización colectiva. Su especificidad histórica consiste en que no se esfuerza por controlar más que las distintas componentes que contribuyen al mantenimiento de su carácter procesual. Al capitalismo no le interesa ejercer un poder despótico sobre *todos* los engranajes de la sociedad. Resulta incluso indispensable para su supervivencia que consiga acondicionar unos márgenes de libertad, unos espacios relativos de creatividad. Lo que le importa en primer lugar es el control de los engranajes semióticos esenciales para los agenciamientos productivos clave y, particularmente, de aquellos implicados en procesos maquínicos evolutivos (los agenciamientos de potencia maquínica). No cabe duda de que la fuerza de la historia le ha llevado a interesarse por todos los ámbitos de lo social —el orden público, la educación, la religión, las artes, etc.—, pero éstos no le importaban originariamente; el capitalismo es, en primer lugar y de una sola pieza, *modo de evaluación* y *medio técnico de control* de los agenciamientos de potencia y de sus formaciones de poder correspondientes.

Todo «su misterio» se debe a que es así como logra articular entidades a primera vista radicalmente heterogéneas en el seno de un mismo sistema general de inscripción y de puesta en equivalencia: *bienes* materiales y económicos, *actividades* humanas individuales y colectivas y *procesos* técnicos industriales y científicos. Y la clave de este misterio reside en el hecho de que no se contenta con contrastar, comparar, ordenar e informatizar estos múltiples dominios, sino que, con motivo de estas distintas operaciones, extrae de cada uno de ellos un único y mismo *plusvalor maquínico o valor de explotación maquínica.* Su capacidad de reajustar, a través del mismo sistema de semiotización, los valores maquínicos más heterogéneos es lo que confiere al capitalismo su asidero no sólo en las máquinas materiales de la esfera económica (artesanal, manufacturera, industrial…), sino, igualmente, en las máquinas inmateriales que operan en el corazón de las

actividades humanas (productivas/improductivas, públicas/privadas, reales/imaginarias…).

De esta suerte, cada mercado económico «manifiesto» se despliega de forma paralela sobre distintos campos «latentes» de valores maquínicos, de valores de deseo, de valores estéticos, etc., que cabría calificar como valores de contenido. De tal modo que la valorización económica consciente y «plana» se ve duplicada por unos modos de valorización «profundos» y relativamente inconscientes, comparados con los sistemas de valorización intercambistas explícitos. Sin embargo, el hecho de que estos valores de contenido sean inducidos, en el marco de unas relaciones de producción dadas, a «rendir cuentas» a los valores económicos formales no deja de incidir en su organización interna. Inscritos en la lógica de la equivalencia, se ven constituidos como mercado general de los valores de referencia. El valor de uso es atraído a la órbita del valor de cambio —hasta ser producido por esta última como naturaleza (estructurada por el trabajo)… Con la autonomía del valor de uso desaparece *ex abrupto* el imperativo categórico de su reapropiación revolucionaria como elemento de crisis endógena.

Al término de este proceso de integración, la valorización capitalística se instaura a partir de una doble articulación con:

- el mercado general de los valores económicos formales;
- el mercado general de los valores maquínicos.

Este sistema de doble mercado es el origen del carácter esencialmente desigualitario y manipulador de toda operación de intercambio en un contexto capitalístico. Éste carácter se debe a la naturaleza misma del modo de semiotización de los agenciamientos capitalísticos que, en última instancia, procede siempre mediante operaciones contradictorias:

- de puesta en comunicación y en equivalencia formal de ámbitos heterogéneos, potencias y poderes asimétricos;
- de delimitación de territorios cercados (regímenes de derecho de propiedad) y de instauración de una segmentariedad social basada en la programación de las asignaciones de bienes y derechos, así como en la definición de modos de sensibilidad, gustos y elecciones «inconscientes» propias de los distintos grupos sociales.

Nos vemos aquí enfrentados a un nuevo tipo de dificultad. Ahora corremos el peligro de no conseguir librarnos de una mera oposición entre forma económica y contenido maquínico y el riesgo de hipostasiar una necesidad histórica de la generación de los procesos de valorización (conforme a la cual los agenciamientos de valorización «precapitalistas» se hallarían a la espera de ser sobrecodificados por una valorización capitalista desterritorializadora, mientras que los valores maquínicos de contenido, debido a sus especificidades cualitativas, a su heterogeneidad, al carácter desigualitario de sus relaciones, aparecerían como residuos territorializados de un movimiento de valorización esencialmente cuantificador, homogeneizante e «igualador»). Aunque es cierto, como ha demostrado Fernand Braudel,[2] que el carácter fundamentalmente desigualitario de los mercados capitalistas era mucho más visible, mucho menos «almidonado», en la época de las *economías-mundo* centradas en torno a ciudades como Venecia, Amberes, Génova o Ámsterdam, que en la de los mercados mundiales contemporáneos, estos últimos no se han convertido en unas superficies de inscripción económica transparentes y neutras. Por el contrario, es evidente que la explotación del Tercer Mundo, por ejemplo, no procede en absoluto de intercambios igualitarios, sino, más bien, de métodos de pillaje «compensados» por la exportación de abalorios tecnológicos y de algunos *gadgets* de lujo destinados al consumo de un puñado de privilegiados autóctonos. ¡Lo que no impide a los «nuevos economistas» y a los «neoliberales» predicar las virtudes salvadoras del mercado capitalista en todo lugar y situación!

De acuerdo con estos últimos, éste sería el único capaz de garantizar un arbitraje óptimo entre coste y

---

2 De acuerdo con Fernand Braudel, los protomercados capitalistas se desplegaban en unas zonas concéntricas que partían de unas metrópolis, que detentaban las llaves económicas que permitían captar lo esencial de las plusvalías, y que se dirigían hacia una periferia en la que, por el contrario, tendían hacia una suerte de «grado cero» a causa del letargo de los intercambios y de la debilidad del nivel de los precios reinante en ellas. Fernand Braudel considera que cada economía-mundo estaba necesariamente centrada en torno a una única ciudad-mundo. Pero quizá sea demasiado sistemático en este punto. ¿No cabe formular la hipótesis de que los procesos urbanos y capitalísticos no se han desarrollado con arreglo a un modelo monocentrado, sino a un *rizoma multipolar* de «archipiélagos de ciudades»?

coacción.[3] Los economistas más reaccionarios parecen haber interiorizado así una visión dialéctica invertida de los progresos de la historia. De esta suerte, las peores aberraciones tuvieron que formar parte de la necesidad histórica, y en lo sucesivo convendría entregarse a las mismas sin reservas. La economía de mercado sería el único sistema que permitiría asegurar una *movilización* óptima del conjunto de las informaciones necesarias para la regulación de las sociedades complejas. El mercado, explica Hayek,[4] no es sólo una maquinaria anónima que hace posible un intercambio de bienes y servicios o un «mecanismo estático de reparto de las penurias», sino, ante todo, un instrumento dinámico de producción y difusión de los conocimientos diseminados en el cuerpo social. Según este razonamiento, la idea misma de «libertad» habrá de configurarse con arreglo a la noción de información, para pasar a depender de un enfoque de tipo «cibernético».

Si hacemos caso a Vera Lutz,[5] «lo que da al capitalismo su razón de ser fundamental como sistema de organización social es la imperfección de la información. Si la información fuera perfecta, los capitalistas no harían falta; todos podríamos ser, sin ningún inconveniente, socialistas». De acuerdo con los partidarios de este tipo de teoría, la desigualdad de los intercambios sólo obedecería al fin y al cabo a «imperfecciones» de las estructuras de *coste de la información* en las sociedades.[6] ¡Un esfuerzo más sobre los costes y todo terminará

---

3 *Cfr*. Henri Lepage, *Demain le capitalisme*, París, Livre de Poche, p. 419 [ed. cast.: *Mañana el capitalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1979].

4 F. von Hayek, *Individualism and Economic Order*, Routledge and Keagan Paul, Londres, 1949.

5 Vera Lutz, *Central Planning for the Market Economy*, Longman, Londres, 1969.

6 A diferencia de cuanto proclaman los teóricos del *public choice*, el incremento de la información en este ámbito –en particular, la información de los medios de comunicación de masas dirigidos por el sistema– sólo puede acentuar los efectos desigualitaristas de esas técnicas de integración. El proyecto que consistía en querer «completar la teoría de la producción y el intercambio de bienes o servicios mercantiles con una teoría equivalente y, en la medida de lo posible, compatible, del funcionamiento de los *mercados políticos*» (James Buchanan) partía, quizás, de buenas intenciones, pero lo menos que cabe decir es que es incompleto y que ha fracasado (*cfr.* a este propósito, las devastadoras hazañas en el Chile de Pinochet de los *Chicago Boys* de Milton

por arreglarse! Y, sin embargo, es evidente que, bien o mal informado, el Tercer Mundo no «intercambia» realmente su trabajo y sus riquezas por cajas de Coca-Cola o barriles de petróleo. Es agredido y sangrado hasta la muerte por la intrusión de las economías dominantes. Y lo mismo sucede, aunque en otras proporciones, con los terceros y cuartos mundos internos de los países adinerados.

El carácter desigualitario de los mercados capitalistas no es en absoluto un rasgo de arcaísmo, un residuo histórico. La presentación pseudoigualitaria de los «intercambios» en el mercado mundial es el resultado de una falta de información al mismo título que de un maquillaje ideológico de los procedimientos de sometimiento social. Es el complemento esencial de las técnicas de integración de la subjetividad colectiva encaminadas a obtener de ésta un consentimiento libidinal óptimo e incluso una sumisión activa a las relaciones de explotación y segregación. Respecto a los valores maquínicos y a los valores de deseo, la pertinencia de la distinción entre bienes y actividades parece obligada a difuminarse. En un determinado tipo de agenciamiento, las actividades humanas, debidamente controladas y pilotadas por el socius capitalístico, engendran unos bienes maquínicos activos, mientras que la evolución de otros agenciamientos hace perder toda actualidad económica a determinados bienes, que ven así devaluarse su «virulencia maquínica». En el primer caso, un poder de actividad (un «activo» de poder) se transforma en *potencia maquínica* altamente valorizable; en el segundo, una potencia maquínica (un «activo» de potencia) se inclina del lado de los *poderes formales* y nos hace derivar fuera de las realidades históricas. De esta suerte, nos será preciso mantener unidas las tres componentes, sistémicas, estructurales y procesuales del capitalismo, sin otorgar a ninguna de ellas una prioridad sobre las otras que no sea contingente.

Las fórmulas de evaluación que, por regla general, los economistas presentan como exclusivas,[7] nunca han dejado de aproximarse de hecho —ya sea entrando en competencia

---

Friedman). Los mercados económicos, políticos e institucionales son una cosa; los mercados maquínicos y libidinales son otra distinta. Y sólo del lado de estos últimos cabe llegar a comprender los resortes esenciales de la valorización social y de la creatividad maquínica.

7 Acerca de estos modos de evaluación del capital, Alain Cotta, *Théorie générale du capital, de la croissance et des fluctuations*, París, 1967, y *Encyclopedia Universalis*, entrada «Capital».

mutua, o bien complementándose— en la historia económica real.[8] Por lo demás, tampoco resulta pertinente tratar de calificar a cada una de éstas de manera unívoca. Sus distintas formas de existencia (valorización comercial, industrial, financiera, monopolística, estatal o burocrática) son el resultado de la preeminencia de tal o cual de sus componentes fundamentales, «seleccionadas» en el seno de un mismo abanico de base que en la presente «cartografía» ha sido reducido a tres términos.

- Los *procesos* de producción maquínica.
- Las *estructuras* de segmentariedad social.
- Los *sistemas* semióticos económicos dominantes.

A partir de este modelo mínimo —necesario pero apenas suficiente, habida cuenta de que nunca se trata de componentes simples, sino de conjuntos de componentes estructuradas conforme a sus propios ejes de prioridad—, examinemos ahora la extraña «química generativa» de los agenciamientos de valorización económica que resultan de una combinatoria posible de las prioridades entre las citadas componentes de base.

En la siguiente tabla de los agenciamientos de valorización capitalística señalaremos que:

1. Las estructuras de segmentariedad social sólo serán consideradas desde el punto de vista de la problemática económica del *Estado* —análisis de las consecuencias de una gestión centralista de una parte importante de los flujos económicos (que cabe observar en el seno de la contabilidad nacional) sobre la estratificación de las relaciones segmentarias.

---

8 Ejemplos de complementariedad.

- El hecho de que, pese a su dominante mercantil y financiera, el protocapitalismo de los siglos XV y XVI se haya convertido en industrial en determinadas circunstancias: la recuperación de Amberes mediante la industrialización, evocada por Fernand Braudel, cit., tomo III., p. 127.
- El hecho de que una economía de mercado, con independencia de su aparente «liberalismo», haya acarreado siempre cierta dosis de intervención estatal, o el de que una planificación «centralizada» (ejemplo: los planes estalinistas) haya preservado siempre un mínimo de economía de mercado, ya sea en el seno de su esfera de influencia, o bien en el de su relación con el mercado mundial.

2. Los sistemas de semiotización económica sólo serán considerados desde el punto de vista de la problemática del *mercado* (en el sentido amplio, antes citado, de mercados de bienes, seres humanos, ideas, fantasmas…).
3. Los procesos productivos no serán especificados adicionalmente.

Hemos de subrayar que el objeto de esta tabla no es en modo alguno presentar una tipología general de las formas históricas del capitalismo, sino, únicamente, mostrar que el capitalismo no se identifica con una sola fórmula —la de la economía de mercado, por ejemplo. Cabría complejizarla y afinarla dando cabida a componentes internos a cada conjunto, cuyos compartimentos no son en absoluto estancos: hay «producción maquínica» en el seno de los engranajes semióticos del mercado y en el seno del Estado, por ejemplo en los equipamientos colectivos y en los medios de comunicación; hay «poder de Estado» en el corazón de las sintaxis económicas más liberales; además, estas últimas no dejan de desempeñar un papel determinante en el seno de las esferas productivas... Este esquema se propone aquí con el solo objeto de intentar poner de relieve ciertas correlaciones entre unos sistemas en apariencia muy alejados entre sí, pero inscritos en el mismo sentido (o en el mismo contrasentido) de la historia.

LAS SEIS FÓRMULAS DE AGENCIAMIENTO
DE VALORIZACIÓN CAPITALÍSTICA

ORDEN DE PRIORIDADES	EJEMPLOS
a) Estado/Producción/Mercado	*Modo de producción asiático*[9] *Economía de guerra de tipo nazi*
b) Mercado/Producción/Estado	*Protocapitalismo comercial* *Economías-mundo (centradas en torno a una red de ciudades*[10]*)*
c) Mercado/Estado/Producción	*Capitalismo liberal*
d) Produccción/Estado/Mercado	*Economía monopolista colonial*
e) Producción/Mercado/Estado	*Capitalismo mundial integrado*
f) Estado/Mercado/Producción	*Capitalismo de Estado (tipo U.R.S.S.)*

9 Ejemplo: la China de los siglos II y III a. de C. cfr. *Sur le mode de production asiatique*, Ed. sociales, París, 1969.

10 Ejemplos: Viena, Amberes, Génova y Amsterdam, entre los siglos XIII y XIV.

De manera general:

1. De la primacía de las componentes productivas dependerá la capacidad de los agenciamientos considerados para asumir las transformaciones históricas importantes o su capacidad de pilotar «procesos alejados de los equilibrios históricos».
2. De la primacía de las componentes de segmentariedad sociales (axiomas de estratificación clánica, étnica, religiosa, urbanística, de castas, de clases, etc.) dependerá su grado de resistencia al cambio.
3. Del carácter más o menos innovador de sus semióticas de valorización (el hecho de que éstas sean o no capaces de adaptarse, de enriquecerse mediante nuevos procedimientos: su grado de «diagramaticidad») dependerá su potencia de integración, su capacidad de «colonizar» no sólo la vida económica, sino también la social, la libidinal —dicho de otra manera, su posibilidad de transformar el socius, de someterlo al phylum maquínico.

Subrayemos que el hecho de que el «sentido de la historia» se haya atribuido aquí al phylum evolutivo de la producción no implica necesariamente la consecuencia de que esa historia tenga como finalidad unos objetivos transcendentales. La existencia de un «sentido maquínico» de la historia no impide en absoluto que ésta «parta en todas direcciones». El *phylum maquínico* habita y orienta el *rizoma histórico* del capitalismo, pero sin llegar nunca a controlar su destino, que continúa jugándose, a partes iguales, entre la segmentariedad social y la evolución de los modos de valorización económica.

Retomemos las distintas fórmulas de prioridades.

1. *Las prioridades del mercado*

La prioridad *b)*, que relega la cuestión del Estado al tercer lugar, esto es la de, por ejemplo, el *protocapitalismo comercial* de los siglos XII al XIII, puede ilustrarse con el hecho de que para los comerciantes de las Provincias Unidas holandesas del siglo XVII las cuestiones de Estado iban tan por detrás de los intereses comerciales que a nadie escandalizaba realmente que éstos surtieran de armas a sus enemigos portugueses

o franceses.[11] Anuda un problema específico con la ampliación y consolidación del capitalismo en el conjunto de la sociedad, mediante una especie de florecimiento barroco de todas las esferas productivas, culturales e institucionales.

El fenómeno del crédito (a través de la negociación de las letras de cambio, que hunde sus raíces en el comercio internacional) supuso el «embrague» de este florecimiento. Cabe señalar que el derecho medieval trató verdaderamente de obstaculizar la libre circulación de los efectos comerciales, práctica que se enfrentaba con la hostilidad de los poderes públicos, que querían estabilizar los cambios y controlar la circulación monetaria. Ésta es la historia de la «guerra del endoso», desencadenada por los comerciantes-banqueros que extendían, de hecho, a la letra de cambio (moneda escrituraria) lo que ya se admitía en el caso de las cédulas (moneda fiduciaria): *el derecho de transferencia* —las cédulas circulaban, en efecto, por mera remesa, mientras que las letras de cambio no eran, de derecho, libremente transferibles. No por haberse hecho esperar, la respuesta dejó de ser, sin que llegara a ser decisiva, menos clara: en Venecia, por ejemplo, por decreto de 6 de julio de 1652, se prohibió a los contables del Banco del Giro tramitar transferencias destinadas al pago de las letras de cambio endosadas. Este hecho seguiría siendo marginal si no fuera sintomático del retraso y la incapacidad de las estructuras (para)estatales para controlar los flujos monetarios capitalísticos. En 1766, Accarias de Serionne todavía escribía: «Si diez o doce negociantes de primera clase de Amsterdam se reúnen para una operación bancaria, en un instante pueden poner en circulación por toda Europa más de doscientos millones de florines en papel moneda, preferido al dinero contante y sonante. No hay Soberano capaz de hacer lo mismo. [...] Este crédito es un poder que los diez o doce negociantes ejercerán en todos los Estados de Europa con una independencia absoluta con respecto a cualquier autoridad».[12] La prioridad *c)* relega la cuestión de la producción al tercer lugar, esto es la de por ejemplo, el *liberalismo «salvaje» del capitalismo del siglo XIX*, anuda un problema

---

11 Fernand Braudel, tomo III, pp. 172-173.

12 *Ibidem*, III, p. 207. A lo que Fernand Braudel añade, magnánimo: «Como se ve, las sociedades multinacionales de hoy tienen ancestros».

histórico específico con la constitución de los Estados territorializados modernos. Paradójicamente, el capitalismo siempre se ha preocupado más de la constitución de un aparato de Estado que de un desarrollo generalizado de la producción.

Si tomamos de los análisis de Habermas la observación de que quizás sólo haya existido «ideología propiamente dicha en esta época»,[13] se comprende mejor que, lejos de coronar el edificio librecambista, la ley de Say (la teoría del equilibrio general) representa más bien su basamento *jurídico*; «tira el cuchillo al agua» y hace desaparecer el cuerpo del delito en el trabajo de su ficción. *Jurisdictio* de una representación algebraica, lineal y exclusiva: así pues combinen sobreexplotación del potencial productivo, movilización general de la fuerza de trabajo, aceleración de la velocidad de circulación de las mercancías, de los seres humanos y del capital, y obtendrán un equilibrio automático de la oferta y la demanda, de tal suerte que habrá de verificarse la autorregulación del conjunto del sistema… «Pero a condición de que no haya más ingerencia que la económica en el seno de los intercambios».[14] ¡Comprobamos que fuera necesaria una conjunción histórica singular para hacer posible la enunciación del sueño liberal de una sociedad libre de toda intervención emanada de cualquier poder! Porque en cierto modo el equilibrio de la libre competencia significa eso: la potencia menos el poder. Sin la afirmación (de lo real) de esta distinción, la fórmula de Hobbes no hubiese desembocado jamás en la penosa inversión de todos conocida: *veritas non auctoritas facit legem*. Verdad de una potencia, Inglaterra, que gracias a su potencial industrial domina los circuitos mercantiles lo suficiente como para conseguir la regresión a un

---

13 J. Habermas, *L´Espace public, archéologie de la publicité comme dimension constitutive de la société bourgeoise*, Payot, París, 1978, p. 98.

14 Habermas, *op. cit.*, p. 89. M. Aglietta acierta cuando parangona la teoría económica clásica (y neoclásica) con una construcción teológica «puramente interna al mundo de las ideas, tanto más separada de toda realidad cuanto más estricta». Este sería el destino de la teoría del equilibrio general, si «el objetivo de la teoría fuera expresar la esencia despojándola de toda contingencia: las instituciones, las interacciones sociales, los conflictos… son escoria de la que es preciso deshacerse para hallar el comportamiento económico en estado puro». M. Aglietta, *Régulation et crises du capitalisme*, Calmann-Lévy, París, 1976, p. 12 [ed. cast.: *Regulación y crisis del capitalismo; la experiencia de los EEUU*, Madrid, Siglo XXI, 1979.]

segundo plano de los aspectos políticos de la riqueza nacional. Y aún así… (Después de todo, la abrogación de la ley inglesa que limitaba las importaciones de trigo sólo data de la segunda mitad del siglo XIX). De hecho, la esencia del liberalismo consiste en el movimiento inverso, inseparable de esa equivalencia de contenido, que traduce la utopía de la ausencia de poder en términos de afirmación una superpotencia*:* la *veritas* sólo se hace *ratio* (el postulado de homogeneidad, el equilibrio general, legitimados, en lo sucesivo, por el «orden natural» que manifiestan) entrando en una relación esencial con una racionalización constante de la dominación. Lo que, de forma más prosaica, se traduce en que el Estado «ha sido siempre al menos tan fuerte como lo exigía la situación social y política».[15] Traducción apenas corregida de la célebre sentencia de Hobbes: «*Wealth is power and power is wealth* [La riqueza es poder y el poder es riqueza]»…

La existencia de un gran mercado implica una regulación central —por muy flexible que sea— que le es absolutamente necesaria. La producción «teledirigida» a partir de un mercado proliferante es complementaria de las intervenciones y los arbitrajes de los Estados territorializados, a falta de los cuales el sistema chocaría con sus propios límites. En particular, se revelaría incapaz de producir equipamientos de base (infraestructuras, servicios públicos, equipamientos colectivos, militares, etc.).

2. *Las prioridades del Estado*

La prioridad *a)* relega la cuestión del mercado al tercer lugar, esto es, la de, por ejemplo, el *modo de producción asiático* o la *economía de guerra de tipo nazi* (trabajo forzado, papel relativamente secundario de la economía monetaria, encarnación de la omnipotencia del Estado en un faraón o un Führer, etc.) anuda problemas históricos específicos.

---

15 F. Neumann, *Der Funktionswandel des Gesetzes im Recht der jüngerlichen Gesellschaft*, citado por Habermas, *op. cit.*

1. Con la gestión de la acumulación de capital. El plusvalor ha de acumularse prioritariamente sobre el poder del Estado y de su máquina militar; el crecimiento de los poderes económicos y sociales de las distintas capas aristocráticas ha de ser limitado; de lo contrario, terminaría amenazando a la casta en el poder, desembocaría en la constitución de clases sociales. En el caso de los imperios «asiáticos», esta regulación puede efectuarse mediante una paralización de la producción,[16] un consumo sacrificial masivo, construcciones suntuarias, consumo de lujo, etc. En el caso de los regímenes nazis, por medio de exterminios internos y de la guerra total.
2. Con las intrusiones maquínicas exteriores, en especial, las innovaciones en materia de técnicas militares que los Estados no logran adoptar a tiempo, a causa de su conservadurismo, de su dificultad para permitir el desarrollo de cualquier iniciativa creadora. (Algunos imperios asiáticos fueron liquidados en el lapso de pocos años por máquinas de guerra nómadas portadoras de una innovación militar).

La prioridad *f)* relega la cuestión de la producción al tercer lugar, esto es, la de, por ejemplo, los *capitalismos de Estado de tipo soviético* (fórmulas estalinistas de planificación, etc.), cuyas afinidades con el modo de producción asiático se han subrayado tantas veces. El modelo chino, al menos el del período maoísta, con sus métodos de servidumbre masiva de la fuerza colectiva de trabajo, tal vez se asemeje más a la fórmula *a)* que a la fórmula *f)*. Anuda un problema histórico específico con la cuestión de los instrumentos económicos de semiotización, en particular con la instauración no sólo de mercados de valores económicos, sino también de mercados de valores de prestigio, de innovación y de deseo. En este tipo de sistema, el desorden de los sistemas de mercado, conjugado con una hiperestratificación de la segmentariedad social, es correlativo de una gestión autoritaria que sólo puede subsistir en la medida en que su esfera de influencia no se exponga demasiado a las influencias externas, a la

16 Étienne Balazs, *La bureaucratie céleste*, Gallimard, París, 1968 [ed. cast.: *La burocracia celeste: historia de la China imperial*, Barcelona, Barral Editores, 1974].

competencia de las otras ramas del phylum maquínico productivo. De tal suerte que, al final, el sistema del *gulag* sólo era sostenible mientras la economía mantuviese parcialmente congelados los agenciamientos innovadores en los ámbitos tecnológicos, científicos y culturales avanzados. Tal problemática se prolongó entonces con la de las reivindicaciones relativas a una democratización del aparato de gestión socioeconómica del sistema (ejemplo: las luchas «autogestionarias» de los obreros polacos).

3. *Las prioridades de producción*

La prioridad *d)* relega la cuestión del mercado al tercer lugar, esto es, la de, por ejemplo, la *explotación imperialista clásica*, y constituye una forma de acumulación aneja a las grandes entidades capitalistas sin soporte maquínico señalado y «despreocupada» de los efectos de desorganización del socius colonizado. El monopolismo comercial de la periferia tiende a favorecer las tendencias del capitalismo monopolista en el seno de las metrópolis y a reforzar los poderes de Estado. Anuda una cuestión histórica específica con la reconstitución del socius devastado de las colonias, a través incluso de la construcción de Estados bajo las formas más artificiales.

La prioridad *e)* relega la cuestión del Estado al tercer lugar, esto es, la de, por ejemplo, el *capitalismo mundial integrado*, y se instaura «por encima» y «por debajo» de las relaciones segmentarias capitalistas (es decir, en un ámbito a la vez mundial y molecular) y a partir de medios semióticos de evaluación y valorización del capital completamente nuevos, en virtud del incremento de su capacidad de integración maquínica del conjunto de las actividades y facultades humanas.

En principio, «la sociedad entera se torna productiva: el tiempo de la producción es el tiempo de la vida». Pero, simplificando mucho, podemos decir que ese dominio máximo del capital sobre el socius sólo se establece en la conjunción entre integración maquínica y reproducción social —que es el resultado, por lo demás, de una reterritorialización maquínica compleja y conservadora, ya que no de los términos exactos de la segregación social, sí al menos de sus axiomas esenciales: jerárquicos, racistas, sexistas, etc. Hablaremos

aquí de capital social maquínico, lo que nos conduce a tomar bastante en serio el auge del pensamiento neoliberal desde la intrusión de la teoría de la información en la esfera económica. Cuando la información pretende ocupar el lugar preeminente en la máquina social, se constata que, en efecto, deja de estar vinculada a la mera organización de la esfera de la circulación para convertirse, a su manera, en un factor de producción. La información como factor de producción… he aquí la última fórmula de descodificación del socius mediante la formación de un capital cibernético. Ya pasó la época del esquematismo transcendental de Keynes: (fundación de un nuevo espacio y de un nuevo tiempo de la producción a partir de una inversión de la mediación estatal como función de búsqueda del equilibrio); la circulación dejará de ser únicamente vector de validación social de las plusvalías de poder: se torna inmediatamente en producción-reterritorialización-capitalización de las plusvalías maquínicas, cobrando la forma de la teledirección del control de la reproducción segmentarizada del socius. El capital parece operar, en lo sucesivo, sobre «una totalidad sin génesis, sin contradicciones, sin procesos. Analítica de la totalidad, donde la totalidad es el presupuesto»,[17] indisociable, a su vez, de un discurso totalitario que encuentra su forma de expresión en el cinismo de la «nueva economía». Habría que decir, por lo demás, que la teoría liberal no tiene contenido, aparte de ese cinismo consustancial a la voluntad de afirmar la producción por la producción, finalmente en su acepción más clásica —éste es el marco en el que sería preciso inscribir el increíble aumento del gasto estadounidense en investigación militar. De donde se desprende una reestructuración del espacio productivo que dejará de considerarse de manera puntual, para pasar a hacerlo conforme a las necesidades de integración de los nuevos «órdenes» planetarios: la reestructuración permanente se ha convertido en la regla del proceso capitalístico en cuanto tal, y la crisis la forma misma de la circulación. La reestructuración no es una regla de fase, sino una operación que ha de desarrollarse en cualquier fase,

---

17 Antonio Negri. *Macchina tempo*, Feltrinelli, Milán, 1982 [ed. cast.: *Máquina tiempo. Fábricas del sujeto. Kairós, Alma Venus, multitudo*, Madrid, Akal/cuestiones de antagonismo, 2005].

durante todos los momentos del proceso social. Sólo la crisis puede permitir tal grado de fusión integradora entre producción y circulación, producción e información, producción y resegmentarización del socius, y llevar a cabo la «intención» expansiva de un capital que ha abandonado todo enclave fijo para acceder a una fluidez sinérgica maximizada.

Esta «fluidez» puede verificarse en un doble plano.

1. El de la fábrica móvil: estas «pseudo-mercancías, que ya no son sino indirectamente productos del trabajo (como las condiciones sociales de la producción han pasado a estar bajo el dominio de la organización de la información, el proceso de trabajo ya no es más que un mero elemento del proceso de valorización), se llevarán a cabo por medio de la circulación. Como demuestra J. P. de Gaudemar, «toda unidad productiva tiende así a aparecer como nudo de una red fluida, nudo de conexiones o de rupturas temporales de los flujos, que tan sólo puede ser analizado en la medida en que pertenece a esa red».[18] La gestión del espacio productivo pasa por el acondicionamiento de su fluidez óptima y donde, por supuesto, el trabajo precario es una de las consecuencias directas de esa expresión...
2. Del Estado territorial al Estado «móvil» (más conocido en la terminología liberal por el nombre de «Estado mínimo»…): éste ya no encarna el concepto y la defensa de un espacio nacional original de valorización, sino que promueve una participación ampliada al espacio transnacional de valorización, tránsito, de alguna manera, de la mecánica contractual a la termodinámica del reequilibrado «lejos del equilibrio»…

La cuestión histórica específica del capitalismo mundial integrado (CMI) atañe a los límites potenciales de su potencia integradora. En efecto, no es evidente que consiga innovar y reapropiarse indefinidamente de las técnicas y de las subjetividades. Conviene volver a subrayar aquí que el CMI no es una entidad que se baste a sí misma. Aunque, al fin y al cabo,

---

18 Jean-Paul de Gaudemar, «*Naissance de l´usine mobile*», en *Usine et Ouvrier, figure du nouvel ordre productif*, Maspéro, París, 1980, p. 24.

hoy se presente como el «estadio supremo del capitalismo» no es más que una fórmula capitalística entre otras, que por lo demás se aviene con la supervivencia de amplias zonas de economía arcaíca: vive en simbiosis con economías liberales y coloniales de tipo clásico, coexiste con economías de tipo estalinista... Relativamente progresista en el ámbito de las mutaciones técnico-científicas, es profundamente conservador en el ámbito social —no por razones ideológicas, sino por razones funcionales. Por otra parte, cabe razonablemente preguntarse si no habrá de ser ésta una de sus contradicciones insuperables. Las capacidades de adaptación y reconversión de los agenciamientos de enunciación económica del CMI encontrarán tal vez su límite con la renovación de la capacidad de resistencia del conjunto de las capas sociales que rechazan sus finalidades «unidimensionalizantes». Cierto es que las contradicciones internas del CMI no son tales como para que este haya de sucumbir a las mismas de forma ineluctable. Ahora bien, quizá su enfermedad no sea por ello menos mortal: es el resultado del cúmulo de todas las crisis laterales que engendra. La potencia de reproducción del CMI parece inexorable; pero choca con tantos modos de vida y de valorización social que no parece en absoluto absurdo confiar en que el desarrollo de nuevas respuestas colectivas —de nuevos agenciamientos de enunciación, evaluación y acción— procedentes de los más diversos horizontes, consigan finalmente destituirlo. (Aparición de nuevas máquinas de guerra popular, como las que encontramos en El Salvador; luchas autogestionarias en los países del Este; luchas de autovalorización del trabajo al estilo italiano; multitud de vectores de revolución molecular en todas las esferas de la sociedad. A nuestro juicio, sólo cabrá apreciar la redefinición de los objetivos de transformación revolucionaria de la sociedad a través de este tipo de hipótesis.

5. *Una refundación de las prácticas sociales*

LAS RUTINAS DE LA VIDA COTIDIANA, la banalidad del mundo que nos representan los medios de comunicación, nos envuelven en una atmósfera tranquilizadora en la que, en realidad, nada parece tener consecuencias. Nos tapamos los ojos, nos prohibimos pensar en la turbulenta huida de nuestro tiempo, que proyecta hacia atrás, muy lejos y muy deprisa, nuestro pasado más familiar, borra unas maneras de ser y de vivir aún frescas en nuestra memoria y adhiere nuestro futuro a un horizonte opaco, cargado de nubarrones y de miasmas. Se busca a toda costa una tranquilidad a medida que todo ofrece cada vez menos seguridad. Los dos «Grandes» del pasado, que durante mucho tiempo se apoyaron el uno en el otro, se han visto desestabilizados por el hundimiento de uno de ellos. Los países de la ex URSS y los de Europa del Este se hunden en dramas sin aparente solución. Por su parte, Estados Unidos tampoco está a salvo de las violentas sacudidas de la civilización, como hemos podido ver recientemente en Los Angeles. Los países del Tercer Mundo no logran salir del marasmo; Africa, sobre todo, está sumida en un atroz callejón sin salida. Los desastres ecológicos, el hambre, el paro, el resurgimiento del racismo y la xenofobia asedian, como otras tantas amenazas, este fin de milenio. Por otra parte, las ciencias y las tecnologías evolucionan a enorme velocidad, y ofrecen virtualmente al ser humano todas las claves necesarias para resolver sus problemas materiales. Pero la humanidad no consigue apropiárselas; permanece estupefacta, impotente ante los desafíos a los que se enfrenta. Asiste pasivamente al desarrollo de la polución del

agua, del aire, a la destrucción de los bosques, a la perturbación de los climas, a la desaparición de multitud de especies vivas, al empobrecimiento del capital genético de la biosfera, a la degradación de los paisajes naturales, a la asfixia de sus ciudades y al abandono progresivo de valores culturales y de referencias morales relativas a la solidaridad y la fraternidad humanas... Parece como si la humanidad hubiera perdido la cabeza o, para ser más exactos, como si su cabeza hubiera dejado de funcionar de acuerdo con su cuerpo. ¿Cómo podría recuperar la brújula para orientarse dentro de una modernidad cuya complejidad la supera por todas partes?

Pensar la complejidad, renunciar, en particular, al enfoque reduccionista del cientifismo cuando se trata de poner en tela de juicio los propios prejuicios y los intereses a corto plazo: ésta es la perspectiva de entrada en una era que he calificado de *post-media*, pues todos los grandes trastornos contemporáneos, tanto si son de alcance negativo como positivo, en la actualidad son juzgados por el rasero de informaciones tamizadas por la industria mediática, que sólo contempla el aspecto anecdótico de las cosas y jamás problematiza los envites en juego en su verdadera amplitud.

Es cierto que resulta difícil conseguir que las personas salgan de sí mismas, que se distancien de sus preocupaciones inmediatas y reflexionen sobre el presente y el futuro del mundo. Para conseguirlo se echan en falta inicitaciones colectivas. La mayor parte de las instancias de comunicación, de reflexión y de concertación, han quedado disueltas en favor de un individualismo y de una soledad que muchas veces son sinónimo de angustia y de neurosis. En este sentido, preconizo —bajo la tutela de una articulación inédita entre ecología medioambiental, ecología social y ecología mental— la invención de nuevos agenciamientos colectivos de enunciación, que atañen a la pareja, a la familia, a la escuela, al barrio, etc.

El funcionamiento de los actuales medios de comunicación de masas, en especial de la televisión, van en contra de esta perspectiva. El telespectador permanece pasivo ante la pantalla, prisionero de una relación casi hipnótica, separado del otro, exento de responsabilidad.

Sin embargo, esta situación no puede durar eternamente. La evolución de las tecnologías introducirá nuevas posibilidades de interacción entre el medio de comunicación y su

usuario, así como entre los mismos usuarios. La unión entre la pantalla audiovisual, la pantalla telemática y la pantalla informática podría desembocar en una verdadera reactivación de la sensibilidad y la inteligencia colectivas. La ecuación actual (medio de comunicación = pasividad) tal vez vaya a desaparecer antes de lo que pensamos. Claro que no cabe esperar milagros de estas tecnologías: al fin y al cabo todo dependerá de la capacidad de los grupos humanos para apropiarse de ellas y atribuirles finalidades convenientes.

La constitución de grandes mercados económicos y de espacios políticos homogéneos, una tendencia persistente en Europa occidental, también tendrá incidencia sobre nuestra visión del mundo. Pero esta incidencia tendrá sentidos contradictorios, de tal suerte que la resultante dependerá de la evolución de las relaciones de fuerzas entre los conjuntos sociales cuyo perfil, hay que reconocerlo, es todavía algo borroso. Con la acentuación de los antagonismos industriales y económicos entre Estados Unidos, Japón y Europa, la disminución de los costes de producción, el desarrollo de la productividad y la conquista de «zonas de mercado» se convertirán en envites cada vez más atenazadores, que harán aumentar el paro estructural y provocarán una «dualización» social cada vez más marcada en el seno de las ciudadelas capitalistas. Por no hablar de su ruptura con el Tercer Mundo, que irá adquiriendo un cariz cada vez más conflictivo y dramático a causa de la inflación demográfica.

Por otra parte, el reforzamiento de estos grandes polos de poder va a contribuir sin duda a instaurar una regulación de naturaleza geopolítica y ecológica, o incluso de «orden planetario». Al favorecer importantes concentraciones de recursos sobre objetivos de investigación o sobre programas ecológicos y humanitarios, la existencia de dichos polos podría jugar un papel determinante en el porvenir de la humanidad. Pero sería a la vez inmoral e irrealista aceptar que la dualidad actual, casi maniquea, entre ricos y pobres, fuertes y débiles, se acentúe indefinidamente. Por desgracia, ésta fue la perspectiva en la que se inscribieron, sin duda a su pesar, los firmantes del documento conocido como «llamamiento de Heidelberg», presentado en la Conferencia de Río,[1] y que

---

1 La Cumbre Mundial de sobre Medio Ambiente, organizada por la ONU en septiembre de 1992. [*N. del E.*]

sugería que las decisiones fundamentales de la humanidad en el terreno de la ecología se dejaran a la iniciativa de las élites científicas. Esta manera de presentar las cosas procede de una miopía cientifista que resulta bastante increíble. En efecto, ¿cómo se puede ignorar que una parte esencial de los desafíos ecológicos del planeta remite al corte de la subjetividad colectiva entre ricos y pobres? Los científicos tienen que hallar su inserción en el seno de una nueva democracia internacional, a cuya promoción ellos mismos deben contribuir. Y mantener el mito de su omnipotencia no va a contribuir mucho a avanzar en este sentido.

¿Cómo se puede pegar la cabeza al cuerpo? ¿Cómo articular las ciencias y las técnicas con los valores humanos? ¿Cómo ponerse de acuerdo en proyectos comunes, sin dejar de respetar las singularidades de las posiciones de cada cual? ¿Qué procedimientos podrían desencadenar un nuevo renacimiento, en medio del actual clima de pasividad? ¿El miedo a la catástrofe será un motor suficiente en este terreno? Es cierto que accidentes ecológicos como el de Chernobil han suscitado un despertar en la opinión. Pero no sólo se trata de agitar amenazas, hay que pasar a las realizaciones prácticas. También conviene recordar que el peligro puede ejercer un auténtico poder de fascinación. El presentimiento de la catástrofe puede desencadenar un deseo inconsciente de catástrofe, una aspiración a la nada, una pulsión de abolición. Así, las masas alemanas, en la época del nazismo, vivieron bajo el dominio de un fantasma del fin del mundo asociado a una mítica de redención de la humanidad. Conviene insistir, ante todo, en la recomposición de una concertación colectiva capaz de desembocar en prácticas innovadoras. Sin un cambio de las mentalidades, sin el ingreso en una era post-mediática, no es posible una incidencia duradera sobre el medio ambiente. Ahora bien, sin modificaciones en el medio ambiente, no habrá un cambio de las mentalidades. Nos topamos con un círculo, que me conduce a postular la necesidad de fundar una «ecosofía» que articule la ecología medioambiental con la ecología social y la ecología mental.

¿Quién gestiona el caos capitalista?

Con esta perspectiva ecosófica, no se trata en modo alguno de reconstituir una ideología hegemónica como lo fueran las grandes religiones o el marxismo. Es absurdo, por ejemplo, que el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial preconicen la generalización de un modelo único de crecimiento en el Tercer Mundo. Africa, América Latina y Asia deberían ser capaces de emprender vías de desarrollo social y cultural específicas.

El mercado mundial no tiene por qué pilotar la producción de todos los grupos humanos en nombre de un concepto universal de crecimiento. El crecimiento capitalista sigue siendo puramente cuantitativo, mientras que un desarrollo complejo atañe esencialmente a lo cualitativo. Ni la preeminencia del Estado (al estilo del socialismo burocrático) ni la del mercado mundial (bajo la tutela de las ideologías neoliberales) tienen por qué regentar el porvenir de las actividades humanas y sus finalidades esenciales. Sería necesario poner en marcha una concertación planetaria y promover una nueva ética de la diferencia que sustituyera los poderes del capitalismo actual por una política de los deseos de los pueblos. Ahora bien, semejante perspectiva ¿no corre el peligro de conducir al caos? A ello responderé que, en todo caso, la trascendencia del poder conduce al caos, tal como demuestra la crisis actual. ¡Aunque, mirándolo bien, el caos democrático es preferible al caos que resulta del autoritarismo!

El individuo y el grupo no pueden ahorrarse cierta inmersión existencial en el caos. Por lo pronto, es lo que hacemos al abandonarnos cada noche al universo del sueño. Lo que cuenta es saber lo que retenemos de esa inmersión: ¿un sentimiento de desastre o la revelación de nuevas líneas de lo posible? ¿Quién gestiona actualmente el caos capitalista? ¡Las bolsas de valores, las multinacionales y —cada vez menos— los poderes del Estado! En definitiva, y en lo esencial, organismos descerebrados. Nadie duda de que la existencia de un mercado mundial es indispensable para la estructuración de las relaciones económicas internacionales. Pero no se puede esperar que dicho mercado regule, como por ensalmo, los intercambios humanos del planeta. El mercado inmobiliario contribuye al desorden de nuestras megalópolis. El

mercado del arte pervierte la creación estética. De ahí que se torne necesario que al lado del mercado capitalista se manifiesten mercados territorializados, que se apoyen en formaciones sociales consistentes y afirmen sus modos de valorización. Del caos capitalista deben salir los que denominaría «atractores» de valores: valores distintos, heterogéneos, disensuales.

Un microfascismo prolifera en nuestras sociedades

Los marxistas hacían descansar el movimiento de la historia en una necesaria progresión dialéctica de la lucha de clases. Los economistas liberales confían ciegamente en el libre juego del mercado para resolver las tensiones, las disparidades y para parir el mejor de los mundos. Sin embargo los acontecimientos confirman, por si fuera necesario, que el progreso no va ligado, ni mecánica ni dialécticamente, a las luchas de clases, ni al desarrollo de las ciencias y las técnicas, ni al crecimiento económico, ni al libre juego del mercado... El crecimiento no es sinónimo de progreso, tal y como pone cruelmente de manifiesto el renacimiento de la barbarie, de los enfrentamientos sociales y urbanos, de los conflictos interétnicos y de las tensiones económicas planetarias.

El progreso social y moral es inseparable de las prácticas colectivas e individuales que asumen su promoción. El nazismo y el fascismo no fueron enfermedades transitorias, «accidentes de la historia» ya superados, sino que constituyen potencialidades siempre presentes que continúan habitando nuestros universos de virtualidad. El estalinismo del Gulag o el despotismo maoísta pueden renacer mañana en nuevos contextos. Un microfascismo, bajo distintas formas, prolifera en los poros de nuestras sociedades, y se manifiesta a través del racismo, la xenofobia, el resurgimiento de los fundamentalismos religiosos, del militarismo y de la opresión de las mujeres. La historia no garantiza que hayamos franqueado para siempre los «umbrales progresistas». Sólo las prácticas humanas y un voluntarismo colectivo pueden evitarnos la recaída en las peores barbaries. A este respecto, sería totalmente ilusorio remitirnos a los imperativos formales de la defensa de los «derechos humanos» o del «derecho

de los pueblos». Los derechos no están garantizados por ninguna autoridad divina; descansan en la vitalidad de las instituciones y las formaciones de poder que mantienen su existencia.

Una condición primordial para alcanzar la promoción de una nueva conciencia planetaria debe residir, pues, en nuestra capacidad colectiva para lograr que resurjan sistemas de valores que se sustraigan del laminado moral, psicológico y social a la que se entrega la valorización capitalista, centrada únicamente en el provecho económico. La alegría de vivir, la solidaridad, la compasión hacia los demás, deben ser considerados sentimientos en peligro de extinción, que conviene proteger, vivificar y reimpulsar embocando nuevos caminos. Los valores éticos y estéticos no remiten a imperativos y códigos transcendentes. Exigen una participación existencial a partir de una inmanencia que hay que reconquistar sin descanso. ¿Cómo forjar y dar expansión a tales universos de valores? Dando lecciones de moral, seguro que no.

El poder de sugestión de la teoría de la comunicación ha contribuido a enmascarar la importancia de las dimensiones enunciadoras de la comunicación. A menudo ha llevado a olvidar que un mensaje sólo cobra sentido si es escuchado, y no sencillamente por el hecho de ser transmitido. La información no puede ser reducida a sus manifestaciones objetivas, sino que es, esencialmente, producción de subjetividad, toma de consistencia de universos incorporales. Y dichos aspectos no pueden ser reducidos a un análisis en términos de improbabilidad, ni calculados sobre la base de opciones binarias. La verdad de la información remite siempre a un acontecimiento existencial en aquellos que la reciben. Su registro no es el de la exactitud de los hechos, sino el de la pertinencia de un problema, el de la consistencia de un universo de valores. La actual crisis de los medios de comunicación de masas y la línea de apertura hacia una era *post-media* constituyen los síntomas de una crisis mucho más profunda.

Lo que quiero subrayar es el carácter profundamente pluralista, pluricéntrico y heterogéneo, de la subjetividad contemporánea, a pesar de la homogeneización de la que es objeto a causa de su producción sometida a los medios de comunicación de masas. En este sentido, un individuo es ya un «colectivo» de componentes heterogéneos. Un hecho subjetivo remite a territorios personales (e1 cuerpo, el yo), pero, al mismo tiempo, a territorios colectivos (la familia, el grupo,

la etnia). A esto último hay que añadir todos los procedimientos de subjetivación que se encarnan en la palabra, la escritura, la informática, las máquinas tecnológicas.

En las sociedades anteriores al capitalismo, la iniciación a las cosas de la vida y a los misterios del mundo pasaba por el canal de relaciones familiares, relaciones de grupos de edad, relaciones de clan, de corporación, rituales, etc. Este tipo de intercambio directo entre individuos tiende a escasear. La subjetividad se forja a través de múltiples mediaciones, mientras que las relaciones individuales entre las generaciones, entre los sexos, entre los grupos de proximidad, se relajan. Por ejemplo, a menudo la función de los abuelos, como soporte de una memoria intergeneracional para los niños, desaparece. El niño se desarrolla en un contexto asediado por la televisión, los juegos informáticos, las comunicaciones telemáticas, los tebeos... Ha nacido una nueva soledad «maquínica», que por supuesto no carece de cualidades, pero que merecería ser reelaborada permanentemente al objeto de que pudiera combinarse con formas de socialidad renovadas. Se trata de forjar, en lugar de relaciones de oposición, enlaces polifónicos entre el individuo y lo social. Está por inventar toda una música subjetiva.

La nueva conciencia planetaria deberá repensar el maquinismo. Muchas veces se sigue oponiendo la máquina al alma humana. Algunas filosofías consideran que la técnica moderna nos ha velado el acceso a nuestros fundamentos ontológicos, al Ser primordial. ¿Y si, por el contrario, se pudiera esperar un renacimiento del alma y de los valores humanos a partir de una nueva alianza con la máquina?

Los biólogos actuales asocian la vida a un nuevo enfoque del maquinismo a propósito de la célula, los órganos y el cuerpo vivo. Encontramos lingüistas, matemáticos y sociólogos que exploran otras modalidades de maquinismo; con esta suerte de ampliación del concepto de máquina, nos llevan a insistir en algunos de sus aspectos que hasta ahora habían sido insuficientemente explorados. Las máquinas no son totalidades encerradas en sí mismas, sino que mantienen relaciones determinadas con una exterioridad espacio-temporal, así como con universos de signos y campos de virtualidades. La relación entre el adentro y el afuera de un sistema maquínico no es sólo una cuestión de consumo de energía o de producción de objetos; se encarna asimismo a través

de los *phylums* genéticos. Una máquina aflora al presente como término de un linaje pasado y es el punto de reactivación, o el punto de ruptura, a partir del cual se desplegará, en el futuro, un linaje evolutivo. La emergencia de estas genealogías y de estos campos de alteridad es compleja. Se ve permanentemente labrada por todas las fuerzas creativas de las ciencias, de las artes y de las innovaciones sociales, que se enmarañan y constituyen una mecanosfera que envuelve nuestra biosfera. Pero no lo hace a la manera de un estrecho corsé o de una coraza exterior, sino como una eflorescencia maquínica abstracta, que explora el devenir humano.

La vida humana, por ejemplo, ha emprendido una carrera de velocidad contra el retrovirus del sida. Las ciencias biológicas y las técnicas médicas ganarán la lucha contra dicha enfermedad o, en caso contrario, la especie humana quedará eliminada a largo plazo. Del mismo modo, la inteligencia y la sensibilidad son objeto de una verdadera mutación a causa de las nuevas máquinas informáticas que se insinúan cada vez más en los resortes de la sensibilidad, del gesto y de la inteligencia. Asistimos en la actualidad a una mutación de la subjetividad que tal vez sea más importante aún que la invención de la escritura o de la imprenta.

La humanidad deberá contraer un matrimonio de interés y de sentimiento con las múltiples ramas del maquinismo, de lo contrario corre el peligro de sumirse en el caos. Una renovación de la democracia podría tener como objetivo una gestión pluralista del conjunto de sus componentes maquínicos. De esta suerte, los poderes legislativo y judicial se verán obligados a trabar vínculos imprevistos con el mundo de la tecnología y de la investigación (lo que ya sucede con las comisiones de ética relativas a los problemas de la biología y la medicina contemporáneas; pero habría que concebir también, y con rapidez, comisiones de ética de los medios de comunicación, de ética del urbanismo y de ética de la educación). Se trata, en definitiva, de trazar de nuevo las verdaderas entidades existenciales de nuestra época, que ya no corresponden a las de hace unas décadas. El individuo, lo social y lo maquínico se imbrican; lo jurídico, lo ético, lo estético y lo político, también. Se está operando una gran deriva de las finalidades; los valores de resingularización de la existencia, de responsabilidad ecológica y de creatividad maquínica están llamados a instaurarse como foco de una nueva polaridad progresista en el corazón de la antigua dicotomía derecha/izquierda.

Mutaciones maquínicas del trabajo y nuevos sistemas de valorización

Las máquinas de producción en las que se basa la economía mundial están centradas únicamente en las llamadas industrias punta. No contribuyen a tomar en consideración aquellos sectores que se dejan a un lado porque no generan beneficios capitalistas. La democracia maquínica deberá proceder a un reequilibrio de los actuales sistemas de valorización. Acondicionar una ciudad limpia, habitable, alegre y rica en interacciones sociales; desarrollar una medicina humana y eficaz, una educación enriquecedora, son objetivos tan válidos como la producción en serie de automóviles o de equipamientos electrónicos de alta calidad.

Las actuales máquinas técnicas, científicas y sociales son potencialmente capaces de alimentar, vestir, transportar y educar a todos los seres humanos: tenemos ahí, al alcance de la mano, los medios para conseguir que puedan vivir diez mil millones de habitantes en este planeta. Los que no son adecuados son los sistemas de motivación para producir bienes y repartirlos convenientemente. Dedicarse a desarrollar el bienestar material y moral, la ecología social y mental, debería valorizarse tanto como trabajar en los sectores punta o en la especulación financiera.

El trabajo en cuanto tal ha cambiado de naturaleza, a causa de la preponderancia creciente en su composición de aspectos inmateriales, del conocimiento, del deseo, del gusto estético, de las preocupaciones ecológicas. La actividad física y mental del hombre se encuentra en una relación de creciente adyacencia con los dispositivos técnicos, informáticos y comunicacionales. De esta suerte, han quedado superadas las viejas concepciones fordistas o tayloristas de la organización de los emplazamientos industriales y de la ergonomía. En el futuro, habrá que recurrir cada vez con mayor frecuencia a la iniciativa individual o colectiva en todas las etapas de la producción y la distribución (e incluso del consumo). La constitución de un nuevo paisaje de agenciamientos colectivos de trabajo —a causa, fundamentalmente, del papel preponderante que en el mismo desempeñaran la telemática, la informática y la robótica— pondrá radicalmente en tela de juicio las antiguas estructuras jerárquicas; como corolario, habrá que revisar las normas salariales vigentes en la actualidad.

Consideremos la crisis de la agricultura en los países desarrollados. Es algo legítimo que los mercados agrícolas se abran a los países del Tercer Mundo, cuyas condiciones climáticas y de rentabilidad suelen ser más favorables a la producción que las de los países situados más al norte. ¿Significa esto que los campesinos europeos, estadounidenses y japoneses deberán abandonar el campo y emigrar hacia las ciudades? Se trata, por el contrario, de redefinir la agricultura y la ganadería en dichos países, al objeto de valorizar convenientemente sus aspectos ecológicos y preservar el medio ambiente. Los bosques, las montañas, los ríos, las costas, constituyen un capital no capitalista, una «inversión» cualitativa que conviene hacer fructificar y revalorizar permanentemente, lo que implica, en particular, repensar con audacia la condición del campesino, del ganadero y el pescador.

Otro tanto ocurre con el trabajo doméstico: se hará necesario que las mujeres y los hombres que se encargan de criar a los hijos —una tarea de complejidad creciente— sean remunerados convenientemente. Así pues, un gran número de actividades «privadas» están llamadas a encontrar su lugar en un nuevo sistema de valorización económica que tome en cuenta la diversidad, la heterogeneidad de las actividades humanas útiles desde el punto de vista social, estético o ético.

Tiempo libre y producción de subjetividad

Para permitir una ampliación de las rentas salariales a la multitud de actividades sociales que merecen ser valorizadas, tal vez los economistas tendrán que imaginar una renovación de los actuales sistemas monetarios y salariales. Por ejemplo, la coexistencia de monedas fuertes, abiertas a las grandes corrientes de competencia económica mundial, con otras monedas protegidas, no convertibles, territorializadas en un espacio social dado, permitiría paliar la miseria más escandalosa, distribuyendo bienes que dependerían sólo del mercado interior, permitiendo la proliferación de todo un campo de actividades sociales que, a su vez, perderían su carácter de marginalidad aparente.

Esta revisión de la división y valorización del trabajo no implica necesariamente que la duración semanal de éste

deba disminuir indefinidamente, ni que deba adelantarse la jubilación. Por supuesto. el maquinismo tenderá a liberar cada vez más «tiempo libre». Ahora bien ¿libre... para qué? ¿Para entregarse al ocio prefabricado? ¿Para quedarse con la nariz pegada a la tele? Son muchos los jubilados que, a los pocos meses de haber entrado en su nueva situación, quedan sumidos en la desesperación y la depresión. Paradójicamente, una redefinición ecosófica del trabajo podría ir aparejada de una ampliación de la duración del periodo salarial. Ello implicaría una sabia ventilación entre el tiempo de trabajo destinado a la economía de mercado y el tiempo de trabajo relativo a la economía de los valores sociales y mentales. Cabría imaginar, por ejemplo, jubilaciones moduladas que permitieran a los trabajadores, a los empleados y a los ejecutivos que lo deseen, no quedar separados de las actividades de su empresa, sobre todo de aquellas que tienen implicaciones sociales y culturales. En efecto, ¿no resulta absurdo que en el momento en que los trabajadores tienen un mejor conocimiento de su sector de actividad, cuando podrían rendir más servicios en los ámbitos de la formación y la investigación, sean brutalmente rechazados? La perspectiva de una recomposición social y cultural en este sentido conduciría con toda naturalidad a promover una nueva transversalidad entre los agenciamientos productivos y el resto de la ciudad.

Algunas experiencias sindicales se encaminan ya en este sentido. En Chile, por ejemplo, existen nuevas formas de práctica sindical que se articulan de manera orgánica con el entorno social. Los militantes del «sindicalismo territorial» no se preocupan únicamente de la defensa de los trabajadores sindicados, sino también de las dificultades que encuentran los parados, las mujeres y los niños del barrio en el que está ubicada la empresa. Participan en la organización de programas educativos y culturales, se implican en problemas de salud, de higiene, de ecología, de urbanismo. (Esta ampliación del campo de competencias de la acción obrera no está muy bien vista por las instancias jerárquicas del aparato sindical.) En este país, los grupos de «ecología de la tercera edad» se dedican a la organización relacional y cultural de las personas mayores.

Resulta difícil, y sin embargo indispensable, hacer borrón y cuenta nueva de los antiguos sistemas de referencia basados en una oposición radical izquierda/derecha, socialismo/capitalismo, economía de mercado/planificación estatal... No se

trata de forjar un polo de referencia «centrista», equidistante de los otros dos, sino de deshacerse de este tipo de sistema basado en una adhesión total, en una base supuestamente científica o en datos jurídicos y éticos transcendentes. Las opiniones públicas, antes que las clases políticas, se han vuelto alérgicas a los discursos programáticos, a los dogmas intolerantes con respecto a la diversidad de los puntos de vista. Ahora bien, en la medida en que el debate público y los medios de concertación no cobren formas de expresión renovadas, se corre el serio peligro de que aquellas se aparten cada vez más del ejercicio de la democracia, para dedicarse a la pasividad de la abstención o al activismo de facciones reaccionarias. En una campaña política, lo que importará no será tanto conquistar la adhesión masiva del público a una idea, sino ver cómo esta opinión pública se estructura en múltiples segmentos sociales vivos. La realidad ya no es una e indivisible; es múltiple, está labrada por líneas de posibilidad que las praxis humanas pueden atrapar al vuelo. Junto a la energía, la información y los nuevos materiales, la voluntad de elegir y asumir un riesgo se instaura en el centro de las nuevas aventuras maquínicas, ya sean tecnológicas, sociales, teóricas o estéticas.

Las «cartografías ecosóficas» que habría que instituir tendrán como particularidad el hecho de no asumir únicamente las dimensiones del presente, sino también las del futuro. Se preocuparán tanto de lo que será la vida humana en la Tierra dentro de treinta años, como de lo que serán los transportes urbanos dentro de tres. Implican una opción de responsabilidad hacia las generaciones venideras, lo que el filósofo Hans Jonas llama una «ética de la responsabilidad».[2] Es inevitable que algunas opciones a largo plazo se enfrenten con los intereses de las opciones a corto plazo. Los grupos sociales afectados deberán ser inducidos a deliberar sobre esos envites, a modificar sus hábitos y sus coordenadas mentales, a adoptar nuevos universos de valores y a postular un sentido humano de las futuras transformaciones tecnológicas. En pocas palabras, deberán arbitrar el presente en nombre del futuro.

---

2 Hans Jonas, *Le Principe Responsabilité. Une éthique pour la civilisation technologique*, traducido del alemán por Jean Greisch, Editions du Cert, París, 1990. [Ed. cast. *El principio de responsabilidad*, Barcelona, Herder, 1995.]

Ahora bien, no se trata de recaer en visiones totalitarias y autoritarias de la historia, en mesianismos que, en nombre de las «ciudades futuras» o del equilibrio ecológico, pretendieran dirigir la vida de cada cual. Cada «cartografía» representa una visión particular del mundo que, aunque sea adoptada por un gran número de individuos, sigue escondiendo en su seno un núcleo de incertidumbre. En realidad, éste es su capital más precioso. A partir del mismo se puede constituir una auténtica escucha del otro. La escucha de la disparidad, de la singularidad, de la marginalidad e incluso de la locura, no depende únicamente de un imperativo de tolerancia y de fraternidad. Constituye una propedéutica esencial, una relación permanente con el orden de la incertidumbre, una puesta al desnudo de las fuerzas del caos que siempre asedian a las estructuras dominantes pagadas de sí mismas, autosuficientes. Esta escucha puede revocar tales estructuras, o conferirles un sentido nuevo, recargándolas con potencialidades y desplegando a partir de las mismas líneas de fuga creativas.

En el seno de todo estado de cosas, hay que localizar un punto de fuga del sentido, a través de la impaciencia ante el hecho de que el otro no adopte mi punto de vista, a través de la mala voluntad de la realidad a la hora de plegarse a mis deseos. Dicha adversidad, no sólo tengo que aceptarla, sino que he de amarla en cuanto tal; tengo que buscarla, dialogar con ella, sondearla, profundizar en ella. Me hará salir de mi narcisismo, de mi ceguera burocrática, me devolverá un sentido de la finitud que toda la subjetividad infantilizante producida por los medios de comunicación de masas se empeña en ocultarme. La democracia ecosófica no se entregará a la facilidad del acuerdo consensuado; se empeñará en la metamodelización disensual. Con ella, la responsabilidad sale del yo para pasar al otro.

Si no se promociona esta subjetividad de la diferencia, de la atipia, de la utopía, nuestra época podría precipitarse en los atroces conflictos de identidad, como los que sufren los pueblos de la ex Yugoslavia. De nada servirá la llamada a la moral y al respeto de los derechos. La subjetividad se enfanga en el vacío de los envites del beneficio y del poder. El rechazo del actual estatuto de los medios de comunicación, asociado a la búsqueda de nuevas interactividades sociales, de una creatividad institucional y un enriquecimiento de los universos de valores, constituye ya una etapa importante en el camino de una refundación de las prácticas sociales.

Glosario de esquizoanálisis

Agenciamiento: noción más amplia que la de estructura, sistema, forma, proceso, etc. Un agenciamiento acarrea componentes heterogéneos, también de orden biológico, social, maquínico, gnoseológico. En la teoría esquizoanalítica del inconsciente, el agenciamiento se concibe en oposición al «complejo» freudiano.

A-significante: distinguiremos las semiologías significantes —que articulan cadenas significantes y contenidos significados— de las semióticas a-significantes que operan con arreglo a cadenas sintagmáticas que no engendran un efecto de significación (en un sentido lingüístico), y que son susceptibles de entrar en contacto directo con sus referentes en el marco de una interacción diagramática. Ejemplo de semiótica a-significante: la escritura musical, los corpus matemáticos, las sintaxis informáticas, robóticas, etc.

Archi-escritura: expresión propuesta por Jacques Derrida y que formula la hipótesis de una escritura como fundamento del lenguaje oral. Esa escritura de huellas, de marcas, que se conserva en un espacio de inscripciones, sería lógicamente anterior a las oposiciones entre tiempo y espacio y entre significado y significante. El esquizoanálisis objeta a esta concepción su visión todavía demasiado totalizadora, demasiado «estructuralista» de la lengua.

Devenir: expresión relativa a la economía del deseo. Los flujos de deseo proceden mediante afectos y devenires, con

independencia del hecho de que puedan o no ser rebajados a personas, imágenes, identificaciones. De esta suerte, un individuo, antropológicamente etiquetado como masculino, puede estar atravesado por devenires múltiples y aparentemente contradictorios: un devenir femenino que coexiste con un devenir niño, un devenir animal, un devenir invisible, etc.

Una lengua dominante (una lengua que opera en un espacio nacional) puede verse localmente arrastrada por un devenir minoritario. Será calificada entonces de lengua menor. Ejemplo: el dialecto alemán de Praga utilizado por Kafka.[1]

Bloque: término afín al de agenciamiento.[2] No se trata de complejos infantiles, sino de la cristalización de sistemas de intensidades que atraviesan los estadios psicogenéticos y son susceptibles de operar a través de los sistemas perceptivos, cognitivos y afectivos más dispares. (Ejemplo de bloque de intensidad: los ritornelos musicales en Proust, la «frasecilla de Vinteuil»).

Codificación, sobre-codificación: la noción de código se emplea en una acepción muy amplia; puede concernir tanto a los sistemas semióticos como a los flujos sociales y los flujos materiales: el término de sobrecodificación corresponde a una codificación de segundo grado. (Ejemplo: algunas sociedades agrarias primitivas, que funcionan conforme a su propio sistema de codificación territorializada, se ven sobrecodificadas por una estructura imperial, relativamente desterritorializada, que les impone su hegemonía militar, religiosa, fiscal, etc.).

Corte: las máquinas deseantes se caracterizan como sistemas de corte de flujos. En el *Antiedipo*, el término «corte» es inseparable del de flujo («Connecticut –I cut–», grita el pequeño Joey de Bettelheim en el *Antiedipe*.[3]

---

1 Cf. Klaus Wagenbach, *Franz Kafka*, Mercure de France, 1967 [ed. cast.: *Kafka*, Alianza Editorial, 1981]).

2 Introducido con la noción de «bloque de infancia» en Gilles Deleuze, Félix Guattari, *Kafka, pour une littérature mineur*, París, Minuit, 1975 [ed. cast.: *Kafka, por una literatura menor*, México DF, Era, 1980].

3 Gilles Deleuze, Félix Guattari, *Anti-Oedipe*, París, Minuit, 1972, p. 45 [ed. cast.: *Antiedipo*, Barcelona, Paidós, 1998]).

Producción deseante (Economía deseante): a diferencia de la concepción freudiana, el deseo no está asociado a la representación. Con independencia de las relaciones subjetivas e intersubjetivas, ocupa sin más una posición que le permite producir sus objetos y los modos de subjetivación que les corresponden.

Enunciación colectiva: las teorías lingüísticas de la enunciación centran la producción lingüística en sujetos individuados, a pesar de que, en su esencia, la lengua es social y está conectada diagramáticamente a las realidades contextuales. Así, pues, más allá de las instancias individuadas de la enunciación conviene poner de manifiesto los *agenciamientos colectivos de enunciación*. «Colectivo» no debe entenderse aquí tan sólo en el sentido de una agrupación social; implica además la entrada de distintas colecciones de objetos técnicos, de flujos materiales y energéticos, de entidades incorporales, de idealidades matemáticas, estéticas, etc.

Esquicias: sistema de cortes que no consisten únicamente en la interrupción de un proceso, sino en la encrucijada de procesos. La esquicia trae consigo un nuevo capital de potencialidad.

Esquizoanálisis: mientras que el psicoanálisis partía de un modelo de psique basado en el estudio de las neurosis, centrado en la persona y en las identificaciones, y que opera a partir de la transferencia y de la interpretación, el esquizoanálisis se inspira, por el contrario, en las investigaciones acerca de la psicosis; se niega a rebajar el deseo a los sistemas personológicos y niega toda eficacia a la transferencia y a la interpretación.

Flujos: los flujos materiales y semióticos «preceden» a los sujetos y a los objetos; el deseo, en tanto que economía de flujo, no es, pues, subjetivo y representativo en primer lugar.

Grupo sujeto / producción de subjetividad: la subjetividad no es considerada aquí como cosa en sí, como esencia inmutable. Ésta u otra subjetividad existe en función de que un agenciamiento de enunciación la produzca o no. (Ejemplo: el capitalismo moderno, mediante los medios de comunicación de masas y los equipamientos colectivos, produce a gran

escala un nuevo tipo de subjetividad). Tras la apariencia de la subjetividad individuada, conviene intentar descubrir cuáles son los procesos de subjetivación reales.

Los grupos sujetos se contraponen a los grupos sometidos. Esta oposición implica una referencia micropolítica: la vocación del grupo sujeto consiste en gestionar, en la medida de lo posible, su relación con las determinaciones exteriores y con su propia ley interna. Por el contrario, el grupo sometido tiende a estar manipulado por todas las determinaciones exteriores y a estar dominado por su propia ley interna (super-yo).

Imaginario-fantasma: en la medida en que lo imaginario y el fantasma ya no ocupan una posición central en la economía del deseo del esquizoanálisis, estas instancias deberán recomponerse en el seno de nociones tales como agenciamiento, bloque, etc.

Interacción semiótica y diagramatismo: con «diagrama» retomamos una expresión de Charles Sanders Pierce.[4] Este autor clasifica los diagramas entre los iconos; habla al respecto de «iconos de relación». Las interacciones diagramáticas (o interacciones semióticas), en la presente terminología, se contraponen a las redundancias semiológicas. Las primeras hacen que los sistemas de signos trabajen directamente con las realidades a las que aquellas se refieren; se ocupan de una producción existencial de referente, mientras que las segundas no hacen más que representar y proporcionar «equivalentes» carentes de asidero operativo. Ejemplo: los algoritmos matemáticos, los planos tecnológicos, los programas informáticos, participan directamente en el proceso de engendramiento de su objeto, mientras que una imagen publicitaria no dará de éste más que una representación extrínseca (pero que en este caso es productora de subjetividad).

Máquina (y maquínico): distinguiremos aquí la máquina de la mecánica. La mecánica está relativamente encerrada en sí misma; sólo mantiene relaciones perfectamente codificadas con los flujos exteriores. Las máquinas, consideradas en sus

---

4 Charles Sanders Pierce, *I. Principles of Philosophy. Elements of Logic, Collected Papers*, Belknap Press, Harvard.

evoluciones históricas, constituyen, por el contrario, un phylum comparable a los de las especies vivas. Se engendran unas a otras, se seleccionan, se eliminan y dan lugar a nuevas líneas de potencialidad.

Las máquinas, en sentido lato, esto es, no sólo las máquinas técnicas sino también las máquinas teóricas, sociales, estéticas, etc., nunca funcionan de forma aislada, sino por agregado o por agenciamiento. Por ejemplo, una máquina técnica en una fábrica entra en interacción con una máquina social, con una máquina de formación, con una máquina de investigación, con una máquina comercial, etc.

Molecular / molar: los mismos elementos que existen en flujos, estratos, agenciamientos, pueden organizarse de un modo molar o de un modo molecular. El orden molar corresponde a las estratificaciones que delimitan objetos, sujetos, las representaciones y sus sistemas de referencia. El orden molecular, por el contrario, es el de los flujos, los devenires, las transiciones de fase, las intensidades. Llamaremos «transversalidad» a este atravesamiento molecular de los estratos y los niveles, operado por los diferentes tipos de agenciamientos.

Objeto «a» minúscula: termino propuesto por Lacan en el marco de una teoría generalizada de los objetos parciales en psicoanálisis. El objeto «a» minúscula es una función que implica asimismo al objeto oral, al objeto anal, al pene, a la mirada, a la voz, etc. En su momento, sugerí a Lacan la adición a este objeto «a» minúscula de objetos «b» minúscula, que corresponden a los objetos transicionales de Winnicott, y de los objetos «c» minúscula, que corresponden a los objetos institucionales.

Órganos, Cuerpos sin: noción que Gilles Deleuze recoge de Antonin Artaud para indicar el grado cero de las intensidades. La noción de cuerpo sin órganos, a diferencia de la noción de pulsión de muerte, no implica ninguna referencia termodinámica.

Personológico: adjetivo que sirve para calificar las relaciones molares en el orden subjetivo. El hincapié en el rol de las personas, de las identidades y de las identificaciones, caracteriza a las concepciones teóricas del psicoanálisis. El edipo psi-

coanalítico introduce personas y personajes tipificados; reduce las intensidades y proyecta el ámbito molecular de las catexis de deseo en un «teatro personológico», es decir, en un sistema de representaciones separado de la producción deseante real (expresión equivalente: triangulación edipiana).

Plan de consistencia: los flujos, los territorios, las máquinas, los universos de deseo, con independencia de su diferencia de naturaleza, se remiten al mismo plano/plan de consistencia (o plano/plan de inmanencia), que no debe confundirse con un plano de referencia. En efecto, las diferentes modalidades de existencia de los sistemas de intensidades no atañen a idealidades transcendentes, sino a procesos de engendramiento y a transformaciones reales.

Política de sector: a partir de 1960, los poderes públicos en Francia, apoyándose en las corrientes progresistas de la psiquiatría institucional, quisieron lograr que la psiquiatría saliera de los grandes hospitales psiquiátricos represivos. Entonces se pretendía acercar la psiquiatría a la ciudad, lo que condujo a la creación de los denominados equipamientos extrahospitalarios: ambulatorios, hogares, talleres protegidos, hospitales de día, visitas a domicilio, etc. Esta experiencia reformista transformó el aspecto social exterior de la psiquiatría sin llegar por ello a convertirse en una verdadera empresa de desalienación. Se miniaturizaron los equipamientos psiquiátricos; pero no se cambiaron en lo fundamental las relaciones de segregación y de opresión.

Proceso: secuencia continua de hechos o de operaciones que pueden conducir a otras secuencias de hechos y de operaciones. El proceso implica la idea de una ruptura permanente de los equilibrios establecidos. El término no se emplea aquí en la acepción de la psiquiatría clásica, que habla de proceso esquizofrénico, lo que implica siempre la llegada a un estado terminal. Su acepción está más próxima de lo que Ilya Prigogine e Isabelle Stengers denominan «procesos disipativos».[5]

---

5 Prigogine, I y Stengers, I, *La Nouvelle Alliance. Métamorphose de la science*, Gallimard, 1980, p. 152 [ed. cast.: *La nueva alianza*, Madrid, Alianza Editorial, 1986].

Redundancia: este término fue forjado por los teóricos de la comunicación y por los lingüistas. Se llama redundancia a la capacidad inutilizada de un código. Gilles Deleuze distingue, en *Diferencia y repetición*,[6] la repetición vacía de la repetición compleja, en tanto que esta última no se deja reducir a una repetición mecánica o material. Aquí encontraremos a su vez la oposición entre redundancia significante, separada de todo asidero sobre la realidad, y redundancia maquínica, que produce efectos sobre lo real.

Rizoma, rizomático: los diagramas arborescentes proceden con arreglo a jerarquías sucesivas, a partir de un punto central, de tal suerte que cada elemento local remonta a ese punto central. Por el contrario, los sistemas en rizomas o en emparrado pueden derivar hasta el infinito y establecer conexiones transversales sin que puedan ser centrados o clausurados. El término «rizoma» procede de la botánica, donde define los sistemas de tallos subterráneos de plantas vivaces que emiten yemas y raíces adventicias en su parte inferior. (Ejemplo: rizoma de lirio).

Territorialidad, desterritorialización, reterritorialización: la noción de territorio se entiende aquí en un sentido muy lato, que desborda el uso que recibe en la etología y en la etnología. El territorio puede ser relativo a un espacio vivido, así como a un sistema percibido en cuyo seno un sujeto se siente «en su casa». El territorio es sinónimo de apropiación, de subjetivación encerrada en sí misma. El territorio puede desterritorializarse, esto es, abrirse y emprender líneas de fuga e incluso desmoronarse y destruirse. La desterritorialización consistirá en un intento de recomposición de un territorio empeñado en un proceso de reterritorialización.

El capitalismo es un buen ejemplo de sistema permanente de desterritorialización: las clases capitalistas intentan constantemente «recuperar» los procesos de desterritorialización en el orden de la producción y de las relaciones sociales. De esta suerte, intenta dominar todas las pulsiones procesuales (o phylum maquínico) que labran la sociedad.

---

6 Gilles Deleuze, *Diferencia y repetición*, Buenos Aires, Amorrortu, 2002.